

NUESTRA BANDERA

Nº 36

revista teórica y política del partido comunista de espa

MINISTERIO
DE CULTURA



Marcos Ana. Julián Grimau comunista y hombre.

Santiago Carrillo. Ni guerra civil ni revancha : libertad.

Jesús Izcaray. Una encíclica de paz.

Fidel Castro. Discurso ante los militantes del Partido Unido de
Revolución Socialista.

Discusión en el movimiento comunista internacional.

I y II Trimestres 1963.

MINISTERIO
DE CULTURA



NUESTRA BANDERA

ano : 1963

nn. 36, 37

MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA



<i>Julián Grimau, comunista y hombre. Marcos ANA</i>	3
<i>Palabras de Julián Grimau</i>	11
PROBLEMAS NACIONALES E INTERNACIONALES	
<i>Ni guerra civil ni revancha: libertad. Santiago CARRILLO</i>	13
<i>La reprobación universal por el asesinato de Julián Grimau. Antonio MIJE</i>	23
<i>Una encíclica de paz. Jesús IZCARAY</i>	31
<i>La emigración española a los países de Europa occidental. José GARCIA</i>	41
<i>El deber de los comunistas frente a la policía y tribunales franquistas. Gregorio LOPEZ RAIMUNDO</i>	47
<i>El Partido Unido de la Revolución Socialista</i>	55
LA DISCUSION EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL	
<i>Intervención de Santiago CARRILLO en una reunión de cuadros del Partido, sobre algunos problemas de la situación internacional y del movimiento comunista</i>	79
<i>Carta dirigida por el Comité Central del Partido Comunista de China al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética</i>	93
<i>Carta del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética al Comité Central del Partido Comunista de China</i>	97
<i>Declaración del Comité Central del P.C.U.S.</i>	111
NOTAS ECONOMICAS	
<i>¿Quién es responsable de la inflación?</i>	113
<i>La competencia pacífica entre los dos sistemas</i>	117
VIDA DEL PARTIDO	
<i>El IV Pleno del C.C. del P.S.U. de Cataluña</i>	119
CINE	
<i>«Morir en Madrid»</i>	121
LIBROS	
<i>«Reportaje en Cuba» de Jesús Izcaray</i>	123
<i>«Los campesinos» de José Ortega</i>	124
DOCUMENTOS	
<i>Declaración del Partido Comunista de España ante la jornada del Primero de Mayo</i>	127
<i>Declaración del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España ante el asesinato de Julián Grimau</i>	131

Fe de errata : Los dibujos que aparecen en las páginas 48 y 49 son del pintor Agustin IBARROLA y no de José ORTEGA como se indica al pie de cada uno de ellos.



NUESTRA BANDERA

revista teórica y política del partido comunista de españa



MARCOS ANA

JULIAN GRIMAU COMUNISTA Y HOMBRE

UN comunista es, debe serlo y lo es si es buen comunista, un ser humano en su actitud más profunda y trascendente: en su actividad social, en su relación y solidaridad con los demás hombres, en su preocupación y en su lucha por el presente y el porvenir del género humano.

El humanismo de los comunistas es verdadero y operante. No es posible comprender al hombre y guiarle hacia su emancipación y plenitud desgajándole de las formaciones sociales y de clase, porque el espíritu del hombre, su conciencia, es un producto histórico social. Pero, a la vez, el comunista precisa una gran densidad humana, estar cargado de humanidad singular para comprender y respetar la singularidad compleja de los seres humanos. Esto lo hacen los comunistas.

Los ideólogos burgueses y sus palafreneros presentan a los comunistas como piezas deshumanizadas e insensibles en la máquina del Partido. Nos niegan el sentido humano y airean viejos supuestos sobre nuestra falta de respeto hacia los valores de la personalidad individual. Esta es, naturalmente, una grosera desfiguración del comunista, del revolucionario. Nuestro sentido y nuestra concepción de partido, de clase, de masas, no deshumaniza al hombre, le agranda,

tiende a hacerle invencible en la suma y en la organización de la voluntad liberadora y humana de una clase o de un pueblo. Porque sabemos que el hombre no podrá ser libre en el reino de las cadenas y que su libertad individual — plena y verdadera — no es posible en una sociedad esclavizada o en una patria sometida.

Pero el ardid de nuestros adversarios está claro: convertir al hombre en un dios de papel, ensorberbecerle individualmente, hacerle creer que su pellejo es el perímetro del mundo y aislar su conciencia de la conciencia social de los oprimidos. El hombre reducido a sí mismo es impotente ante « la ley de la selva », es un dios harapiento y desvalido que puede soñar, pero jamás alcanzar una libertad auténtica.

Por ello nuestro concepto de la lucha de clases, del papel y la conciencia histórica de las clases, de la fuerza de las masas, no anula nuestra humanidad, no diluye al hombre en el concepto colectivo, desconsiderando su trama singular, su individualidad positiva, sino que abre el único camino para el desarrollo de sus dimensiones. Nuestro respeto al ser humano, a sus valores, a su libertad, no es una especulación filosófica sino algo que sentimos no sólo como una necesidad histórica sino como bienes inexcusables y legítimos para el hombre. Esto es, precisamente, lo que nos conduce a los trabajadores a las filas del Partido y a luchar bajo sus banderas contra el brutal sistema capitalista que tritura al hombre en el engranaje de su explotación, reduciéndole a estados intrahumanos y a la degradación de su personalidad. Y es esto, la defensa del hombre, lo que nos lleva a los comunistas a luchar en nuestro país en la primera línea contra la Dictadura, contra su rapaz explotación, contra su intolerancia, contra su espíritu de guerra civil y su vasallaje a la política de bases atómicas que sume al hombre en el reino del terror y pone en peligro la vida de España y de sus hijos. ¿Quién puede negarnos a los comunistas humanismo y respeto al hombre? Somos nosotros, los comunistas, en nuestro tiempo y en nuestro país, quienes podemos ofrecer el mayor balance de generosidad, de amor al pueblo, de sacrificios escritos en los muros de las prisiones y en los paredones de ejecución, por la defensa del hombre y su libertad.

El último héroe y alto exponente de esta cantera humana ha sido Julián Grimau.

¿Quién era Julián Grimau? Su nombre ha sido escrito en todos los idiomas, su sangre iluminada ha escalado todas las banderas. El mundo entero sabe que Julián era un hijo de la Libertad, un patriota español que se irguió para decir ante sus jueces: « He vivido como comunista y moriré como comunista... »

Nosotros sabemos que fue un militante ejemplar e incansable, que dedicó toda su vida al Partido y al pueblo, que cumplió con honor las tareas más arriesgadas y difíciles, que

fue sorprendido cuando organizaba a los españoles en los ideales de la Reconciliación Nacional, la libertad y la democracia y que permaneció fiel al Partido y a su Patria hasta que el Hacha de Caín asesinó su vida.

Pero ¿cómo era Julián Grimau? ¿Cómo era el Hombre? Estas preguntas han cruzado los continentes y los mares. Acaso muchas gentes no pueden ahora encajar la vida y la muerte generosas de Julián Grimau en la medida que les dieron para estimar a los comunistas. Esta grandeza humana les confunde, les echa abajo la prefabricada imagen del Partido. ¿Cómo era el Hombre? ¿Una pieza sin alma, como el percutor que golpea el cebo del fulminante, o era un ser humano, una vida humana, sensible y profunda, exaltada por el amor al hombre y a la libertad? ¿Cómo era el comunista español que ametrallaron la madrugada del 20 de abril?

Este mismo interrogante sube de España, especialmente de la imaginación abrasada de la juventud. Con pasión diferente, con larga sed, los jóvenes esperan conocer la geografía espiritual de Julián Grimau, los perfiles de su carácter, las honduras y colinas de su vida, para ajustar su paso y acompañar su corazón al modelo de un buen comunista.

Para unos y para otros Julián eleva su luminosa estatura, su estatura de hombre y de militante comunista.

Julián Grimau era una personalidad profundamente humana —en el sentido menos especulativo y más verdadero de su palabra—. Un Hombre con mayúscula como lo escribió Máximo Gorki, como lo escribieron millares de comunistas y revolucionarios hermanos de Julián, que cayeron fusilados otras madrugadas inolvidables; como lo escribieron diariamente nuestros presos y cuantos arriesgan luchando su libertad y su vida en la Noche de España.

Quienes le conocieron y trataron conservan de él recuerdos imborrables: su camaradería, su bondad, su sencillez, su espíritu de sacrificio, su humana comprensión, su amor a cuanto le rodeaba. Habitualmente silencioso, Julián sabía escuchar y escuchaba profundo y atento, buscando siempre algo que aprender aun de los camaradas más modestos. Aunque dentro de sí ardía su vitalidad como una llama furiosa tenía un perfecto control de sus reacciones y nadie le recuerda irritado o violento.

Su vida fue una vida admirable, casi legendaria, acaso la más apasionante y menos conocida; la vida de la organización y la lucha contra la Dictadura. A veces, el curso de su vida desaparecía (como el río Guadiana), se soterraba largo tiempo en la noche clandestina, pero se sentía el pulso de su corazón, la vibración de su trabajo, el reflejo de su luz en la frente del pueblo.

¡Qué lejos está Julián, este hombre admirable y generoso, de la innoble caricatura que exhiben sus asesinos! ¡Qué diferentes somos los comunistas de como nos presentan nuestros adversarios! Es suficiente coger al azar una carta

de las enviadas por Julián a su esposa para quedar impresionados por la sencilla ternura de sus sentimientos. Basta conocer el hondo amor, el hoy desgarrado amor que Julián supo despertar en Angelita, en sus hijas, en cuantos compartieron su vida, para comprender la bondad candeval, el humanísimo rastro que dejó a su paso nuestro camarada. Alguien nos preguntaba un día: pero ¿por qué teniendo mujer e hijos a quienes adoraba se marchó a España, a la lejana y difícil lucha clandestina? Porque Julián, como todos nosotros, era más humano cuanto más comunista se sentía. ¿Qué quiere decir esto? Si Julián Grimau no hubiese sido comunista, si su vida no hubiese estado consagrada a la lucha ¿no habría sido un hombre igualmente bueno, naturalmente humano y bondadoso? Sin duda alguna, comunista o no, Julián Grimau hubiese sido un hombre honesto, lleno de amor a su familia, querido entre sus conocidos, como son buenos y dignos millones de seres que no son comunistas... Pero Julián no habría alcanzado la verdadera dimensión del hombre, no habría estado a la altura de su tiempo ni de su clase, ni de su pueblo, porque la dignidad humana tiene que ser activa y debe trascendernos. Ese es el humanismo comunista.

Qué diferencia entre este humanismo, el humanismo comunista, y el de los ideólogos de la egolatria que consideran que el respeto a la personalidad humana consiste en pasarse la vida contemplándose el ombligo. La libertad individual burguesa y el culto al ser humano es una cáscara de nuez o un bote de humo para ocultar la crucifixión del hombre. ¿Cómo puede concebirse la felicidad con la miseria y el dolor de sus hermanos alrededor? Si un hombre tiene una pequeña bugía en medio de la noche no debe decir que el día alumbra para todos.

Cuando Julián tuvo que separarse de su mujer y de sus hijas para ir a España, a luchar a España, a organizar a sus hermanos, a combatir por la felicidad, por el amor posible y la vida de millones de esposas y de millones de hijos, entonces Julián —como tantos otros— alcanzó su auténtica magnitud humana; su humanidad salió de su corazón y de su pequeña casa para llamar en las puertas y en el corazón de los demás, se derramó hacia el hombre, hacia su pueblo, a quienes ofreció —¿puede haber algo más humano?— su vida y su muerte. Y cuando se pueden ofrecer así la muerte y la vida, cuando abandonamos con dolor la tranquilidad y el amor de nuestros hogares para ir a defender los hogares y el amor de nuestros hermanos; cuando comprendemos que luchamos por abrirnos camino en la vida no como individuos sino como clase, y sabemos ver en el rostro de otras madres el de la nuestra; en el rostro de otras mujeres el de nuestras esposas y en los ojos de todos los niños el rostro de nuestros hijos, entonces, sólo entonces, la humanidad del hombre alcanza una apasionante estatura.

Así era Julián Grimau. Enorme ejemplo para nuestro

pueblo y también para los comunistas, porque nosotros tenemos que aprender constantemente en la vida y en la muerte de nuestros mejores camaradas. Ejemplo enorme para la juventud, para esa juventud española de quienes nos sentimos orgullosos, para esos miles de jóvenes que se han apresurado a cubrir la baja de Julián Grimau en las filas del Partido.

Julián Grimau es un ejemplo y un camino para la juventud de nuestro país, en lo humano, en lo político, el hombre y el militante... Que la promoción Grimau se eduque y se desarrolle en su espíritu abnegado, en su entrega continua a la causa de nuestro Partido, a la causa de la clase obrera, a la causa de España, a la causa del hombre. No olvidando nunca, con su ejemplo, que para un revolucionario, a veces, no es lo más difícil entregar la vida en un momento dado, sino dedicarla plena y totalmente, cada día y cada hora, en todas las situaciones, y en todos los frentes, sin flaquear jamás ante los sacrificios cotidianos ni ante los supremos sacrificios.

Julián Grimau, hermano de todos los que cayeron en la larga noche de los oprimidos; camarada de los que seguimos vivos y en pie, luchando para que su sangre sea la última que caiga sobre la tierra de España; Julián, el comunista, Julián el hombre; educado en el humanismo del Partido, fiel hasta la muerte, nos enseña con su ejemplo, que no es posible separar al hombre del comunista, porque uno y otro, el militante y el ser humano, se desarrollan y alcanzan su plenitud, en nuestro tiempo, en una sola entidad: EL COMUNISTA.

En los últimos momentos de la vida, cuando ya no caben cálculos personales, cuando el ser humano está desnudo ante la muerte, la verdad del hombre queda fuera de dudas.

Y Julián Grimau, cuando en la madrugada del 20 de Abril pisaba la raya de la muerte; cuando se despidió cortesmente del teniente de la policía armada que le había conducido ante el piquete; cuando estrechó la mano de su abogado militar y se paró firme y sin odio ante los fusiles, Julián fue fiel a sí mismo, fiel a la política del Partido, a las esperanzas de España, y portándose como un comunista se portó como un hombre; se despidió de su vida sabiendo que había cumplido con su deber, que resucitaría para siempre en nuestras banderas y que cuando se apagase la sangre de sus heridas, la luz seguiría brotando de su muerte interminable para iluminar la vida de sus hermanos.

Camaradas: ¡Julián Grimau ha muerto!

¡Viva Julián Grimau!

El presente es un documento de carácter informativo y no tiene valor legal alguno. El contenido de este documento es el resultado de un proceso de consulta pública y no debe ser considerado como una decisión definitiva. El Ministerio de Cultura se reserva el derecho de modificar o cancelar este documento en cualquier momento.

El presente es un documento de carácter informativo y no tiene valor legal alguno. El contenido de este documento es el resultado de un proceso de consulta pública y no debe ser considerado como una decisión definitiva. El Ministerio de Cultura se reserva el derecho de modificar o cancelar este documento en cualquier momento.

El presente es un documento de carácter informativo y no tiene valor legal alguno. El contenido de este documento es el resultado de un proceso de consulta pública y no debe ser considerado como una decisión definitiva. El Ministerio de Cultura se reserva el derecho de modificar o cancelar este documento en cualquier momento.

El presente es un documento de carácter informativo y no tiene valor legal alguno. El contenido de este documento es el resultado de un proceso de consulta pública y no debe ser considerado como una decisión definitiva. El Ministerio de Cultura se reserva el derecho de modificar o cancelar este documento en cualquier momento.

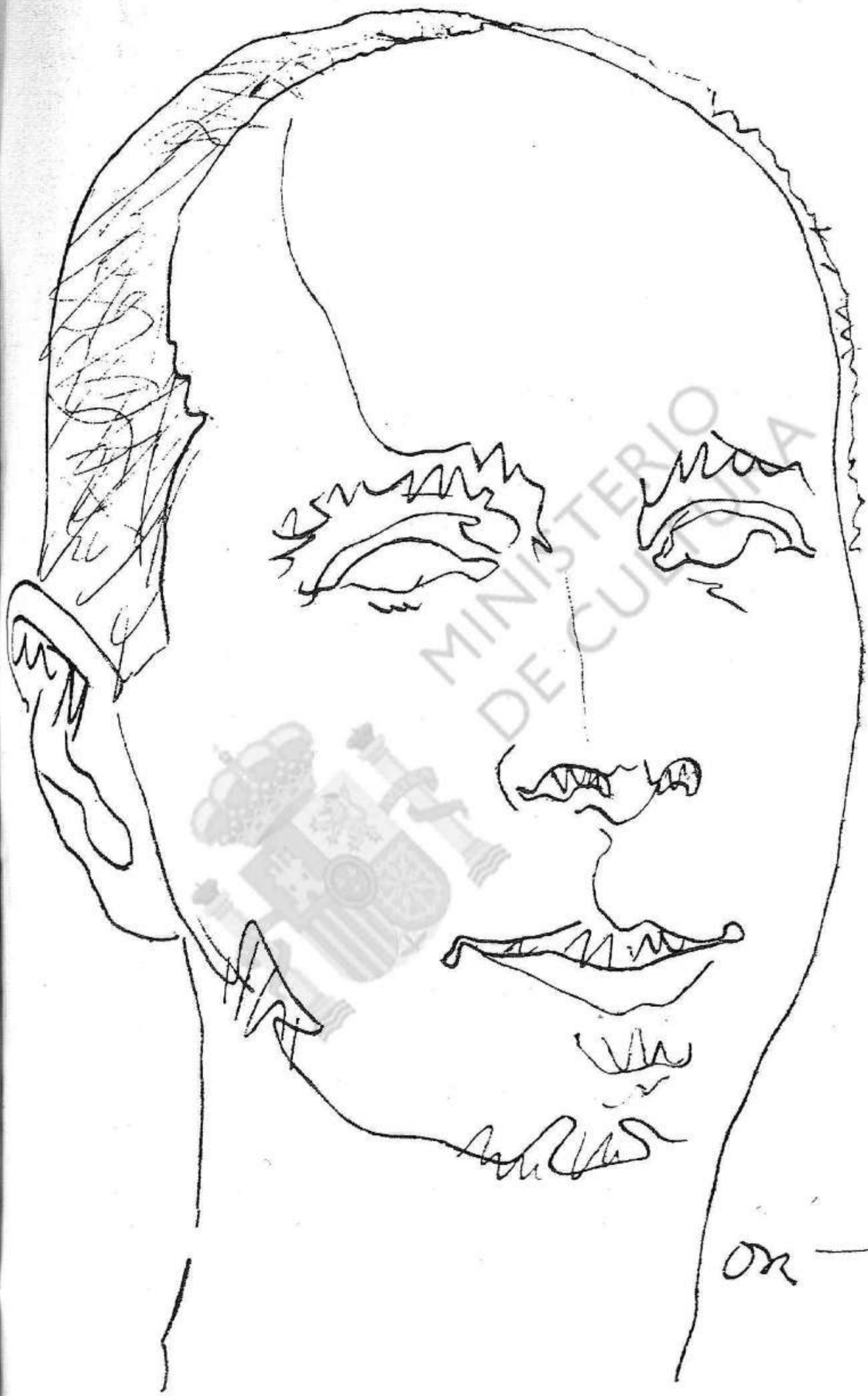
El presente es un documento de carácter informativo y no tiene valor legal alguno. El contenido de este documento es el resultado de un proceso de consulta pública y no debe ser considerado como una decisión definitiva. El Ministerio de Cultura se reserva el derecho de modificar o cancelar este documento en cualquier momento.

El presente es un documento de carácter informativo y no tiene valor legal alguno. El contenido de este documento es el resultado de un proceso de consulta pública y no debe ser considerado como una decisión definitiva. El Ministerio de Cultura se reserva el derecho de modificar o cancelar este documento en cualquier momento.

El presente es un documento de carácter informativo y no tiene valor legal alguno. El contenido de este documento es el resultado de un proceso de consulta pública y no debe ser considerado como una decisión definitiva. El Ministerio de Cultura se reserva el derecho de modificar o cancelar este documento en cualquier momento.

MINISTERIO DE CULTURA





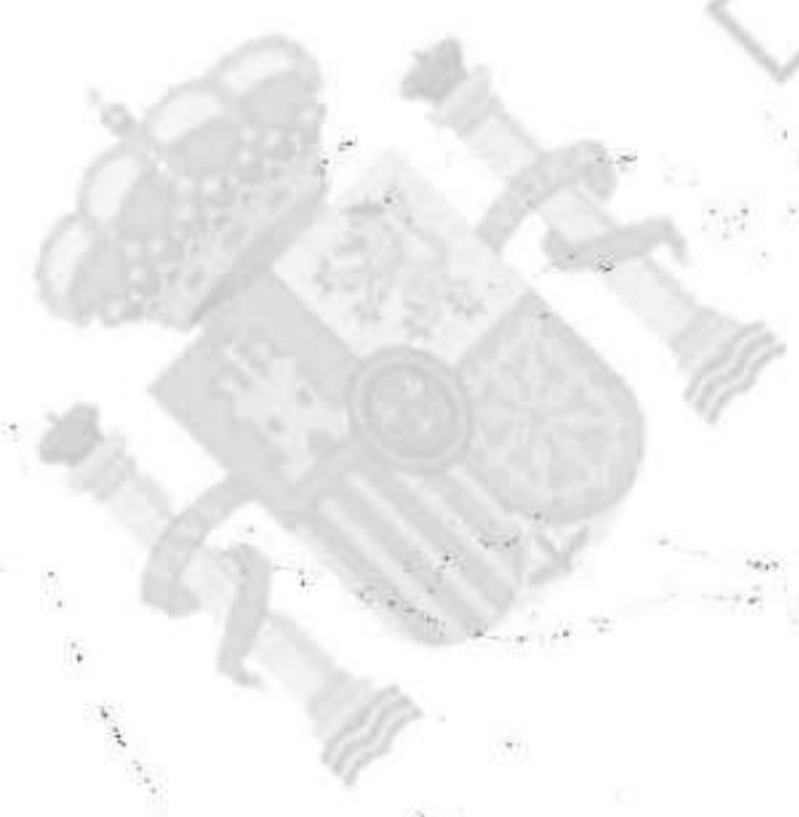
MINISTERIO DE CULTURA



Or — TESA



MINISTERIO
DE CULTURA



DECLARO ser miembro del Comité Central del Partido Comunista de España y me encuentro en Madrid para el cumplimiento de mi deber como comunista. No tengo más que decir.

(Declaración de Julián Grimau ante los policías que le torturaron.)

NUNCA he torturado. Los sentimientos que siempre me han animado no me hubiesen permitido actuar como se pretende, y me prohíben la crueldad, me inspiran el respeto de la persona humana. He desempeñado mi cargo de funcionario de un régimen perfectamente legítimo, mi tarea de funcionario de la República, por la que había luchado desde los diez y seis años de edad, de esa República que defendía porque era la que mejor aseguraba los intereses del pueblo que encarna la verdadera democracia. Soy miembro del Comité Central del Partido Comunista. He vuelto a España a trabajar por la instauración de un régimen democrático que dará al pueblo español el máximo de libertad y de bienestar. Soy comunista y seguiré siéndolo toda mi vida. Actuaré como comunista siempre que tenga ocasión.

(Palabras de Julián Grimau en el Consejo de guerra sumarísimo.)

Mi muerte será la última del franquismo. En realidad no seré otra cosa que uno más caído en la lucha contra el fascismo. Pero mi sangre no va a correr en vano. Precipitará sin duda el aislamiento del régimen y acelerará su caída. Yo sólo os pido una cosa a todos: manteneos unidos, sed firmes, continuad luchando aquí dentro y cuando salgais. Dejad a un lado lo que os pueda separar y colocad en primer plano lo que os une a todos: la lucha para la liquidación definitiva del franquismo.

(Palabras de Julián Grimau a los presos políticos de diversas tendencias, en la Cárcel de Carabanchel, horas antes de su ejecución.)

ELCARRA por miembro del Comité Central del
Partido Comunista de España y en con-
sultación con el Comité Central de la Unión
Soviética. No tengo más que decir.

M
El día 1 de febrero de 1954, el Sr. ELCARRA
me envió un telegrama en el que me comunicaba
que había sido nombrado miembro del Comité Central
del Partido Comunista de España. Me alegraba
mucho de que el Sr. ELCARRA hubiera sido
nombrado miembro del Comité Central del Partido
Comunista de España, y deseaba que el Sr. ELCARRA
continuara desempeñando con éxito sus funciones
en el Comité Central del Partido Comunista de España.
Me alegraba también de que el Sr. ELCARRA
hubiera sido nombrado miembro del Comité Central
del Partido Comunista de España, y deseaba que
el Sr. ELCARRA continuara desempeñando con
éxito sus funciones en el Comité Central del
Partido Comunista de España.



M
El día 1 de febrero de 1954, el Sr. ELCARRA
me envió un telegrama en el que me comunicaba
que había sido nombrado miembro del Comité Central
del Partido Comunista de España. Me alegraba
mucho de que el Sr. ELCARRA hubiera sido
nombrado miembro del Comité Central del Partido
Comunista de España, y deseaba que el Sr. ELCARRA
continuara desempeñando con éxito sus funciones
en el Comité Central del Partido Comunista de España.
Me alegraba también de que el Sr. ELCARRA
hubiera sido nombrado miembro del Comité Central
del Partido Comunista de España, y deseaba que
el Sr. ELCARRA continuara desempeñando con
éxito sus funciones en el Comité Central del
Partido Comunista de España.



Santiago CARRILLO

NI GUERRA CIVIL NI REVANCHA: LIBERTAD

A SESINANDO a Julián Grimau, el grupo de militares partidarios de la política de «mano dura» que encabeza Franco pretendía provocar a nuestro Partido al terreno de las acciones de represalia violentas. Los comunistas no hemos mordido el cebo. Si hubiésemos caído en la provocación habríamos dado a dicho grupo el argumento «ideal» no sólo para «justificar» el asesinato de Grimau, sino otros muchos; el pretexto para resucitar los peores momentos del terror fascista, para levantar nuevamente el espectro de la «amenaza roja» y frenar el proceso de aislamiento y descomposición de la dictadura.

No, no nos dejaremos provocar. Y no porque nos hayamos vuelto partidarios de poner la otra mejilla cuando nos golpean, no porque nos hayamos convertido a la «no violencia», sino porque tenemos una política pensada, madura, consecuente y estamos dispuestos a proseguirla firmemente hasta el éxito. Si Franco y el grupo de «duros» pierden la cabeza y cometen atrocidades que les aíslan y debilitan, nadie espere que nosotros vayamos a seguirles por el mismo camino. El nuestro está trazado: es el camino de la lucha de masas contra la dictadura. No somos una vanguardia de «desesperados» dispuestos a morir para denunciar al mundo la crueldad del fascismo español. Somos una vanguardia de revolucionarios, de marxistas-leninistas, dedicados a la tarea de organizar y conducir a la lucha contra la dictadura, la clase obrera y las masas populares. Estamos convencidos de que son éstas y no un grupo de héroes quienes pueden realizar la transformación revolucionaria que exige España. Si en ese empeño hay que dar el ejemplo, sacrificar la libertad o la vida, los comunistas no retrocedemos. Ahí está, para probarlo, el martirio de Julián Grimau, y antes que él, los de Diéguez, Larrañaga, Girabau, Cristino García, Zoroa, Lucas Nuño, Gayoso, Seoane, Carrero y decenas de otros dirigentes comunistas fusilados por el franquismo; ahí está el ejemplo de Simón Sánchez Montero, Mi-

guel Núñez, Ormazábal, Ardíaca y tantos otros, presos en las cárceles franquistas. Ningún crimen, ninguna atrocidad nos desviará de la línea que responsablemente hemos escogido, ni nos amedrentará y alejará de nuestro deber de organizadores y dirigentes de la lucha obrera y popular por la libertad.

Los anarquistas de otra época pensaban que la revolución es obra de algunos grupos de «héroes»; consideraban a las masas como algo amorfo, inerte y creían que el terrorismo individual era el camino para transformar la sociedad. Por el contrario, los marxistas sostenían que la fuerza revolucionaria capaz de transformar la sociedad reside en el pueblo, particularmente en la clase obrera, y que la tarea de los revolucionarios conscientes es organizar a dicha clase, a las masas populares y llevarlas a la lucha. La historia ha confirmado que el camino de la revolución es precisamente el que defendían los marxistas-leninistas.

Cierto que el camino de la organización y del levantamiento de las masas a la lucha decidida y resuelta contra el franquismo no se recorre en un día; es un camino largo, que exige paciencia, tenacidad, inteligencia y heroísmo. Pero no hay otro camino más corto; no existen hatajos. Hay que recorrer esa ruta larga y difícil, que demanda un heroísmo como el de Julián Grimau, es decir un heroísmo capaz de no desmayar ante las fatigas y dificultades de años de trabajo y de lucha, sordos e ingratos, y, a la vez, de entregar la vida en un solo minuto decisivo cuando el momento llega.

Los comunistas españoles hemos comprendido mejor estas verdades cuando hemos valorado cabalmente lo que representó la derrota del pueblo español en 1939, lo que significó el millón de muertos, el encarcelamiento y el exilio, durante largos años, de cientos de miles. Aquello no fue sólo la derrota sino la destrucción física de dos generaciones de revolucionarios y demócratas casi íntegras. Y un pueblo no se repone de tal sangría de la noche a la mañana. Un pueblo que ha sufrido una prueba de ese género necesita años para levantarse de nuevo y ponerse en disposición de volver a la ofensiva por sus derechos y sus libertades.

Hoy España comienza a superar las consecuencias de la sangrienta derrota. Nuevas generaciones de revolucionarios y demócratas acuden a ocupar el puesto de los caídos en la lucha. La clase obrera y las masas populares recuperan su vitalidad y su fortaleza revolucionaria. El mérito de los comunistas consiste en no haber perdido la confianza en el pueblo ni aun cuando éste se hallaba desangrado y abatido por la derrota; en haber creído en su recuperación y haber contribuido eficazmente a ella; en haber formado permanentemente hombres de temple leninista que han mantenido, a través de todas las vicisitudes, nuestra presencia entre la clase obrera y las masas populares; en haber confiado en la juventud, comprendiendo la importancia del papel que la estaba asignado, particularmente en las condiciones de nuestro país.

En todo ese proceso ha jugado un gran papel nuestra política de reconciliación nacional. Esa política ha ayudado a dismantelar las posiciones de guerra civil en que se apoyaba el franquismo y a acentuar su aislamiento, facilitando el desarrollo de un amplio movimiento de oposición.

Al defender la reconciliación nacional teníamos en cuenta una realidad que otros no veían: que en el presente de España el enfrentamiento no se producía entre las sombras del Ejército republicano y del Ejército franquista. Aunque los problemas de fondo que se ventilan hoy sean muy semejantes a los que se ventilaban en 1936-39, la experiencia de más de veinte años de franquismo y la situación mundial hacen que la correlación de fuerzas no sea ya la misma. Los campesinos de Castilla, Navarra, Galicia y ciertas partes de Andalucía, que Franco movilizó contra la República, creídos que luchaban por la fe y por España, saben ya que se sacrificaron exclusivamente por los privilegios de terratenientes y financieros. Esos campesinos son pueblo, como nosotros; sus intereses y los de sus hijos son idénticos a los nuestros. ¿Por qué íbamos a alimentar la ficción franquista de que ellos pertenecen a otra España distinta a la nuestra, la España de los «vencedores», si ellos —aun formando parte del Ejército triunfador— han sido tan derrotados en la guerra como los campesinos que estaban con la República; si el resultado es que ellos también han quedado a merced de los terratenientes y los monopolistas y han conocido el desahucio, la miseria, el éxodo a las ciudades o al extranjero, igual que los campesinos republicanos? Esta verdad había que hacérsela ver a todos ellos; era preciso abolir las alambradas y las trincheras que nos separaron durante la guerra y eso podía únicamente lograrse con una política de reconciliación nacional.

A los trabajadores, a los intelectuales y pequeño-burgueses que, en mayor o menor proporción, combatieron en las filas de Franco no podíamos considerarlos eternamente enemigos nuestros.

Pero además estaban las nuevas generaciones, los hijos de los que combatieron frente a nosotros. ¿Podíamos permitir que Franco continuase perpetuando la división de la guerra civil, apoyándose en media España para oprimir a la otra media, con el espantajo de la revancha y de las represalias, o había, por el contrario, que formular una política que permitiese la unión de todos los españoles lesionados por la dictadura fascista, independientemente del lado en que combatieron en 1936, independientemente —todavía con mayor razón— del lado en que combatieron sus padres?

La respuesta es obvia. Si los comunistas hubiéramos propugnado una política de revancha, de petrificación de los frentes del 36; si los comunistas hubiéramos mantenido enhiestas las alambradas y las fortificaciones de la guerra, en vez de defender una política de reconciliación, la situación de Franco sería hoy más fuerte y las acciones de masas de estos años, en la ciudad y en el campo, las luchas estudiantiles e intelectuales, la toma de posición contra la dictadura de amplias capas sociales, no se hubieran producido, o lo hubieran sido en escala mucho menor.

Ha pasado un cuarto de siglo desde nuestra guerra. Y se han producido muchas transformaciones. Entre miles de cartas recibidas hace unas semanas, tras el asesinato de Julián Grimau, había muchas que daban fe de esas transformaciones. En una de ellas un ex combatiente de la división azul escribía al Partido Comunista explicando su indignación contra el crimen y manifestando su propósito de luchar al lado de los amigos de Julián Grimau. En otra, un falangista manifestaba su respeto hacia la noble figura de Grimau y afirmaba su convicción de que un hombre tan digno y valeroso no podía ser un «criminal», como dice la prensa

de Franco. Otro falangista, combatiente de una «bandera» de Falange durante la guerra, recordaba los crímenes cometidos por ésta en la retaguardia, repudiándolos y tomando la defensa de Julián. La carta de un campesino católico recordaba que el autor había huído de la zona republicana a la zona franquista, creyendo que la razón se hallaba de este lado, para convencerse más tarde de su error. ¿Qué actitud debemos tomar ante el divisionario azul, ante los dos falangistas, ante el campesino católico que hace veinticinco años luchaban contra nosotros? ¿Podríamos seguir tratándoles como enemigos? ¿Podríamos confundirlos con Franco, Alonso Vega y Eymar? Si tal hiciésemos seríamos unos insensatos. Ellos, como nosotros, son parte del pueblo. Nuestro deber no es rechazarles sino atraerles a la lucha contra los Franco y los Eymar, ayudarles a volver al lado de los suyos, al lado de quienes defienden realmente el interés del pueblo.

Una cosa era la guerra en el 36-39; otra es la lucha contra la dictadura de Franco hoy. Incluso la actitud de los hombres y los grupos políticos no podemos verla de manera estática. Si algunos grupos universitarios o de otro género que, por el ambiente en que se han formado, todavía se llaman falangistas, toman actitudes antifranquistas, se manifiestan contra las bases yanquis en España y se aproximan hacia la oposición, ¿qué debemos hacer? ¿Rechazarles, empujarles en brazos de Franco o facilitar su evolución? Polemizando con sus concepciones ideológicas, combatiendo los restos de ideología fascista que aún conservan, debemos facilitar su paso a posiciones antifranquistas activas.

Del mismo modo no podemos olvidar que en Navarra hay muchos campesinos y gentes del pueblo, incluso no pocos obreros, que por la fuerza de la tradición siguen considerándose requetés; sin embargo no están con Franco y sufren las consecuencias de esta situación como el resto del pueblo. En las huelgas de 1956 estuvieron al lado de los demás trabajadores. ¿Debemos esforzarnos por que en la próxima huelga estén de nuevo a nuestro lado, o debemos rechazarles y ponerles en frente a causa de que los requetés de 1936-1939 fueron las mejores tropas de Franco? Creo que la respuesta es obvia.

También debemos tener en cuenta determinados factores al considerar hoy al Ejército. Es verdad que éste es todavía el más sólido puntal del régimen; pero no por eso podemos juzgar al Ejército de hoy exactamente como al Ejército sublevado de 1936.

Hace meses, durante la vista de la causa contra Ardiaca, el militar que presidía el tribunal interrumpió a uno de los procesados para decir, palabras más o menos: «os combatimos en la guerra y seguimos combatiéndoos». Esta manifestación propia de un sublevado que considera el tribunal como una prolongación del frente, más que de un juez militar encargado de administrar justicia, confirma que en el Ejército actual hay un núcleo de mandos, agrupados en torno a Franco, partidarios de una política de «mano dura». Ese núcleo es el obstáculo más activo al restablecimiento de la paz civil y de las libertades democráticas y ejerce una influencia nefasta. Pero entre la oficialidad del Ejército, una parte no pequeña, pese a sufrir una desinformación sistemática sobre la situación política nacional e internacional, no se opondría a un cambio democrático si el pueblo sale a la calle pacíficamente a reclamarlo. Entre los componentes de las nuevas promociones

que no han vivido la guerra y no tienen ninguna responsabilidad en lo que sucedió entonces hay hombres tan dignos como el capitán Rebollo, defensor de Julián Grimau. Hombres así, cualesquiera que sean sus ideas y creencias, nunca los confundiremos con los Eymar y los Franco y siempre tendrán nuestro respeto.

Otro caso es el de la Iglesia española. Su jerarquía integrista se situó al lado de los sublevados y les dio el título de «cruzados». Una parte del clero participó activamente en la sublevación. No eran fenómenos inusitados y nuevos; en la historia de nuestro país la Iglesia siempre fue una de las fuerzas más combativas de la reacción. Pero cuando dentro de la Iglesia, entre el clero, empiezan a desarrollarse tendencias democráticas y anti-franquistas; cuando el movimiento de renovación que ha encabezado el Papa Juan XXIII empieza a penetrar en la Iglesia española, cuando los trabajadores católicos se movilizan y luchan junto a los trabajadores comunistas, ¿cuál debe ser nuestra política? ¿Saludar estos cambios como un hecho positivo, favorable a la democratización de nuestro país, o ignorarlos y seguir viendo las cosas exactamente igual que en 1936?

Nosotros, revolucionarios, comunistas, no queremos que la historia se repita. Nos esforzamos por que el pueblo vea claramente cuál es el obstáculo real al progreso y a la democratización de España, y se una contra ese obstáculo: la oligarquía monopolista y terrateniente y su régimen político. Queremos desnudar a esa oligarquía y a su dictadura de todas sus coberturas «religiosas», «nacionales», «seudodemocráticas» y «seudorrevolucionarias». Que todos, incluso aquellos a quienes engañó, la vean tal como es en realidad: el reino despiadado del Moloch monopolista y terrateniente, que sacrifica todo: patria, fe y hombres a la conservación de unos privilegios inicuos.

Con una política estrecha y sectaria, que no tuviera en cuenta los cambios operados en un cuarto de siglo, en vez de lograr aliados, en vez de aislar a Franco y reducir el número de sus defensores lo que haríamos sería aumentarle, aislarnos nosotros y lanzar en brazos del «caudillo» a las numerosas fuerzas que hoy se sienten defraudadas y traicionadas por lo sucedido en estos años.

La política de reconciliación nacional ha desembarazado de muchos obstáculos la lucha de los trabajadores; ha proporcionado a éstos aliados muy útiles entre las capas medias; ha acelerado la descomposición y disgregación de los grupos franquistas. Las posibilidades de lucha y de unidad existentes hoy se deben en gran medida a esa política.

El asesinato de Grimau no ha venido a desmentir la justeza de la política de reconciliación nacional, que él defendió ante sus jueces y en sus últimas palabras. Ciertamente que Franco y su grupo de «duros» impusieron dentro del Gobierno la aplicación de la pena capital, y si hubo ministros que se opusieron, finalmente toleraron el crimen sin dimitir. Pero al mismo tiempo el asesinato de Grimau puso de relieve los profundos cambios operados en la posición de muchas gentes, cambios ante los que los comunistas no somos insensibles. Personalidades que hasta ese momento aparecían confundidas con el régimen, que anteriormente colaboraron con él, tomaron una actitud de clara repulsa contra el crimen y se movieron para impedirle. Los comunistas valoramos actitudes como la del Sr. Ruiz Giménez y otros; valoramos la

digna posición de quienes se negaron a venir ante el tribunal para levantar falsos testimonios a Julián Grimau, las gestiones del Cardenal Primado, del obispo de Zaragoza, del obispo de Lugo, del cardenal Albareda. Saludamos con gratitud la valerosa conducta de las personalidades intelectuales que en esos días hicieron cuanto estuvo a su alcance para salvar la vida de Grimau; saludamos la posición unánime de la Junta del Colegio de Abogados, pidiendo el indulto. Incluso las diferencias de actitud entre unos periódicos y otros no han pasado desapercibidas para nosotros, ni la, bajo su apariencia frívola, clara condenación del crimen por Pemán. En el artículo del profesor Millán Puyes, publicado en «ABC» en momento tan crítico, sobre la libertad y el orden, creemos discernir la oposición de un sector católico bien determinado, a la actitud de sus propios correligionarios dentro del Gobierno.

En general, el asesinato de Grimau ha levantado una oleada de reprobación entre numerosas gentes hasta ahora indecisas, que no habían optado contra el régimen y ha precipitado su decisión.

Ante unos y otros nuestra posición es clara: para que no haya más asesinatos como el de Julián Grimau, para terminar con el estado de guerra civil latente, la desolidarización con respecto al régimen debe ir acompañada de una acción positiva por un cambio democrático en España. Los comunistas no creemos que deba rechazarse ninguna aportación en este sentido; todos los que la hagan merecen nuestro respeto, aunque discrepemos de ellos en el terreno ideológico y en las cuestiones políticas de largo alcance y polemiquemos sobre ellas.

Nosotros estamos por un acuerdo general de las fuerzas democráticas contra la dictadura, acuerdo que se hace cada vez más indispensable; pero no subestimamos ninguna posibilidad de acuerdos limitados, parciales que permitan hacer avanzar, aunque no sea más que de un paso, la lucha de los trabajadores y del pueblo español por sus libertades; no minimizaremos ninguna evolución que permita desplegar y extender aún más la oposición contra la dictadura. No nos anima un espíritu de represalia y de revancha centrado en el pasado; nos impulsa la voluntad de progreso y de superación, la confianza en el futuro de España y de su pueblo admirable.

EN definitiva, los comunistas no pretendemos prolongar la guerra de ayer para alcanzar una revancha; tratamos de que el pueblo, todo el pueblo, gane la batalla política de hoy contra la dictadura fascista de Franco, para establecer las libertades democráticas, abrir camino a la transformación de las estructuras económicas atrasadas y modernizar el país. Los comunistas tratamos de lograr que los trabajadores dejen de pasar hambre y calamidades, que los campesinos no sean expulsados de sus tierras, que la tierra sea de quienes la trabajan. Los comunistas queremos que cese el éxodo de mano de obra al extranjero cuando en España todo está por hacer; que la juventud tenga plenamente abiertos los caminos de la vida; que la mujer sea igual al hombre en derechos efectivamente. Los comunistas luchamos por poner fin a los atropellos y arbitrariedades, por que

cada cual tenga libertad para expresar y defender sus opiniones y ejercer sus derechos; por que la labor creadora de los intelectuales se realice en condiciones de libertad; por que cese la vergüenza del paro intelectual en un país que necesita muchos más ingenieros, sabios, científicos y técnicos de los que hoy forma; por que los funcionarios vivan dignamente, sean ciudadanos y no instrumentos de un poder fascista.

Cuando afirmamos nuestro deseo de lograr esto por una vía pacífica no queremos decir que sea posible sin sacrificio y lucha; afirmamos, simplemente, nuestra voluntad de evitar, en lo que de nosotros dependa, una nueva guerra civil y la perpetuación de las represalias de un lado o de otro.

Lo cierto es que la liquidación de la dictadura exige una lucha enérgica, una elevada combatividad de todas las fuerzas, grupos y hombres que se oponen a ella.

La vía pacífica no es la pasividad, no es la espera a que las cosas se resuelvan por la «buena voluntad» de los de arriba, ni tampoco la inacción en la expectativa del día en que comience la «gran lucha».

Aquellos que todo lo esperan de una «evolución por arriba», que desconfían de las fuerzas del pueblo o las temen, quizá no se den cuenta de que, con su pasividad, se arriesgan a que la descomposición política del régimen pudra no sólo a las fuerzas implicadas en él, sino en general a hombres y fuerzas que aun estando en la oposición dan prueba de ser inoperantes e incapaces de cualquier acción política eficaz. Esto radicalizaría aún más la situación y su solución. Hasta los más conservadores deberían comprender que cada día que se prolonga esta situación intolerable, asfixiante, añade una nueva carga explosiva a la ya tensa atmósfera que existe en España.

Por otra parte, los que subestimando las posibilidades y el alcance reales de la lucha de masas se dedican a especulaciones inactuales y platónicas sobre la lucha armada, caen también en una forma de pasividad, en espera de una problemática «hora H» y no contribuyen a la acción. Son los que amenazan con lo que van a hacer y deshacer «el día que la lucha empiece» sin darse cuenta de que la lucha ha empezado ya hace muchos años, o mejor aún, no ha cesado totalmente nunca.

En las condiciones actuales, tras la experiencia de abril y mayo del año pasado, los comunistas consideramos que la tarea de lucha inmediata es la preparación de la huelga general política contra la dictadura, y la creación de las condiciones para que esa huelga de los trabajadores sea activamente apoyada por las más amplias capas sociales, por todos los sectores antifranquistas del país.

El hecho de que haya gentes para quienes la huelga general es *demasiado* y otras para considerar que *no es bastante*, no debe apartarnos ni un ápice del camino que nos hemos trazado. A quienes por considerarla *demasiado* obstaculizan o no ayudan debemos hacerles comprender que hoy no hay otra fuerza, más que los trabajadores, capaz de ser el eje de una acción contra la dictadura con peso suficiente para forzar una ruptura de la actual situación política. Es irreal pensar que del Ejército pueda partir una iniciativa política de insubordinación contra el régimen; apar-

te de que de lo que se trata no es de que el Ejército sea, bajo otras formas, la fuerza dirigente del país, sino de que vuelva a los cuarteles, a su papel de brazo armado de la nación, del que no debió salir nunca. Y es todavía más absurdo esperar a que Franco fallezca de muerte natural y a que le sustituya un «buen dictador».

A los que, por el contrario, consideran que la huelga general no es bastante, hay que decirles que, por el momento, es lo más que los trabajadores están en condiciones de hacer contra la dictadura y que además, la huelga general es una etapa obligada para que los trabajadores y las masas populares vayan a más posteriormente, si la situación lo exige.

A esos hay que hacerles ver hoy que la opción táctica no está entre la huelga general y el levantamiento popular armado. Si hoy es difícil y complicado organizar a la gran masa de los trabajadores y conducirla a la huelga general, sería una insensatez invitarla a un levantamiento armado; sólo nos seguirían pequeños grupos heroicos a los que el franquismo aplastaría fácilmente.

Incluso para proponerse un día, como salida, el levantamiento popular armado, si otras formas de lucha de masa resultasen insuficientes para poner fin a la dictadura franquista, la huelga general es una etapa por la que hay que pasar previamente.

Pero ¿cuál es la realidad presente? Basta abrir los ojos para darse cuenta de que la idea de la huelga general política está penetrando profundamente entre las masas trabajadoras y en otros sectores populares. El infame asesinato de Julián Grimau ha contribuido no poco a dar conciencia de esta necesidad. Y los trabajadores se están preparando y organizando para esa huelga de la única forma posible en las condiciones de un régimen tiránico.

Quien trate de hallar las formas de organización usuales en una democracia en el movimiento que se desarrolla hoy, no las encontrará, porque esas formas —sindicatos, etc— no existen y no pueden existir actualmente. Sin embargo no se puede hablar tampoco de espontaneidad. Las formas posibles hoy, surgen de los miles de conflictos que en las empresas, a lo largo y lo ancho del país, se plantean en este momento. Cada conflicto representa un acto de unidad de los trabajadores, una discusión y un acuerdo entre ellos, una comisión obrera que reaparece o nace a la acción; representa la movilización de uno de los destacamentos que tienen que participar en la huelga general. Y hoy se producen conflictos de ese género en toda España. Comparándolo a las vísperas de abril y mayo del año pasado, el salto dado en este aspecto es enorme y las condiciones muchísimo más favorables en cuanto a unidad, organización y experiencia de los trabajadores. Sobre esta base del amplio movimiento de masas existente, la acción inteligente de nuestras organizaciones de Partido —que debemos fortalecer incesantemente— coordinada con la de otros grupos y militantes socialistas, católicos, nacionalistas, cenetistas y otros, puede poner en marcha la huelga general.

No cabe duda de que el Gobierno de Franco es consciente de la amenaza de huelga general. Sus ministros y representantes hablan contra la huelga, van de un punto a otro, allí donde surgen conflictos. Siguen la táctica de impedir que ninguna huelga reivindicativa se establezca y se prolongue, con el fin de que no pueda servir de punto de partida a la extensión y generalización

del movimiento. Para ello no vacilan en hacer en cada lugar concesiones, a veces importantes —que más tarde verán cómo anular— combi-
nándolas con las coacciones y amenazas. El año pasado no eran tan
astutos; creyeron que con la «dureza» bastaba y así las huelgas se
iniciaron en Asturias, se estabilizaron y alcanzaron a medio mi-
llón de trabajadores en todo el país; sólo cuando se percataron
de que con la «dureza» contribuían a extender y a prolongar la
huelga y ayudaban a darle un carácter político, dieron marcha
atrás y empezaron a hacer concesiones. Este año han aprendido.
La consecuencia es que hasta ahora ha sido muy difícil iniciar
la huelga general a partir de un conflicto reivindicativo, porque
allá donde ven peligro, ceden.

Claro que esa táctica gubernamental, si de momento les ayuda
a retrasar la explosión, en definitiva puede resultarles fatal, porque
involuntariamente contribuye a que los conflictos se multipli-
quen, a que la lucha reivindicativa se haga más tenaz y más am-
plia, a que se generalice en todo el país un clima de tensión social
cada vez más agudo, en el que la unidad, la organización y la
combatividad de los trabajadores crecen y las exigencias de éstos
se hacen cada vez más elevadas, tendiendo a desembocar en la
demanda que está implícita en toda esa movilización: la liquida-
ción de la dictadura. Llegará un momento y un punto en que la
cuerda se rompa, en que el campo de maniobra de los franquistas
—ya no demasiado amplio— no dé más de sí. Y en que no podrán
evitar el estallido de la huelga y su corrimiento al país entero.

Esa táctica gubernamental, frente a la de los trabajadores, re-
cuerda dos contendientes que echasen un pulso. El Gobierno pre-
sionando para impedir que la huelga surja; las fuerzas más cons-
cientes de la clase obrera haciéndolo, a su vez, para que la huelga
se inicie con una base bastante sólida para que pueda extenderse
y generalizarse. Como cuando se pulsea, la cuestión es no aban-
donar, sino fatigar al adversario y hacerle torcer el brazo. No
está descartado, incluso, que en este forcejeo, si se prolonga, el
nivel político y de organización de las masas alcance rápidamente
tal madurez que la huelga general se inicie en un punto o en otro
como huelga política abiertamente, sin cobertura reivindicativa.

Lo esencial es que los comunistas, y todos los trabajadores
conscientes, impulsen y organicen la acción reivindicativa al par
que preparen su transformación en huelga general política. Que
no vean únicamente nuestras dificultades, que se den cuenta de
las dificultades que tiene el Gobierno, del enorme temor que le
inspira la amenaza de huelga general y de los esfuerzos que hace
para evitarla. Y que no cesen de acosarle, presentando una rei-
vindicación tras otra, hasta conseguir una ruptura por algún
punto importante que pueda arrastrar al conjunto del país, o hasta
crear un clima de tensión en el que sea posible, desde el principio,
lanzarse a la acción con exigencias políticas abiertas.

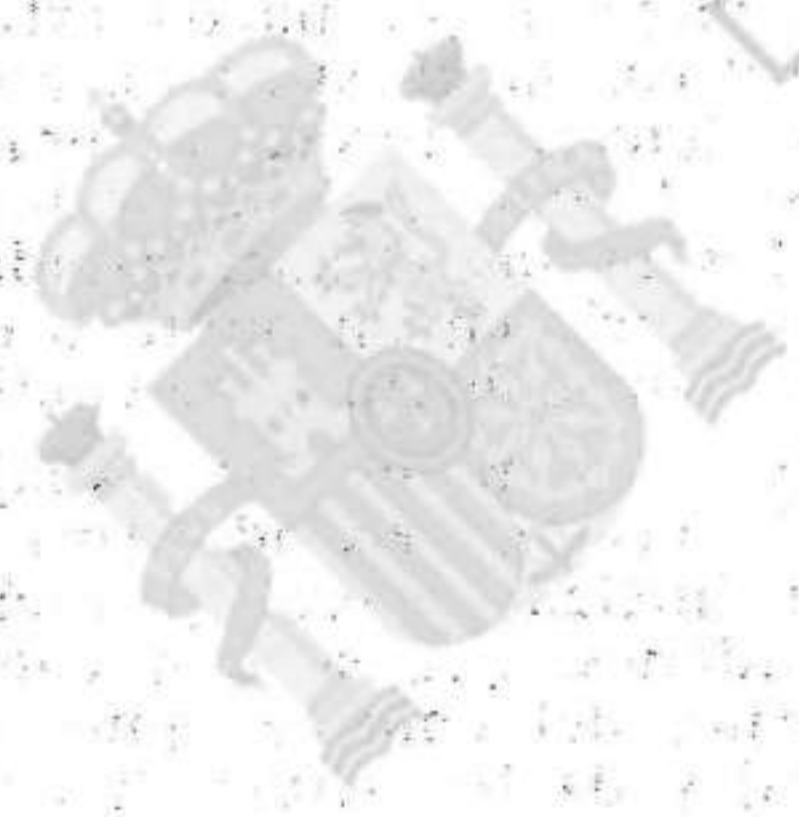
Lo esencial, asimismo, es que esta labor la llevemos a cabo
unidos con los católicos, los socialistas y todos los trabajadores
conscientes, sin exclusivismo ni sectarismo.

En el contexto de la situación española debemos tener en
cuenta que numerosos factores, los que en política suelen llamarse
«imponderables», pueden favorecer el estallido y el éxito de la
huelga; el desarrollo de las contradicciones y de los afrontamien-
tos entre los grupos gobernantes, la conciencia de la necesidad de

cambios, que gana incluso a los sectores más conservadores e in-
movilistas; la presión internacional, etc., etc.

La huelga general es la respuesta que los trabajadores, apoya-
dos por los más amplios sectores sociales antifranquistas, pueden
dar a los asesinos de Grimau; es la forma más eficaz, más real,
hoy por hoy, de asestar un golpe contundente al franquismo. In-
cluso aunque éste no cayese inmediatamente, la huelga general
determinará un nuevo reagrupamiento de las fuerzas de la oposi-
ción, la realización de ese acuerdo general que aún no se ha con-
seguido, y con ello la aparición de una alternativa seria, unitaria,
capaz de ofrecer garantías y de inspirar confianza, cuya sola exis-
tencia quebrantaría decisivamente los últimos soportes del régi-
men.

MINISTERIO
DE CULTURA



LA REPROBACION UNIVERSAL

POR EL ASESINATO DE JULIAN GRIMAU

EL fusilamiento de nuestro entrañable camarada Grimau ha sido un crimen político premeditado de Franco.

El sumario que le instruyeron estaba compuesto de piezas fabricadas por la brigada político-social. Con suma facilidad y lógica pudo el abogado defensor, capitán Rebollo, demostrar que eran pruebas de segunda o tercera mano. Ningún testigo de cargo contra Grimau compareció ante el Consejo de guerra sumarísimo.

Su nombre no figura en la «Causa General», lo que evidencia que contra él no había ninguna acusación anteriormente a su detención, ya que en la Causa General se encuentra la acusación que han formulado los franquistas contra los dirigentes y combatientes de la República durante la guerra civil española.

Que ha sido un crimen premeditado pudieron confirmarlo sin lugar a duda los letrados competentes de Francia, Italia y Gran Bretaña que asistieron como observadores al Consejo de guerra, al cual han calificado de farsa, porque ni hubo garantías de ninguna clase para el acusado ni la defensa pudo intervenir con plena seguridad en el ejercicio de sus derechos. A idéntica conclusión llegaron los numerosos periodistas extranjeros que presenciaron dicho Consejo de guerra.

Julián Grimau fue fusilado por delitos que no le probaron. Semejante acto monstruoso ha llenado de indignación a millones de ciudadanos de todos los países, ha tenido la reprobación universal. El alcance y la amplitud de la movilización para salvar la vida de nuestro camarada fueron extraordinarios. Y si tal magnitud alcanzaron las gestiones que se hicieron para evitar su fusilamiento, la protesta mundial por el asesinato ordenado por Franco ha sido de las más hermosas pruebas de solidaridad conocidas por el pueblo español.

La versión oficial del crimen, facilitada por los servicios de información de Franco, no la ha creído nadie. Esta versión, a base de infamias repugnantes, para presentar la noble e insobornable figura de Julián Grimau como un hombre que cometió «horrendos crímenes» durante la guerra civil en España, no ha sido aceptada ni por los más amigos de Franco en el extranjero. Es característico a este respecto lo que informaba el corresponsal de «ABC» en Roma y publicado en el número del 25 de abril de este periódico. Dicho corresponsal escribía: «Los más amigos

del régimen español me han dicho que cómo es posible que llevando razón parezca que no la tenemos. El hecho es que nadie cree en esa razón. El hecho es que nadie da por cierto el historial de Julián Grimau y si alguien lo da es como si no fuese verdad».

Lo que escribió este corresponsal de «ABC» en Roma podían haberlo suscrito muchos de los corresponsales de la prensa española en numerosos países.

Franco ha aparecido ante el mundo civilizado como un monstruo que no detuvo su mano sangrienta ante el clamor mundial que le pedía, en diversa forma, que no ejecutara a Julián Grimau.

El indulto fue pedido por el Papa, Nikita Jruschov, la Reina Madre de Bélgica, el Cardenal Feltin de París, el Gobierno argelino, el ministro de Relaciones Exteriores de Uruguay, el Arzobispo de Santiago de Cuba y numerosas personalidades políticas, de la ciencia, universitarias, jerarquías de la Iglesia. El Presidente Kennedy, al trasladar al Embajador de España en Washington el telegrama que recibió de Angela Grimau, también manifestaba en cierta forma su deseo de que no se fusilase a Julián Grimau.

La condena de este crimen la han expresado millones de ciudadanos de todos los países y se ha expuesto en todos los idiomas y con una amplitud extraordinaria se ha reflejado en la prensa, radio y televisión de todos los continentes.

A continuación transcribimos las manifestaciones hechas por gobernantes y dirigentes políticos de diversos países, en las que se refleja la conmoción producida en sus respectivos pueblos por el fusilamiento de Julián Grimau.

El Jefe del Gobierno de Dinamarca, dijo: «Desde que terminó la guerra mundial, España ha tratado de convencer al mundo de que iba evolucionando hacia una política más liberal y social. Esta ejecución parece haber roto aquella línea estableciendo una separación aún más grande entre España y Europa occidental».

El Sr. Aldo Moro, Secretario General de la democracia cristiana italiana, afirmó: «Este fusilamiento presenta un carácter de venganza política y no de un acto de justicia».

El ministro de Relaciones Exteriores de Méjico, Manuel Tello, dijo a los periodistas, «hay cosas tan alejadas de la justicia y dignidad que merece la persona humana que aun cuando se trate de un asunto interno de España, no pueden menos que recibir la reprobación de todos los que creen en los valores humanos y los respetan».

Janos Kadar, Presidente del Gobierno húngaro y Secretario general del P.O.S.H., dijo por radio Budapest:

«Recientemente, un profundo sentimiento de indignación se ha adueñado del pueblo húngaro cuando el régimen fascista de Franco ha asesinado a ese hijo magnífico del pueblo español, al camarada Grimau. Es posible que Franco piense también que ha terminado con los enemigos de su dictadura medioeval y es posible que el imperialismo internacional crea que con este asesinato cometido en España se ha asestado un golpe al comunismo internacional. Pero no se puede paralizar con el terror la justa lucha del pueblo español, no se puede atemorizar a la clase obrera mundial ni a los pueblos del mundo que luchan cada vez más firmemente por el socialismo, el comunismo y la paz».

El Alcalde de Berlín occidental, Willy Brandt, escribió: «A pesar de las protestas y de las peticiones de gracia, llegadas del

mundo entero, y de todos los medios, Franco, el sanguinario, ha hecho fusilar en la mañana del sábado, en la prisión madrileña de Carabanchel, a Julián Grimau, dirigente comunista español. Pocas veces un proceso fue llevado de manera más inicua».

El jefe de la mayoría parlamentaria del Partido Socialdemócrata sueco, Hans Gustafsson, dijo el 23 de abril en un debate parlamentario: «Después de esto quiero decir unas palabras sobre un hecho que durante la última semana ha conmovido profundamente a la mayoría de nuestro pueblo: la ejecución del dirigente comunista Grimau. Este acto sangriento ha mostrado una vez más el verdadero carácter del fascismo franquista. Aquellos que por casualidad creían en un ablandamiento del régimen de terror español se han visto desengañados de una forma brutal y dura».

El Presidente de Gaulle ordenó el regreso urgente a París del ministro de Hacienda francés que se encontraba en Madrid para la firma de un acuerdo económico con el Gobierno español.

El líder del Partido laborista inglés, Harold Wilson, dijo: «Todo el Partido se ha sentido conmovido ante la ejecución de Julián Grimau que es una ofensa a la humanidad».

En una carta dirigida a Franco, 42 sacerdotes de Ginebra decían: «Los sacerdotes abajo firmantes, consternados por lo sucedido, manifiestan su dolor y su indignación ante la ejecución de un hombre contra todas las normas de la justicia».

La dirección del Partido Socialista belga expuso en un comunicado, «su horror ante la condena y la ejecución del republicano español Julián Grimau por hechos que datan de la guerra civil y que nadie ha probado».

El premio Nobel de Medicina, Daniel Bovet, manifestó: «Es doloroso que tantos años después de la derrota del nazismo y del fascismo se den aún hechos tan atroces de intolerancia como la ejecución de Julián Grimau».

Y así podríamos seguir insertando numerosísimas declaraciones que, en términos semejantes, han coincidido en condenar el asesinato de Julián Grimau.

NO pretendemos dar un cuadro de lo que ha sido la movilización de protesta en todo el mundo. Es imposible en tan breve espacio. Nos proponemos avanzar un resumen, a través del cual se pueda apreciar la enorme significación y amplitud que ha tenido.

Francia: La protesta contra el asesinato ha abarcado a todo el pueblo, el cual ha participado de una u otra forma. El Buró Político del Partido Comunista hizo pública una declaración llamando a la clase obrera y a todo el pueblo a manifestar su protesta. También lo hizo el Buró Confederal de la C.G.T., como hicieron constar su protesta la Juventud Obrera Católica, organizaciones sindicales de Fuerza Obrera, los dirigentes socialistas, radicales, del movimiento republicano popular, de las organizaciones de mujeres, de las juventudes, de los estudiantes, de intelectuales, universitarios. En numerosas localidades se produjeron manifestaciones ante los edificios diplomáticos de España tales como los de París, Toulouse, Burdeos, Lyon, Grenoble, Marsella. Hubo numerosos mítines en todo el país.

La C.G.T. hizo un llamamiento a la clase obrera a realizar un paro limitado en toda Francia para protestar contra el crimen. Y el día 22 de abril, tuvo lugar una gran manifestación en París, ante la Bolsa de Trabajo a la que acudieron 50.000 personas.

A la embajada y consulados franquistas llegaron por decenas de miles las resoluciones, cartas y telegramas. Según los servicios de la Federación del personal de Correos y Telégrafo, en los días aquellos, más de ochocientos mil telegramas fueron cursados al Gobierno de Franco pidiendo el indulto y, después, en protesta por el asesinato de Julián Grimau.

La prensa, radio y televisión se ocupó, tanto en las informaciones como en los comentarios, de dar cuenta de la indignación que había despertado en Francia y otros muchos países la decisión de Franco de ejecutar a Grimau.

Ayuntamientos de la región parisina, del Rhône, decidieron dar el nombre de Julián Grimau a calles de sus respectivas ciudades.

Italia: En los días 16, 17, 18, 19, 20 y después de la ejecución ha habido manifestaciones en Roma, Turin, Milán, Florencia, Verona, Livorno, Mantua, Bolonia, Venecia, Siena y otras ciudades.

Además de los Partidos Comunista y Socialista enviaron telegramas de protesta exigiendo el respeto de la vida de Julián Grimau, infinidad de organizaciones políticas y culturales, y naturalmente, los sindicatos de toda Italia. La Confederación General del Trabajo de Italia envió un telegrama protestando contra «la condena ilegal del valiente militante de la causa de la libertad y la democracia». Han tenido una importante participación en la lucha contra la pena de muerte, las organizaciones juveniles y estudiantiles, socialistas y comunistas, y también católicas.

Citamos algunas de las numerosas personalidades y organizaciones que enviaron telegramas de protesta contra la sentencia: Eugenio Escalfari, Presidente del Consejo Nacional de Energía Nuclear. El director de la revista «Il Ponte», los senadores Pasolini, Goffredo, María Belloci; el senador y jurista Ferruccio Parri, el escritor Premio Nobel de la Paz S. Quasimodo, los escritores: Moravia, Levi, Dessi, Pratolini, Vigorelli, etc. El Sr. Gianlombardo, Presidente del Tribunal Supremo de Apelación, los profesores de la Universidad de Roma, el profesor Bolini, de la Universidad de Bari, el profesor Macri, de la Universidad de Florencia, Sr. Serafini, Presidente de la Fundación Olivetti, el Teniente Alcalde de Florencia Sr. Agnoletti, aparte del propio Alcalde de Florencia La Pira, el conocido musicólogo Luigi Nono.

El día 22 de abril, respondiendo al llamamiento de la Cámara de Trabajo, hubo un paro de diez minutos en Roma, en Génova y en otras ciudades. También un boicot a los barcos españoles de los portuarios de Génova.

Han elevado su protesta los músicos y compositores italianos presentes en el Festival Internacional de Música de Venecia; el dirigente democristiano Barbi, el Teniente Alcalde de Milán Sr. Meda, el Presidente de la Acción Católica de Trieste, Sr. Tomizza, el poeta Luciano Morandini, el dramaturgo Romano Pasutto; Livio Labor, Presidente nacional de Asociación Católica de Trabajadores Italianos; Giordano Manchiani, del Consejo Nacional de la Democracia Cristiana, el Alcalde de Livorno, el profesor Capitani de la Universidad de Cagliari, 20 profesores del Liceo Carducci de Bari, entre ellos un sacerdote.

Cuba: La Confederación del Trabajo de Cuba en nombre de sus 25 sindicatos nacionales envió un telegrama protestando con-

tra la sentencia de muerte. Enviaron telegramas: el rector de la Universidad de La Habana, Marinello, la Junta Superior de Gobierno de la Universidad de La Habana, el Movimiento Nacional por la Paz, la rectora de Letras de la Universidad de La Habana Doña Vicentina Antuña, el director de la escuela de Historia de la misma Universidad Sr. Aguirre, numerosos comités de Defensa de la Revolución, de la Escuela Superior Obrera, de la Unión de Jóvenes Comunistas, de la Federación de Mujeres Cubanas, el Colegio de Abogados y los Colegios de Médicos y Arquitectos, la Federación Estudiantil Universitaria.

Hubo grandes actos y manifestaciones de masas en todas las ciudades cubanas, pronunciándose el pueblo contra el régimen franquista.

Unión Soviética: Después del telegrama de Nikita Jruschov a Franco, manifestaron su protesta los sindicatos soviéticos, las organizaciones de mujeres y de la juventud, personalidades de la cultura y de la ciencia, jerarquías religiosas, entre éstas: los científicos: Keldish, Presidente de la Academia de Ciencias; Fedosoiev, Vicepresidente de la misma; Petrovski, Rector de la Universidad de Moscú y los académicos Skobeltsin y Blagonravov; Blochin, Presidente de la Academia de Ciencias Médicas; el Metropolitano Krutitski y Kolomensko Pitirim, miembros del Santo Sínodo de la Iglesia Ortodoxa Rusa, dirigido al Cardenal Primado de España Pla y Deniel. Se han celebrado millares de mítines en todo el país en los cuales los trabajadores soviéticos condenaron vigorosamente el asesinato de Grimau.

En la barriada Octubre de Moscú se ha dado a una calle el nombre de Julián Grimau.

Bélgica: La Reina Elisabeth pidió a Franco que evite la condena a muerte. La Reina se dirigió también a personalidades católicas belgas rogándoles que el cardenal Suenens interceda a través de los obispos españoles en favor de Julián Grimau.

El XIV Congreso del Partido Comunista Belga dirigió un llamamiento al pueblo a luchar contra la condena a muerte.

El Padre Pire, Premio Nobel de la Paz, envió un mensaje a Pla y Deniel para que intercediera.

La Federación Nacional de Estudiantes Belgas envió un telegrama de protesta. También la Federación Belga del Trabajo, la Unión de Cooperativas Socialistas de Charleroy, numerosas organizaciones sindicales de Bruselas, Namur, Charleroy, Lieja, de los mineros del Borinage, del Movimiento Popular Walon.

En la Universidad de Bruselas ha tenido lugar un homenaje a la memoria de Julián Grimau en el que han tomado parte Jean Baugniet y Henri Janne, antiguos rectores de dicha universidad.

En los numerosos mítines que han tenido lugar en Bruselas, Lieja, Charleroy, Namur y otras ciudades, han participado oradores comunistas y socialistas y también de organizaciones católicas y movimientos juveniles.

Brasil: En la movilización por salvar la vida de Julián Grimau y contra la ejecución han tomado parte numerosas organizaciones y personalidades de los Estados de Sao Paulo, Río de Janeiro, Puerto Alegre, Niteroi, Guanabara, etc.

Además de los sindicatos que se han movilizado en todo el país, han participado en la protesta, dando su adhesión a la Conferencia por España celebrada en París: La Facultad de Derecho de la

Universidad de Sao Paulo, un grupo de médicos del Hospital de las Clínicas, varios profesores de la Facultad de Medicina de Sao Paulo, el profesor universitario Caio Prado, la Asociación de Juristas del Estado de Sao Paulo, el Instituto de Arquitectos del Brasil (Sección de Sao Paulo), el Comité procongreso de la Federación Democrática Internacional de Mujeres integrado por representantes de las recientes Conferencia Nacional de Mujeres Trabajadoras y la Federación de Mujeres Brasileñas (intelectuales); 12 diputados del Estado de Guanabara que representan a los partidos: Social Trabalhista, Trabalhista Brasileiro, Trabalhista Nacional, Unión Democrática Nacional (al que pertenece el gobernador Lacerda), Demócrata Cristiano, Socialista; la Sociedad de amigos de Cuba, el Coronel Bayardo, secretario del Frente de Liberación Nacional de Guanabara, los generales Mello y Coelho, del Movimiento nacionalista brasileño, la Unión Nacional de Estudiantes brasileños, el movimiento de la paz, la Liga femenina del Estado de Guanabara, varios diputados de la Asamblea legislativa de Río de Janeiro, etc.

Checoslovaquia: Han enviado telegramas de protesta: La Asamblea Nacional Checoslovaca, los partidos del Frente Nacional de Checoslovaquia: Partido Comunista, Partido Socialista, Partido Popular Católico, Partido de Renovación Nacional, el Comité Central de la Juventud Checoslovaca.

El Metropolitano de Praga, Jan, envió un telegrama en el que se decía: En nombre de la Iglesia ortodoxa, que en estos momentos celebra la resurrección de Cristo, que nos enseñó a amar al prójimo, pedimos insistentemente que la causa del patriota español sea transferida a la jurisdicción civil. Apelo a sus sentimientos humanitarios y confío que la vida de Julián Grimau será salvada.

Suecia: En Estocolmo al conocerse la ejecución de Julián Grimau se formó una manifestación que se dirigió a la Embajada española, ante la cual se guardó un minuto de silencio y después se celebró un mitin. También se depositaron coronas de flores. En consulados de otras ciudades se hizo igual.

Yugoslavia: Svetozar Vukmanovic, Presidente del Consejo Central de la Unión de Sindicatos Yugoslavos, hizo pública una Declaración en la que entre otras cosas, dijo: «El pueblo trabajador de toda Yugoslavia conoció con gran sentimiento la noticia sobre el cruel asesinato de Julián Grimau...»

Ha habido manifestaciones ante las embajadas y consulados de España, además de las ya enumeradas, en Argelia, Méjico, Colombia, Finlandia, República Federal Alemana, Marruecos, Argentina, Ecuador, Austria, Holanda, mítines de protesta en Nueva York y en otros países.

En Francia e Italia, se han celebrado misas en homenaje «al héroe de la libertad», Julián Grimau.

En la movilización mundial de protesta han participado las organizaciones internacionales: Federación Sindical Mundial, Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos, Federación Democrática Internacional de Mujeres, Consejo Mundial de la Paz, Federación Internacional de Resistentes, Unión Internacional de Estudiantes, Federación Mundial de la Juventud Democrática.

EN el transcurso de la movilización ha tenido lugar una gran manifestación de solidaridad en París: ha sido la Conferencia Extraordinaria de los países de Europa occidental por España, celebrada en los días 4 y 5 de mayo. La Conferencia convocada en un plazo de días ha contado con el apoyo de organizaciones y personalidades muy diversas y representativas de estos países. Entre ellos del Partido Comunista, del Partido Socialista, de Pax Cristi, de las Juventudes del Movimiento Republicano Popular, de las organizaciones sindicales y estudiantiles francesas. Del Partido Comunista, del Partido Socialista y del Partido Socialdemócrata italianos, representantes de la democracia cristiana de Italia, del Partido laborista inglés y del Partido Socialista belga, así como personalidades representando a organizaciones democráticas de Suiza, Austria, Noruega, Suecia, Holanda, Luxemburgo, Alemania Federal, Dinamarca, Portugal y Finlandia.

La Conferencia aprobó por unanimidad varias resoluciones.

En la resolución general número 1 se dice: «La Conferencia dirige a la Organización de las Naciones Unidas un llamamiento urgente para que tome conciencia de esta situación y particularmente de la incompatibilidad que existe entre el régimen franquista y los principios definidos en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y en la Carta de las Naciones Unidas;

«Por consiguiente, invita a la O.N.U. a poner al orden del día de su próxima Asamblea General el examen del problema español y el estudio de las medidas necesarias para asegurar en España un régimen basado en los principios elementales del derecho...

«Invita a todos los Estados miembros a apoyar esta iniciativa.

«Dirige un vibrante llamamiento a la opinión universal para apoyar y difundir el presente llamamiento».

TRAS esta somera exposición del significado y la amplitud de la movilización mundial de protesta contra Franco por el asesinato de Julián Grimau, es necesario establecer algunas conclusiones.

En primer lugar, la magnitud e importancia de la protesta mundial ha demostrado el grado de aislamiento en que se encuentra Franco, de la debilidad de su dictadura, que ha sido condenada por los más amplios círculos de la opinión internacional.

En segundo lugar, los planes de Franco de conseguir apoyos para salir de la «cuarentena» y poder ingresar en el Mercado Común Europeo y en la OTAN, han sufrido un serio revés. Los patrocinadores reaccionarios e imperialistas de Franco se encuentran con dificultades para hacerlo entrar en esos organismos. La oposición de los pueblos es más fuerte que nunca.

En tercer lugar, en la protesta mundial se ha producido una gran coincidencia. Pese a las discrepancias de fondo en otros problemas de carácter nacional e internacional, las fuerzas políticas y sindicales de diversos signos, comunistas, socialistas, radicales, democristianos, sindicalistas, liberales han coincidido plenamente en condenar a Franco y declarar su dictadura incompatible con el mundo civilizado.

En cuarto lugar, la reprobación universal del régimen de Franco, en la que han intervenido jefes de gobierno, ministros, destacadas personalidades políticas, universitarias, científicas e inte-

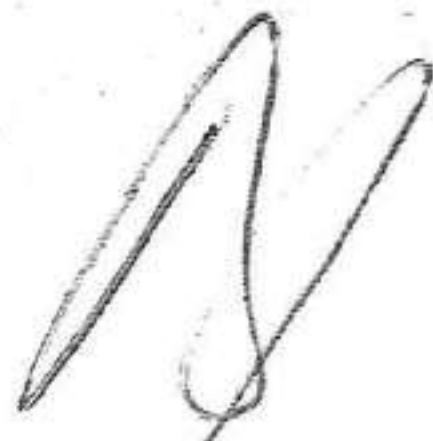
lectuales, en la que han participado activamente millones de ciudadanos de muchos países, ha abierto posibilidades nuevas para que esta condenación encuentre eco en la próxima Asamblea de la O.N.U. y el régimen de Franco sea netamente acusado de violar los más elementales principios de la Carta y de la Declaración Universal de los Derechos de la persona humana.

En quinto lugar, la Conferencia de París ha representado un paso adelante para desarrollar en todo el mundo el movimiento de solidaridad con España, como ayuda y estímulo al pueblo español y a las fuerzas de la oposición antifranquista para el restablecimiento de la libertad y un régimen de convivencia civil en España.

Y en sexto lugar, ha aparecido con gran fuerza, una vez más, a través de esta movilización el cariño y simpatía en todo el mundo hacia España y su pueblo al que desean ver libre de la opresión tiránica que sufre.

MINISTERIO
DE CULTURA





UNA ENCICLICA DE PAZ

ESTE artículo ha sido escrito antes de la muerte del Papa Juan XXIII. El pontificado de Juan XXIII, a pesar de su brevedad, quedará en la Historia como uno de los más importantes, de los que más profunda huella dejará en la conciencia y los destinos de la humanidad. Su mensaje a los hombres ha sido un mensaje de paz y de comprensión, por encima de creencias religiosas, de ideologías y de posiciones políticas. Por eso su muerte es sentida no sólo por los creyentes sino por los que sin serlo luchamos por el entendimiento de los hombres en la paz y la libertad. Para los españoles que luchamos por la liberación de España Juan XXIII ha representado exactamente lo contrario de ese espíritu de «cruzada» que, proclamado por la mayoría de la jerarquía católica española, fue uno de los máximos responsables de la guerra civil, del millón de muertos, de los cientos de miles de asesinados, torturados y encarcelados por la dictadura fascista, de la prolongación de ésta durante un cuarto de siglo. Juan XXIII ha representado para nosotros, españoles, la rectificación de ese espíritu inquisitorial y el requerimiento a los católicos españoles a construir con los españoles no católicos una nueva España de convivencia, de respeto a la dignidad y a los derechos del hombre, una España que sea foco de paz en el mundo y no pregón de la guerra contra otros pueblos cuyo único pecado es haberse liberado de la explotación del hombre por el hombre.

Al expresar desde estas páginas nuestra condolencia por la muerte de Juan XXIII hacemos voto por que su mensaje encuentre confirmación y continuidad, después de su muerte, en las alturas de la Iglesia de Roma, en la acción de todos los católicos del mundo, y particularmente de España, que acogieron con fervor el esfuerzo de Juan XXIII por tener en cuenta las realidades de nuestro mundo, de un mundo donde ya no es posible ver al socialismo como la encarnación del mal, ni a los comunistas como la personificación del demonio, de un mundo en el que el último sistema social basado en la explotación del hombre por el hombre marcha inexorablemente hacia su muerte mientras se afirma y desarrolla un nuevo tipo de sociedad; de un mundo para el que la cuestión de la paz o la guerra se ha convertido en cuestión de vida o muerte.

LA reciente encíclica de Juan XXIII, «Pacem in Terris», ha tenido considerable resonancia internacional. La está teniendo, en muy diversos sentidos, según los sectores, en nuestro país. Seguramente sus consecuencias serán importantes. También en España.

En primer lugar, la encíclica es un alegato en favor de la paz.

Con el fin de restarle alcance, ciertas gentes dicen —la Prensa oficial española reiteradamente— que también en diversos documentos de Pío XII se invocaba la necesidad de paz y que, por lo tanto, no hay nada nuevo. Sí, en algunos de esos documentos se hablaba de la paz, pero de tal forma, con tales condicionamientos que, en ellos, más que a abogar en pro de la paz se tendía a justificar



Caricatura de TIM en el « Express » de París.

los preparativos de guerra contra los países socialistas. Con ciertas cautelas de estilo, se atizaba la guerra fría en espera de la proyectada cruzada militar.

Las palabras de paz de Juan XXIII responden a otro espíritu y son bastante concretas. El Papa lamenta el derroche de «energía humana y recursos materiales» que ocasionan los terribles armamentos actuales y las «pesadas cargas» que echan sobre los ciudadanos. Deplorando la carrera armamentista, Juan XXIII recuerda que «las poblaciones viven en continua aprensión y como bajo la amenaza de un espantoso huracán que puede desencadenarse en cualquier instante.» Aun admitiendo —señala— que por la monstruosidad de los efectos de las nuevas armas se desista de emplearlas, «si no se pone término a las experiencias nucleares que se realizan con fines militares, éstas pueden tener consecuencias fatales para la vida en nuestro planeta».

Y las conclusiones de Juan XXIII son explícitas:

«La justicia, la prudencia, el sentido de humanidad reclaman, por consiguiente, que cese la carrera de los armamentos; reclaman la reducción paralela y simultánea del armamento existente en los diversos países, la proscripción del arma atómica y, en suma, el desarme debidamente efectuado de común acuerdo y acompañado de controles eficaces».

«Estimamos que es nuestro deber adjurar a todos los hombres, y sobre todo a los gobernantes, a no ahorrar ningún esfuerzo para imprimir a los acontecimientos un curso conforme a la razón y a la humanidad».

«Que las asambleas más altas y calificadas estudien a fondo el problema de un equilibrio internacional verdaderamente humano, de un equilibrio que tenga por base la confianza recíproca, la lealtad en la diplomacia, la fidelidad en la observación de los tratados. Que un examen profundo y completo destaque el punto a partir del cual pueden negociarse acuerdos amistosos, durables y benéficos».

«En nuestra época, un convencimiento gana más y más los espíritus: el de que los eventuales conflictos entre los pueblos no deben ser derimidos recurriendo a las armas, sino con la negociación».

Estas posiciones pontificias en favor de la paz y este llamamiento a organizarla son altamente positivos. Reflejan la inquietud de las masas católicas ante los apocalípticos medios de destrucción existentes y su oposición a la guerra atómica con que sueñan algunos gobernantes que también se dicen católicos. Comentaristas muy alejados del mundo socialista han señalado que estos pronunciamientos de Juan XXIII en pro del cese de las pruebas nucleares, del desarme y de la negociación, son divergentes —por lo menos en el plano teórico— del camino que siguen Kennedy, Adenauer y de Gaulle (los tres católicos). ¿Qué diremos de Franco que, si es enano en su fuerza, no le cede a nadie en el delirante afán de borrar, por el hierro y el fuego, este último medio siglo de la historia humana?

La encíclica «Pacem in Terris» termina de despojar a Franco y a los círculos belicistas del capitalismo mundial del manto de cruzados con que gustan de cubrir ante las masas católicas los fines reaccionarios, imperialistas, de la guerra que predicán y preparan. Estas posiciones de paz expuestas en la encíclica —sin dejar de tener en cuenta lo que en su adopción pesan, sin duda,

las características personales del Papa actual, indican que una parte considerable de las altas jerarquías eclesiásticas advierten los importantes cambios sobrevenidos en la correlación mundial de fuerzas, tienen por muy dudosa la idea de que la única posibilidad de supervivencia para lo que ellos representan resida en una conflagración atómica y comienzan a orientarse hacia la coexistencia pacífica. La corriente contraria es todavía muy fuerte en la Iglesia — ¡que nos lo digan a los españoles! — pero lo más probable es que ésta, la que hoy encabeza Juan XXIII, se fortalezca, impulsada por las realidades insoslayables del mundo actual, aunque tal vez no sin reveses y retrocesos temporales.

En todo caso, la encíclica «Pacem in Terris» es una aportación a la coexistencia pacífica entre los dos mundos de sistema social diferente. Va directamente en ayuda de aquellas fuerzas burguesas que advierten que un enfrentamiento atómico precipitaría la liquidación universal de su sistema. Estimula a los católicos a actuar en favor de la paz y a colaborar con cuantos la defienden. Objetivamente, favorece la lucha de los pueblos, en general, por el cese de las pruebas nucleares, por la prohibición de las armas atómicas, por el desarme, por la paz en suma.

Numerosísimos católicos españoles se sentirán alentados en su oposición a la política belicista de Franco. Oyendo al Papa adjurar a todos los hombres «a no ahorrar esfuerzos para imprimir a los acontecimientos un curso conforme a la razón y a la humanidad» se preguntarán qué pueden hacer para contribuir a ello. Y pensarán en las bases norteamericanas en nuestro país que le exponen a represalias catastróficas. Y las palabras de la encíclica les persuadirán de que, contra lo que les afirma el dictador para quien la religión no es otra cosa que un sustentáculo político y les reiteran los empeñados de la cruzada del millón de muertos —del millón y uno— su condición de católicos no les prohíbe, sino al contrario, hacer algo por evitar la hecatombe nuclear, por conseguir que España sea un factor de paz y no de guerra.

DERECHOS Y LIBERTADES DE LOS CIUDADANOS

La encíclica no modifica la doctrina social de la Iglesia. La conservación de la propiedad privada, del capitalismo, sigue siendo su principio eje. Juan XXIII reitera que «el derecho a la propiedad privada, comprendida la de los medios de producción... se deriva de la propia naturaleza del hombre».

En torno a esta posición de fondo se advierte un despliegue —más detallado, más preocupado que en «Mater et Magistra»— de los derechos del ciudadano. Derecho a los medios necesarios para llevar una existencia digna, «alimentación, vestido, reposo, asistencia médica, servicios sociales». A los seguros de vejez, invalidez, enfermedad, paro, viudedad. Al de «la libertad en la expresión y difusión del pensamiento». Al de «una información objetiva». Al de recibir una instrucción básica y poder acceder a sus grados superiores. Al de desempeñar puestos y responsabilidades correspondientes a las capacidades de cada uno.

No entremos ahora en el examen de la extensión y la efectividad que pueden tener estos derechos en una sociedad capitalista. Si una y otra resultan en la práctica bastante reducidas,

son al mismo tiempo importantes, sobre todo medidas por ciudadanos de un país como España donde la mayoría de tales derechos tienen para la mayor parte del pueblo una dimensión de miseria y otros simplemente no existen.

Estos pasajes sociales de la encíclica indican que los sectores reformistas de la Iglesia desean una suavización de las consecuencias del capitalismo y que, al mismo tiempo, quisieran lograr a través de ella un reforzamiento del sistema. Lo cual, claro está, no obsta para que su posición deba considerarse como positiva y favorezca objetivamente la acción de los trabajadores en pro de sus reivindicaciones, tan importantes y urgentes en el caso de los españoles.

En la encíclica se precisa el derecho de reunión y asociación para los ciudadanos y el derecho de éstos a dar a las organizaciones en que se agrupen las estructuras que sirvan mejor a sus fines.

He aquí un punto importante donde, como en casi todas sus demás precisiones, la encíclica preconiza justamente todo lo contrario de lo que hace el régimen de Franco. El derecho de reunión y asociación, que la dictadura franquista ha enterrado, es fundamental para la ordenación democrática de la sociedad. Hoy es una de las reivindicaciones principales de las fuerzas de la oposición española, aunque algunas, y entre ellas varias de signo católico, pretendan limitar su disfrute a zonas burguesas y socialdemócratas. Mas ése es otro aspecto de la cuestión. Lo positivo de este pasaje de la encíclica reside en el estímulo que proporcionará a millares de católicos españoles para actuar por la implantación de este derecho en la vida política española y por la creación de sindicatos libres, organizados por los trabajadores y regidos por los representantes que éstos elijan democráticamente.

En la encíclica se reitera la doctrina católica tradicional en lo que al Estado se refiere, y según la cual toda autoridad viene de Dios. Es la doctrina de la «legitimidad» monárquica, del poder fraguado sin participación de los ciudadanos y ha servido de bula a innumerables tiranías a lo largo de la historia.

No obstante, en esta encíclica, dicha doctrina se nos aparece con tales condicionamientos, con tales añadidos que, en la práctica, resulta no poco modificada. «El origen divino de la autoridad —advierte Juan XXIII— no desposee a los hombres del poder de elegir sus gobernantes, de definir la forma del Estado o de imponer las reglas y los límites del ejercicio de la autoridad».

Ante estas palabras, ¿cómo podrán dejar de pensar los católicos españoles que, en nuestro país, los ciudadanos han sido desposeídos de ese poder esencial por un Estado que no conoce ni reglas ni límites en su tiranía?

Hipócritamente y sin concretar jamás en qué consiste, Franco suele hablar de la dignidad de la persona humana mientras, de hecho, la pisotea. Juan XXIII precisa que «a la dignidad de la persona humana está vinculado el derecho a tomar parte activa en la vida pública». «Si el Poder —añade— se apoya exclusiva o principalmente en la amenaza o el temor o en la promesa de recompensas, su acción no logra, de ninguna manera, suscitar la búsqueda del bien común».

No entraremos aquí a examinar la posibilidad en que se halla de lograr «el bien común» una sociedad basada en la propiedad

privada de los medios de producción, dividida en clases antagónicas, como es la que preconiza la doctrina social de la Iglesia. Todo el mundo sabe que nuestro concepto del «bien común» y de su búsqueda son muy distintos. Nos referimos a estas posiciones expresadas en la encíclica —a la que convendría añadir las referentes a la división de poderes, a la protección jurídica de los ciudadanos y al control de éstos sobre el Gobierno— porque es justo señalar el progreso que significan en relación a anteriores documentos de la Iglesia y porque, en ellas, los católicos españoles pueden encontrar —encontrarán sin duda— un plan del Estado y de la vida pública que nos aparece opuesto, en sus líneas fundamentales, a lo que es el Estado y la vida pública en España bajo la dictadura de Franco.

En su afán de justificar ésta y de confundir a las masas católicas, el dictador suele afirmar que su régimen obra en acuerdo estricto con la doctrina social de la Iglesia. La encíclica «Pacem in Terris» le arrebatara este manto protector. Alegando tal acuerdo, una parte considerable de los altos dignatarios de la Iglesia española continúan apoyando a Franco, pese a la oposición de la inmensa mayoría de los católicos de nuestro país. La encíclica hace bastante difícil que puedan seguir utilizando este argumento.

LA COLABORACION ENTRE CATOLICOS Y NO CATOLICOS

En la última encíclica de Juan XXIII hay un capítulo particularmente importante tanto en términos internacionales como exclusivamente españoles. Es aquél en que se admite la licitud de la colaboración entre católicos y no católicos en la acción por la paz y en pro de objetivos sociales y políticos comunes.

«Muy frecuentemente —constata Juan XXIII— los católicos colaboran de múltiples maneras, sea con cristianos separados de la Sede apostólica, sea con hombres que viven al margen de toda fe cristiana, pero que guiados por la luz de la razón son fieles a la moral natural».

«Que en este caso los católicos cuiden con suma atención de seguir siendo consecuentes con ellos mismos y de no admitir ningún compromiso perjudicial a la integridad de la religión o de la moral. Pero también que no tengan en cuenta únicamente sus intereses y colaboren lealmente en toda materia buena en sí o que pueda llevar al bien» (Este último párrafo pertenece a «Mater et magistra» y Juan XXIII lo reitera en «Pacem in Terris»).

Diferenciando conciliación ideológica y colaboración práctica, para rechazar la primera y aconsejar la segunda, el Papa añade: «Es de justicia distinguir siempre entre el error y aquellos que lo cometen, incluso si se trata de hombres cuyas falsas ideas o la insuficiencia de nociones conciernen a la religión o a la moral». «Del mismo modo, no se pueden identificar falsas teorías filosóficas sobre la naturaleza, el origen y la finalidad del mundo y del hombre, con los movimientos históricos fundados con un fin económico, social, cultural o político, incluso si estos últimos tienen su origen y toman aún su inspiración en estas teorías».

Como ha señalado algún otro comentarista marxista, lo que más importa en este caso no es la refutación de esa artificial distinción entre el movimiento comunista y el materialismo dialéctico. Lo importante es que, en estos pasajes de la encíclica, Juan XXIII alude claramente, de acuerdo con sus concepciones religiosas, no

con las nuestras, claro está, al movimiento comunista y a los movimientos progresivos para aconsejar la colaboración de los católicos con ellos en importantes dominios políticos y sociales y para decir a continuación:

«Además, en la medida en que esos movimientos están de acuerdo con los sanos principios de la razón y responden a justas aspiraciones de la persona humana, ¿quién se negaría a reconocerles elementos positivos y dignos de aprobación?».

«Puede suceder, en consecuencia, que ciertos encuentros en un plano de realizaciones prácticas, que hasta aquí habían parecido inoportunos o estériles, puedan ahora presentar ventajas reales o prometerlas para el porvenir».

Esto es bastante distinto de aquellas teorías sobre «la perversidad intrínseca» de los comunistas tan caras a Pío XII. Esto es bastante distinto de los anatemas con que algunas de las más altas jerarquías de la Iglesia española fulminan todo intento de colaboración católica con los comunistas en el terreno político o social.

Es evidente que a la adopción de esta nueva posición pontificia ha contribuido, de forma considerable, la magnitud de la colaboración ya existente, en numerosos países, entre fuerzas católicas y marxistas o de otro signo progresivo. Pero a su vez, la encíclica impulsará esta colaboración dificultando vetos y debilitando la influencia de las jerarquías eclesiásticas que se oponen a ella.

Esto es lo previsible en España donde tal colaboración es de importancia capital. Para la acción común de los trabajadores católicos y no católicos por el pan y la libertad que no tienen. Para el entendimiento de las fuerzas antifranquistas católicas con los comunistas y otras agrupaciones democráticas en la acción por liberar a España de la dictadura de Franco. Para posteriores acuerdos tendentes a facilitar la organización y el progreso de una sociedad democrática.

Que Juan XXIII rechace toda conciliación de la ideología religiosa con la nuestra, es natural. Por nuestra parte rechazamos también tal conciliación. Los católicos españoles —para no salirnos del marco de nuestro país— quisieran sin duda que todos sus compatriotas profesáramos sus ideas religiosas. Nosotros deseáramos que todos se hubieran desembarazado ya de la alienación religiosa. Pero tanto por una parte como por otra, esto no son más que deseos... El hecho —insoslayable para unos y para otros— es que en nuestro país hay un crecido número de católicos y un número cada día mayor de comunistas y de ciudadanos influidos ideológicamente por los comunistas. Y que los intereses de la mayoría de los primeros —trabajadores, hombres de la burguesía pequeña y media, españoles de muy diversa condición dañados por el franquismo— coinciden con los intereses de la clase obrera, con nuestros intereses, en mayor o menor grado según los sectores sociales a que pertenezcan.

¿Qué hacer? ¿Dejar que nuestras respectivas concepciones filosóficas levanten entre nosotros un muro insalvable? Eso es lo que conviene a la dictadura y a cuantos se esfuerzan por impedir la democracia en España. Los comunistas rechazamos esa línea divisoria y hacemos cuanto está en nuestra mano por borrarla. ¿O bien, entendernos para la acción en pro de esos intereses y objetivos comunes, que en lo que se refiere a los trabaja-

dores católicos y a otros españoles de espíritu religioso pero progresivo, pueden llegar hasta la construcción en común del socialismo? Eso, entendernos, es lo que nos conviene a unos y a otros.

En cuanto a nuestras ideologías respectivas. Ambas están presentes en España y lo estarán durante mucho tiempo. Y al mismo tiempo que católicos y no católicos colaboramos en acciones políticas y sociales concretas, ambas ideologías se enfrentarán y lucharán entre sí. No puede ser de otra manera. Mas esta lucha ideológica puede realizarse de diversas formas. A tiros es una de ellas. Mas los comunistas creemos que en nuestro país es preciso hacer todo lo necesario por impedir una nueva guerra civil. Por su parte, la mayoría de los católicos piensan que en España ya se han disparado demasiados fusiles con bendición episcopal. Esa confrontación ideológica puede y debe realizarse por medios incruentos, en terrenos de civilidad. Los comunistas no la tememos; al contrario la propiciamos.

Estos pasajes de la encíclica significan, en fin, una importante apertura de la suprema jerarquía de la Iglesia en lo que se refiere a la colaboración de católicos y no católicos. Favorecerá la acción común de unos y otros en favor de la paz y la democracia y acrece las perspectivas del desarrollo incruento de esta última en no pocos países. También en este orden «Pacem in Terris» es una encíclica de paz.

LAS PRIMERAS REACCIONES EN LOS MEDIOS OFICIALES Y CATOLICOS ESPAÑOLES

Para Franco y su régimen la encíclica de Juan XXIII significa un grave palmetazo. El embarazado silencio con que los círculos gubernamentales la han acogido es indicio de la desazón que en ellos ha causado y de su desacuerdo con el documento.

Desde el primer momento, los servicios de propaganda del régimen procuraron que en los periódicos se minimizara la importancia de la encíclica y se la adulterase hasta donde fuera posible. No sólo en su espíritu, sino en su texto, y llegando a veces hasta extremos ridículos. Así, la primera versión que dio a la Prensa y Radio la Agencia EFE, era tan exigua y la ocultación de las ideas más importantes del texto, tan grosera, que, al publicarla, los periódicos advirtieron, de una u otra forma, que ellos no habían intervenido para nada en el guiso. Primordialmente, las directrices propagandísticas oficiales tienden a hacer creer que en la encíclica no hay nada substancialmente nuevo y que no contiene ningún consejo a la colaboración de los católicos con los comunistas y otras fuerzas progresivas: lo que más teme Franco.

Este y sus allegados no se atreven a expresar abiertamente su desacuerdo con la encíclica ni la irritación que les ha producido. Lo hacen por estos medios indirectos... y por otros. Los tiros que segaron la vida ejemplar de Julián Grimau fueron también disparados contra la encíclica. Eran un ¡no! de Franco al espíritu del documento papal.

Las primeras reacciones a la encíclica que se advierten en los diferentes sectores del catolicismo español, no son homogéneas. Si no lo son en el plano eclesiástico internacional, ni incluso en el área vaticana, donde unas jerarquías están de acuerdo con la en-

cíclica y otras no, ¡qué no ocurrirá entre los altos dignatarios eclesiásticos del país de la Contrarreforma, del integrismo armado, de los cruzados del 36!

En los medios católicos obreristas —por lo menos en sus zonas más extensas— la encíclica ha producido una sensación de contento y estímulo. En el Boletín de la HOAC de la segunda decena de abril, tras señalar que Juan XXIII «ha roto con muchos prejuicios», se añade que «se ha convertido en el blanco de las iras de los que quisieran manejar las cosas de la Iglesia para su provecho, como manejan la política, las finanzas, el poder...» Estos son los que han llegado a la desfachatez de calificar a Juan XXIII como el «Papa rojo». Y en un artículo titulado «Los católicos y el comunismo», artículo cauto donde se mezclan la cal y la arena, el Boletín afirma: «Respecto a la colaboración de individuos católicos con comunistas... por lo que hace a los militantes, en cuanto a tales, debemos recordar las frases de Pío XII cuando decía que éstos «pueden y deben aceptar el colaborar con otros si la acción de éstos y la empresa común deben servir verdaderamente a la armonía y el orden del mundo» (La interpretación que aquí se da a esas palabras de Pío XII no es cosa nuestra. Lo importante es la conclusión a que llega el Boletín).

«Ya» y otros periódicos católicos fluctúan visiblemente en sus comentarios, hasta el punto de contradecirse a veces en el mismo número. En unos artículos se repite que la encíclica no contiene nada nuevo, que no hay en ella ninguna invitación al diálogo. En otros se afirma que «cada uno de los principios doctrinales de la encíclica surge como requerido por alguna grave inquietud humana: la opresión de la persona por los poderes públicos... el ansia y los obstáculos a la comprensión recíproca, a la tolerancia mutua... los afanes de emancipación individual o colectiva» (Ruiz Giménez). O bien: «La encíclica reitera la afirmación de la libertad junto a la verdad, la justicia y la caridad como fundamento moral del orden... No debemos tener reparo en reconocer que en algunos medios católicos españoles la libertad ha sido mirada como algo peligroso y pecaminoso» (Sánchez Agesta).

Por su parte, ABC aprovecha la encíclica para censurar el absolutismo de Franco: «En definitiva, lo que explica Juan XXIII en su encíclica es que el gobernante debe someterse a la Ley. Si no existe esa ley, o si existe y se atropella, se cae inevitablemente en la tiranía, el absolutismo o la anarquía...» (Esto lo decía días después del inicuo proceso contra Grimau). Y añadía: «La ley, por consiguiente, no debe depender de la voluntad de un solo hombre como ocurre en los totalitarismos y absolutismos, ni tampoco debe ser la expresión de la voluntad general».

Es claro: la encíclica debe contribuir a impulsar ciertos cambios en España, pero sin que sobrepasen los límites antidemocráticos con que los concibe ABC.

La campaña oficial contra la titulada «apertura a la izquierda» en Italia, campaña que secundan, muy a gusto, numerosos jerarcas católicos españoles, sirve también para atacar indirectamente la encíclica. Su argumento central es éste: en dicha apertura está la causa de la victoria de los comunistas en las últimas elecciones. «Ya» ha respondido en un suelto titulado «Apertura y cerrazón» del que son estos párrafos: «El anticomunismo católico no es, pues, la defensa automática y cerrada de todas las posiciones que sean anticomunistas: hay anticomunismos que la Iglesia de-

searía ver barridos del mundo». «Sólo cerrazón es interpretar como ayuda al comunismo la apertura que los católicos italianos han intentado para añadir fuerzas al anticomunismo. Sólo ayuda al comunismo ha significado la resta de fuerzas católicas con el pretexto de no acercarse peligrosamente al comunismo».

Es visible que «Ya», uno de los portavoces más autorizados del anticomunismo en nuestro país, considera que ciertos métodos anticomunistas, al uso en la España oficial, son cada día menos eficaces y algunos resultan contraproducentes.

Incluso varios corresponsales de la Prensa extranjera en nuestro país han advertido que la encíclica «Pacem in Terris» «acentúa las divisiones entre los medios liberales e integristas del catolicismo español» (Novais, «Le Monde» de París). Diversas personalidades católicas, como el ex ministro Ruiz Giménez, se apoyan en textos de la encíclica para reclamar lo que ellos llaman un «perfeccionamiento» del régimen, cierta facultad electiva para los ciudadanos, cierta libertad de expresión, una ley de prensa liberal, etc. «El Español», semanario del ministerio de Información, le replica ásperamente. Entre los dignatarios de la Iglesia la discusión se efectúa con la preocupación de que trascienda al exterior lo menos posible.

¿Cómo evolucionará todo esto? Mucho dependerá de la envergadura que alcancen las acciones populares contra la dictadura. Nada como la acción de las masas para impulsar a unos dirigentes católicos en su postura opositora y para mover a otros a reflexión. También influirá, en un sentido u otro, el desarrollo que sigan las cosas en el Vaticano. Parece, sin embargo, probable que en los altos estrados eclesiásticos españoles, el sector de los empecinados en el apoyo a Franco, de los más papistas que el Papa, pierda fuerza y se acentúe la toma de distancias de la Iglesia española respecto al dictador, hasta ahora más aparente que operante, insinuada, más con la preocupación de eximirse de responsabilidades que con el propósito de contribuir a una renovación de la vida política española.

En cuanto a los católicos progresivos o simplemente situados en terrenos antifranquistas, la encíclica fortalece sus posiciones y creemos que los estimulará en la búsqueda de acuerdos con cuantos queremos una España limpia de fascismo.

Convendrá seguir atentamente las reacciones a la encíclica que se vayan produciendo en los medios católicos de nuestro país.

LA EMIGRACION ESPAÑOLA

A LOS PAISES DE EUROPA OCCIDENTAL

EN el breve espacio de unos años, más de medio millón de trabajadores se han visto en la necesidad de abandonar su hogar y su Patria, para marchar a otros países, con la esperanza de salvar a los suyos de la miseria y la desesperación.

Los países ricos de la Europa occidental capitalista, Alemania Federal, Francia, Suiza, Bélgica, Holanda..., necesitados en su desarrollo industrial de una aportación exterior de mano de obra, encontraron en España una inapreciable reserva de brazos disponibles. De año en año la emigración hacia estas «tierras de promisión» ha ido incrementándose a ritmo acelerado, hasta alcanzar en 1962 la elevada suma de 200.000 trabajadores.

Como es sabido, la fiebre emigratoria hacia los países de Europa occidental comenzó a desarrollarse en 1959, año de iniciación del tristemente famoso «Plan de Estabilización». No cabe duda que la política económica del Régimen es responsable directa de la expatriación forzosa de estos centenares de miles de trabajadores españoles.

«La causa esencial de la emigración son los bajos salarios en España. Estoy convencido de que con un 80 % del salario del extranjero, el obrero se queda en España», reconoció en sus declaraciones de diciembre pasado el Sr. Trevijano, Director General del Instituto Español de Emigración. ¿Cabe preguntar quién es responsable de la política de bajos salarios practicada en España?

El régimen franquista no sólo es responsable de que la emigración se haya transformado en un drama de proporciones nacionales, sino que la fomenta consciente y activamente. Para ello ha elaborado una vasta legislación, creado organismos especializados, encabezados por el I.E.E.; concertado «Convenios de Emigración» con diferentes países y transformado sus diplomáticos en vulgares agentes de exportación de hombres, a la caza de convenios y contratos de emigración.

El franquismo ha hecho de la emigración su política oficial, persiguiendo un doble objetivo: primero, facilitar a las grandes empresas monopolistas, en la aplicación del «Plan de Estabilización», la reducción de sus plantillas de personal, mediante un verdadero «despido al extranjero»; segundo, aprovecharse de la inesperada fuente de divisas proporcionadas por las remesas de dinero de los emigrantes a sus familias.

Así, la tragedia que significa para decenas de miles de familias obreras la dura y prolongada separación de sus seres más queridos, permite al Régimen llenar el déficit de su balanza exterior de pagos. El pasado año las remesas de dinero de los emigrantes a sus familias se calcularon en 200 millones de dólares, cifra que queda por debajo de la realidad, al no tener en cuenta las divisas transformadas en pts. en el extranjero. Ullastres ha cifrado el total en 250 a 300 millones de dólares. Fabuloso negocio, si se compara con la ayuda americana (32 millones de dólares) y con las inversiones de capital extranjero (36 millones). Tal es el «milagro español» ideado por el franquismo.

Con esta política de corto alcance, el Régimen franquista hipoteca a la larga, gravemente, el desarrollo económico de nuestro país y tiende a acentuar el ya tremendo desequilibrio existente entre España y los países del resto de Europa occidental. La emigración, pese a lo que digan los voceros del Régimen, se recluta preferentemente entre el núcleo más capaz y dinámico de la población activa; entre los obreros calificados, especializados o semi-especializados; principalmente metalúrgicos, mineros y textiles; trabajadores de 20 a 30 años, en la plenitud de sus energías. Abandonan España promociones enteras de aprendices, apenas terminado su aprendizaje, e inclusive técnicos, químicos, médicos, abogados, profesores y funcionarios públicos.

La escasez de obreros especializados constituye un serio problema para el desarrollo económico de un país. Ya ciertas zonas industriales de España comienzan a resentirse de la marcha masiva de obreros especializados al extranjero y se ven obligadas a echar mano del peón agrícola, sin especialización alguna, cuando los progresos de la técnica exigen obreros con una especialización más elevada cada día. Se da el caso de empresas que, debido a la insuficiencia de obreros especializados, no pueden hacer frente a sus compromisos.

Paradójicamente, una economía subdesarrollada como la española, viene desprendiéndose de lo mejor de sus fuerzas productivas para que otros países, ya desarrollados, fomenten su riqueza y prosperidad, sin haber invertido un céntimo en la formación de estos obreros, valorada según los economistas en 200.000 pts. por un hombre de 20 años. Y esto, cuando, según los cálculos del Instituto Nacional de Estadística, sería necesario aportar anualmente a la economía española 37 mil nuevos especialistas varones y 8 mil mujeres, teniendo en cuenta el porcentaje de jubilación, mortalidad y del normal crecimiento y renovación industrial.

EL trabajo en la emigración significa un sacrificio sin límites para la mayoría de los emigrantes. No es verdad que —como ha afirmado el Sr. Trevijano— el trabajador envía mucho dinero a España —treinta mil pts. anuales por término medio— «porque está sujeto a un ahorro forzoso, porque no van a las tabernas, a los cafés, ni al fútbol, es decir, no tienen los alicientes de que disfrutaban normalmente en España». Mal conoce el Sr. Director General del Instituto de Emigración, la vida y vicisitudes del trabajador emigrado.

Para ahorrar lo necesario para el sustento de su familia, en general, el trabajador emigrado se ve obligado a soportar toda clase de privaciones y a trabajar denodadamente. Llegada la rea-

lidad, las miles de soñadas pesetas se transforman en unos insuficientes centenares de marcos o francos, con los que mal se puede vivir, si hay que enviar el giro para mantener mujer e hijos, padres ancianos, o hermanos menores, como es frecuente el caso.

No tardan mucho los emigrantes en perder su exiguo bagaje de ilusiones, al enfrentarse con las dificultades, el desconocimiento del idioma, la diferencia de gustos y costumbres, las medidas discriminatorias de que son objeto en el trato, el trabajo y el salario; los abusos y arbitrariedades de las empresas; el aislamiento en un ambiente extraño y a veces hostil. Todo ello produce desequilibrio moral y, a veces, hasta graves traumas psicológicos. Los hay que, incapaces de soportar esta situación, se ven obligados a repatriarse, sin llegar al término de su contrato.

LAS autoridades franquistas justifican la intervención, control y tutela impuestos a los emigrantes por los organismos oficiales, como una necesidad, «para asegurarles asistencia y protección, en el respeto del derecho natural del hombre a elegir su lugar de residencia; de su libertad y dignidad». Nada más lejos de la verdad.

El resultado práctico inmediato de la intervención de la emigración por los organismos oficiales ha sido la supresión de la libertad de movimiento, de residencia y contratación del emigrante. Su suerte ha pasado a manos de una burocracia ciega e insensible, que concierta directamente con las empresas extranjeras los contratos, a los que queda sujeto el trabajador, bajo la amenaza de verse retirar el permiso de trabajo y tener que repatriarse, después de indemnizar al patrón de sus gastos de viaje. En cambio la empresa puede «liberarle» a su antojo, simplemente por haber caído enfermo, o considerar que se ha accidentado demasiado a menudo.

Emigrar libremente, es considerado actualmente como un acto «ilegal» por los Convenios de Emigración firmados con diferentes países. El que así lo hace se ve, llegado al lugar de destino, denegado el permiso de trabajo y residencia, aun teniendo contrato de trabajo; arriesga ser rechazado en la frontera o expulsado posteriormente. Así se empuja objetivamente a miles de honestos trabajadores —se estima en un 30 % los emigrantes «clandestinos»— a caer en las garras de una «mafia» dedicada a la recluta clandestina de emigrantes en fronteras y estaciones de ferrocarril, contra la cesión de una parte del salario a estos negreros modernos; o en otros casos se les lleva a la desesperación y el suicidio, como el trabajador procedente de Oregá que se arrojó al paso del tren en la estación de Ginebra, en diciembre pasado, después de haber sido expulsado del país, por no poseer documentación oficial de «emigrante» ¡Triste sarcasmo, que hasta el derecho natural del hombre al trabajo haya llegado a considerarse ilegal por las autoridades de emigración, en virtud de los convenios franquistas!

¿En qué consiste la ayuda y protección oficial al emigrante?

A menudo, grupos de emigrantes embarcan mal informados o lo que es peor, engañados por los servicios de emigración. A su llegada al lugar de destino encuentran la desagradable sor-

presa de que no va a la industria que le dijeron, ni con el empleo y salario convenidos; que su alojamiento y alimentación dejan mucho que desear. A sus reclamaciones se le responde con insultos y amenazas, lo mismo por parte de las empresas que por los encargados de su «protección», los agregados y asistentes sociales de Embajadas y consulados.

Interesados en hacer la concurrencia a la oferta de mano de obra italiana, griega o turca, las autoridades españolas de emigración practican una especie de «dumping» con la mano de obra española, aceptando los más bajos salarios, para el emigrante español, por parte de los contratistas extranjeros. Salarios que, bajo pretexto de adaptación y desconocimiento de la lengua, son arbitrariamente reducidos más aún los seis primeros meses. El problema de la reagrupación familiar es sin duda alguna el que más abruma al emigrante, sin que para resolverlo pueda contar con ninguna clase de apoyo oficial. Es verdad que si el emigrante pudiera llevar fácilmente su familia junto a él, se secaría la fuente de divisas que alimentan las cajas del Gobierno, y no puede pensarse que éste renuncie a ella por humanismo o caridad cristiana. Las jerarquías del régimen lo más que pueden hacer es verter, de vez en cuando, algunas lágrimas de cocodrilo sobre el drama de las familias cruelmente separadas.

Para poder llevar la familia a Suiza, se precisa un mínimo de tres años de residencia, dos en Holanda. Aún poseyendo alojamiento, es difícil obtener autorización de residencia para las familias en Alemania. Son frecuentes los casos de mujeres y niños rechazados en la frontera suiza o alemana, sin piedad, ni consideración alguna para las lágrimas de madres desesperadas.

Los afortunados que logran alquilar un tugurio cualquiera, que no aceptan los ciudadanos del país, tienen que pagarlo a precio de oro, o vivir como realquilados, sin independencia, comodidad ni higiene.

Las «residencias» colectivas, montadas precipitadamente en barracas, viejos hangares, etc., en las que se amontonan sus moradores en la mayor promiscuidad, sin disponer siquiera del mínimo legal de metros cúbicos de aire para respirar, sometidos a un reglamento cuartelero, vejatorio y humillante, son el único recurso que se ofrece a la mayoría. Hay matrimonios que, trabajando en la misma ciudad, por carecer de alojamiento, viven separados en residencias distintas. Por dormir en una litera se pagan precios escandalosamente abusivos, que en ciertos casos llegan a 60 marcos. Y como las «residencias» son en general negocios de las propias empresas, sirve de medio suplementario de sujeción y coacción del trabajador, ya que el despido significa al mismo tiempo el desahucio de la morada.

El frecuente incumplimiento de las cláusulas establecidas en el contrato, por parte de las empresas; los descuentos abusivos; las discriminaciones arbitrarias en el trabajo y el salario; la mala calidad de la comida y las insoportables condiciones de alojamiento, son motivo de constantes reclamaciones, plantes y huelgas por parte de los trabajadores españoles. Solidariamente unidos han venido librando luchas admirables en los astilleros de Hamburgo; en las empresas metalúrgicas de Francfort; en las minas del Rhur, del Limburgo belga y holandés; en los talleres mecánicos de Ginebra, sorprendiendo a sus explotadores, por su decisión, firmeza y combatividad. Cuando ante las acciones reivindicativas

intervienen las autoridades de emigración, Cónsules y Agregados laborales, no es para proteger los intereses de los trabajadores españoles, sino los de los monopolistas europeos que les explotan, aliados de clase del franquismo. Al arsenal de medidas administrativo-policíacas de que disponen en su favor las empresas, las autoridades españolas añaden la inmediata amenaza del envío a España y las represalias consiguientes. Cuando, como en el reciente caso de la huelga de 400 mineros españoles en el Limburgo holandés, interviene el propio Director General del Instituto, no es para cambiar las condiciones de trato, alojamiento y comida, como reclamaban los huelguistas, y de las que son responsables las autoridades de emigración, sino para hacerles regresar a España mediante el engaño, prometiéndoles costear sus gastos de viaje y buena colocación en España u otro país. Promesa incumplida, pues nada más llegar a Irún los trabajadores españoles sufrieron un cruel desengaño, teniendo que costear, con sus pobres ahorros, el regreso a sus hogares. Pero la prensa española ha podido hablar elogiosamente de la intervención del Sr. Director General de Emigración.

Por lo que a la «asistencia» consular se refiere, los trabajadores emigrados sólo conocen las trabas burocráticas y el elevado coste de tramitación de su documentación, cuyas tarifas han sido elevadas astronómicamente en estos últimos años, como medio suplementario de expoliación de los emigrantes.

LOS trabajadores emigrados están aprendiendo, por su propia experiencia, a defender sus derechos y a luchar por la consecución de sus legítimas reivindicaciones, con el arma de su unidad y organización de clase. Crean sus propios grupos de acción sindical y recaban el apoyo de los sindicatos del país, como parte integrante de éstos, para llevar adelante sus acciones reivindicativas. Organizan sus propios Clubs o Círculos Culturales obreros, independientes y democráticos, a diferencia de los «Centros Españoles» mediatizados por agentes consulares, que no son más que un medio más de intervención del franquismo en la vida de los emigrados y un negocio para sus acólitos.

Lo que sin duda el franquismo no había previsto, con su política de fomento de la emigración, es que ésta habría de volverse inexorablemente como un «boomerang» contra sus promotores.

La vida y el trabajo en el extranjero; el poder respirar aires más puros de libertad y convivencia ciudadana, tiende a dar una conciencia más clara de lo injusto y anacrónico que es el régimen imperante en nuestro país. Que sería más justo, humano y beneficioso para España desarrollar sus propias fuentes de riqueza, crear nuevas fábricas y modernizar la agricultura, que exportar sus propios hijos para cimentar la riqueza de otros países. A diferencia del emigrante a ultramar, cuyos lazos con la madre Patria se aflojan con la distancia y el tiempo, los nuevos emigrantes a los países europeos, sienten latir en su pecho con fuerza el amor a la Patria momentáneamente abandonada; anhelan el pronto retorno y les preocupa el porvenir de sus hijos, que no desean ver crecer en el extranjero, ni vivir en la miseria en España. ¿Cómo no van a sentirse solidarios de las luchas de los trabajadores en España?

El estado de ánimo de los trabajadores emigrados se puso de manifiesto de manera inequívoca en la explosión de alegría y en-

tusiasmo provocada entre los núcleos más importantes, por las grandes huelgas de abril y mayo del 62. Veinte mil trabajadores emigrados, solidarios con los mineros asturianos en huelga, atravesaron en impresionantes cortejos las ciudades de media Europa, de Hamburgo a Ginebra, de Frankfurt a Bruselas, de Amsterdam a Zurich.

Con su ejemplo, los trabajadores emigrados estimularon la solidaridad internacional de las organizaciones obreras y democráticas con la lucha del pueblo español por su libertad.

Nuevamente, en defensa de la vida de Julián Grimau y en una justa explosión de indignación y de cólera contra sus asesinos, se han manifestado vigorosamente ante los consulados y embajadas españolas, inclinando sus banderas enlutadas y depositando coronas de flores, en homenaje a la memoria de Julián Grimau, héroe nacional de la lucha de nuestro pueblo por su libertad.

Una vez más, los trabajadores españoles han comprobado que nuestro pueblo no está solo en su lucha. Miles de trabajadores y demócratas alemanes, franceses, ingleses, suizos, belgas y holandeses, les han acompañado en sus manifestaciones de protesta contra el asesinato de Julián Grimau. Y el 1º de mayo, estando vivos el dolor y la indignación entre los trabajadores españoles, éstos han ido a las manifestaciones sindicales con sus banderas enlutadas, tras la fotografía de Julián Grimau enmarcada de crespón negro. Y terminadas las manifestaciones han ido nuevamente a depositar sus coronas de flores ante los consulados franquistas, recordándoles el crimen. Y en muchos lugares, como Bruselas y Liege, los españoles de diversas tendencias han marchado juntos, unidos codo con codo. Salido de miles y miles de pechos, el grito: «España, sí; Franco, no» ha resonado vigorosamente de Hamburgo a Ginebra, de Munich a Bruselas.

Está claro que pese a los denodados esfuerzos del régimen para controlar, intimidar y someter la emigración obrera a su tiránica tutela, prolongando tras las fronteras los órganos político-policiacos de la dictadura, la nueva emigración está transformándose en una nueva y poderosa reserva de la lucha de nuestro pueblo, en una cantera de nuevos luchadores obreros, por el triunfo de la democracia y del socialismo en nuestro país.

EL DEBER DE LOS COMUNISTAS FRENTE A LA POLICIA Y TRIBUNALES FRANQUISTAS

EL fusilamiento de Julián Grimau ha colocado en un primer plano de la vida política española y de la actualidad internacional la necesidad de poner fin a la represión franquista y de establecer en nuestro país una situación de estado de derecho.

El sacrificio de nuestro entrañable camarada Julián ha creado condiciones favorables no sólo para luchar con éxito por que no haya más ejecuciones de antifranquistas, sino también para que se acaben de una vez los Consejos de Guerra, las jurisdicciones especiales, los atropellos e ilegalidades del aparato represivo del régimen.

Esta perspectiva no debe, sin embargo, hacernos olvidar que la represión es consustancial a la dictadura y que no desaparecerá por completo sino cuando desaparezca la dictadura misma. Por eso es necesario que cada comunista, a la par que contribuye en la medida de sus fuerzas a la campaña contra la represión, mantenga bien despierto el sentido de la vigilancia revolucionaria, agudice el ingenio para burlar la acción policíaca y tense su ánimo para, en el caso de ser detenido, enfrentarse debidamente con la policía y los tribunales franquistas.

Para un comunista, tener un comportamiento digno ante la policía y los tribunales del enemigo es una cuestión capital. Enfrentándose valientemente con policías y jueces fascistas, los comunistas muestran a los trabajadores y al pueblo en general la sinceridad de sus convicciones revolucionarias, su capacidad para defender los intereses de las masas aun a costa de los mayores sacrificios, su resolución de no regatear esfuerzos en la noble y justa lucha por la paz, la independencia nacional, la democracia y el socialismo. Venciendo en la lucha que supone el paso por las comisarias y tribunales del Estado de los grandes capitalistas, los comunistas siembran la descomposición en las filas enemigas, estimulan la combatividad de las masas y ganan para el Partido la adhesión o la simpatía de los mejores hijos de la clase obrera y del pueblo. Un comportamiento digno ante la policía y los tribunales franquistas prestigia al militante comunista ante sus compañeros de trabajo, ante sus convecinos, amigos y familiares y le abre posibilidades ilimitadas de servir a su Partido, a su clase y a su pueblo.

Por el contrario, la claudicación o la debilidad de un comu-



José ORTEGA.

«Duele más la entrega de camaradas y la pérdida de la dignidad»

El comunista ante la policía repercute negativamente, aunque sólo sea temporalmente, en la organización y en la moral combativa de los que conocen el hecho, ocasionando grave daño al Partido y a la lucha antifranquista. El comunista que se doblega ante la policía pierde, al menos temporalmente, su condición de miembro del Partido, defrauda la confianza de cuantos le conocen y estiman y se descalifica para jugar un papel dirigente en la lucha del proletariado y de todo el pueblo por un porvenir mejor.

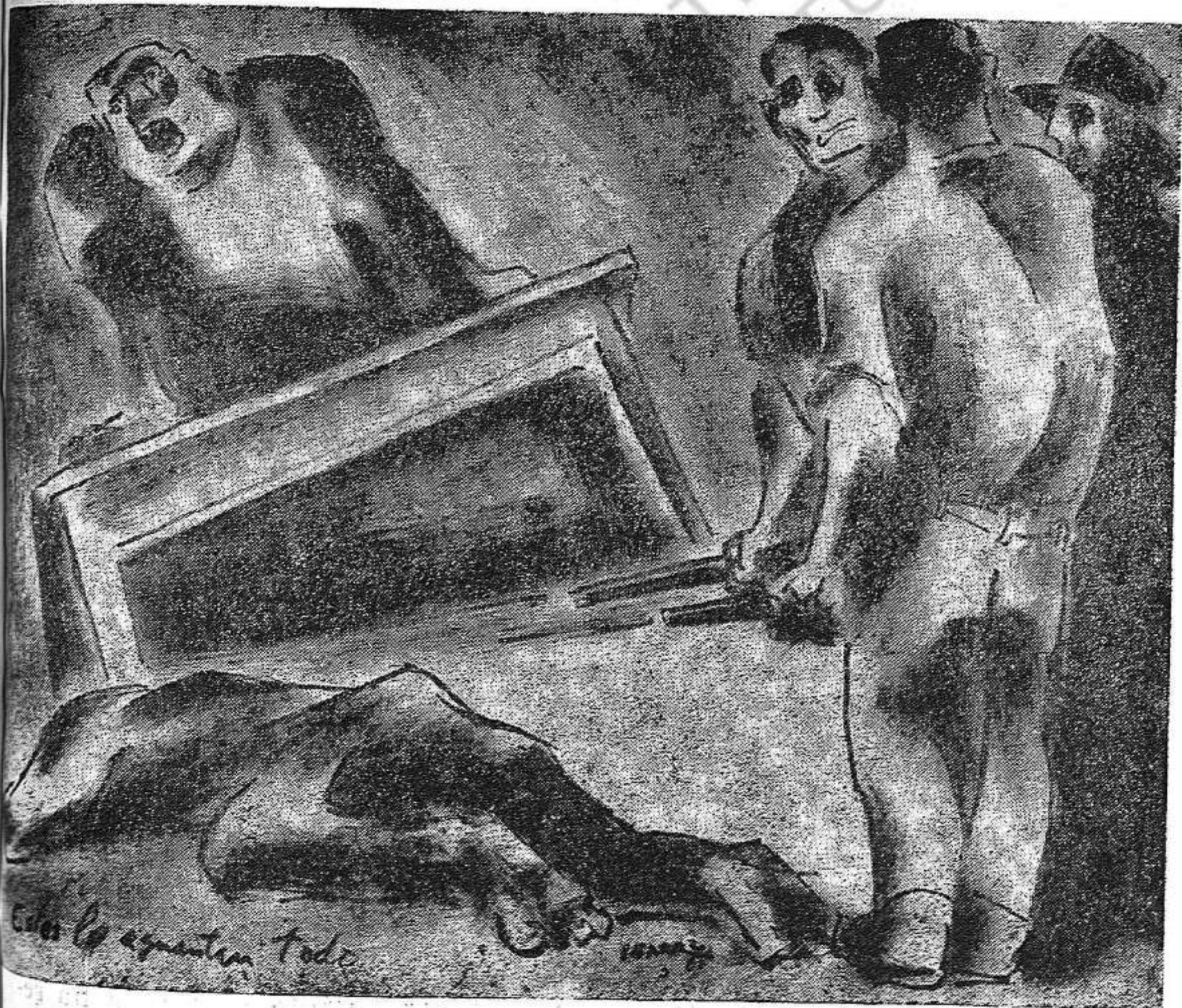
La detención constituye para el militante comunista un momento crucial. De aquí que, como decíamos anteriormente, cada comunista deba tensar su ánimo y estar moralmente preparado para afrontar el trance dignamente si, por desgracia, cae en manos de la policía.

Pasar con honor el interrogatorio policiaco no es ninguna cosa sobrenatural, al alcance exclusivo de personas superdotadas. Centenares de antifranquistas sencillos, comunistas y no comunistas, se han comportado ante la policía con dignidad y firmeza ejemplares. Para ello basta con mantener la entereza de ánimo, no asustarse de la « escenificación » que la policía lleva a cabo para impresionar al detenido, no temer a las amenazas ni a los palos, tener presente en todo momento que para un comunista el honor personal, el honor revolucionario, es más importante que la vida misma.

Al ser detenido, un comunista debe concentrar su energía moral y física en un objetivo fundamental: *No hacer ante la policía ninguna declaración que pueda perjudicar al Partido u originar la detención de otras personas.*

Para alcanzar este objetivo es necesario que el detenido tenga de antemano la firme decisión de negarse abierta y claramente a contestar las preguntas que la policía le hará inevitablemente sobre su actividad y que, de ser contestadas, causarían perjuicio al Partido y a otras personas.

Toda detención presupone que la policía considera al detenido relacionado con una actividad social o política contraria al régimen. Esa actividad no es nunca unipersonal. Si se trata de un plante, una huelga o una manifestación, el interrogatorio se relacionará obligadamente no sólo con la participación personal del detenido, sino también con la de otros y, especialmente, con los organizadores de la acción causa de la detención. Si la detención se produce por el reparto de octavillas o periódicos clandestinos, el interrogatorio pretenderá encontrar quién los entregó al detenido, a quién los repartió éste y otros aspectos que de descubrirse acarrearían la detención de otras personas. Aun en las circunstancias más favorables, es casi imposible para un comunis-



José ORTEGA «Estos lo aguantan todo»

ta detenido responder que no sabe nada y que la policía le crea. No se puede trabajar en una fábrica o estudiar en una Universidad y no saber nada de la vida de los compañeros de trabajo o de estudio. Tampoco se puede hacer creer a la policía que las octavillas que repartías creías que eran hojas parroquiales. El detenido se ve, pues, abocado irremediabilmente a hablar o a decirle abiertamente a la policía que su dignidad personal le impide contestar a lo que se le pregunta.

Pretender salir del paso inventando historias y respuestas falsas, representando el papel de «buen chico» que no dice más porque no sabe más, es una ilusión vana que lleva al detenido a entrar poco a poco en el terreno de la claudicación. Por muy bien buscada que esté la historia o la respuesta que invente el «buen chico», la policía le descubre un fallo, una prueba de que el «buen chico» está mintiendo, lo que lleva a éste a acercarse más a la verdad y, finalmente, a confesar la verdad misma.

Por eso, sin proclamar su condición de militante del Partido cuando ello no sea notorio y sin necesidad de adoptar una actitud jactanciosa, todo comunista detenido debe rechazar como un atentado a su dignidad personal que se le interrogue sobre las ideas y actividades políticas de otras personas o sobre cuestiones susceptibles de perjudicar a otras personas. Tener determinadas ideas políticas, luchar por el bienestar de los trabajadores, laborar por la paz y la democracia no es en modo alguno un delito sobre el que un ciudadano esté obligado a explicarse ante la policía. Negarse a responder sobre ello a la policía franquista —instrumento de un poder ilegal, nacido de una sublevación militar e impuesto al pueblo con el apoyo extranjero— no es por tanto una actitud irracional, sino la postura lógica a adoptar por todo antifranquista detenido, en primer lugar por los comunistas. Sin decir a la policía *no quiero responder*, es muy difícil pasar el interrogatorio policiaco sin hacer alguna concesión.

Por el contrario, la policía se desconcierta y desmoraliza cuando se enfrenta con un detenido que le dice *no quiero hablar*.

Naturalmente, la policía no acepta fácilmente que un detenido se niegue a contestar. Su primera reacción suele ser invitar al detenido a inventarse una historia, es decir, a que mienta, pues sabe que en este terreno todas las ventajas están de su parte. Si este método no le da resultado, pasa entonces a utilizar el método fuerte: diez o doce policías rodean al detenido golpeándole y profiriendo amenazas, al mismo tiempo que tratan de desmoralizarle calumniando a los dirigentes del Partido, haciéndole creer que lo saben todo, que todos los detenidos hablan, etc., etc.

Hay que decir que estas afirmaciones de la policía han logrado hacer mella en más de un detenido. Apoyándose en el conocimiento general que tiene de nuestras formas de organización y de nuestros métodos de trabajo —sabe que cotizamos, que editamos y distribuimos propaganda, que tenemos citas y reuniones, etc.— a la policía no le es difícil dar al detenido la impresión de que sabe mucho aun cuando no sepa nada. Los comunistas detenidos no deben dejarse impresionar jamás por lo que diga la policía y seguir rechazando responder incluso cuando les muestren pruebas irrefutables o testigos que les acusen. Tampoco deben dejarse impresionar por las amenazas ni por los golpes. La experiencia revela que no son los palos —ni siquiera cuando la policía ha recurrido a la tortura— lo que hace hablar a los que se doblegan, sino

la pérdida de la moral, el olvido de que la lucha continúa y de que sus camaradas, amigos y familiares esperan de ellos un comportamiento digno.

Los comunistas que se encuentran en el Penal de Burgos han estudiado detenidamente varios cientos de experiencias personales, que han resumido en un documento interno destinado a la educación de los jóvenes militantes. En este documento, interesantísimo por muchas razones, se dice: «Hay que perder el miedo a los sicarios de la policía, pues ésa es su principal arma». «... es bien elocuente que los camaradas que han cedido ante la policía, cuando se ha examinado con ellos su comportamiento, hayan llegado, casi sin excepción, a la conclusión de que no fueron las torturas la causa de su desmoroamiento. Que las torturas las hubiesen aguantado. Que se hundieron porque se desmoralizaron, porque perdieron la confianza en sí mismos y en los demás, porque les influenciaron los ataques psicológicos de la policía...»

«... El militante comunista debe ser consciente de que las torturas físicas y morales que la policía franquista puede imponerle duran horas, días, semanas, pero son pasajeras y pueden ser encajadas por quien esté dispuesto a no dejarse impresionar, a no asustarse. Así lo prueban cientos de casos a lo largo de este período histórico. Hombres, mujeres, muchachos y muchachas de nuestro pueblo, militantes y dirigentes de nuestro Partido han resistido victoriosamente las bestialidades sin dejarse abatir ni acobardar por el enemigo.

«Por el contrario, cada comunista debe tener claro, que ninguna tortura es comparable a la que se experimenta en la propia conciencia cuando se ha sido débil frente al enemigo, cuando se ha denunciado a otros comunistas y antifranquistas, cuando se ha claudicado por temor físico o impotencia moral ante gentes tan odiosas y despreciables como los esbirros franquistas. ¡Cuánto más dolorosa y permanente es esa tortura que la que pueda hacernos sufrir el enemigo! Cuando el comunista que ha sido débil y cobarde se enfrenta con su conciencia, cuando ve a los camaradas que él ha denunciado maltratados y encarcelados, cuando comprende que ha contribuido a prolongar los sufrimientos de su pueblo dando ocasión a la dictadura para golpear sobre nuestro Partido; cuando aparece ante él toda la magnitud del daño causado a lo que le es más querido, su dolor es tan hondo, tan trágico, que todo su anhelo sería volver hacia atrás, poder retroceder al momento en que cedió ante el enemigo y comportarse dignamente.»

Hay que decir que la mayor parte de las experiencias estudiadas por nuestros camaradas del Penal de Burgos son de hace algunos años, cuando las circunstancias que rodeaban a los comunistas detenidos eran más duras y difíciles que hoy. Actualmente la policía ya no puede retener indefinidamente en sus manos a los detenidos ni torturarles a sus anchas como ocurría años atrás. El trágico caso de Julián Grimau es la excepción de una regla que —a causa de la protesta nacional e internacional— acusa un cierto declive de las brutalidades policíacas. El paso a la cárcel de Pedro Ardiaca y sus compañeros a las 48 horas de su detención, la suerte corrida por los intelectuales detenidos durante la manifestación antifranquista celebrada el 2 de mayo en Barcelona —a los que se puso en libertad unas horas después sin que se les violentara en momento alguno—, y

otros casos así lo prueban. Ello no quiere decir que ahora todo sea coser y cantar. El paso por la policía sigue siendo una gran prueba para cualquier comunista, que sólo poniendo en juego todas sus reservas de firmeza y temple revolucionario cubrirán satisfactoriamente.

Los familiares y compañeros de trabajo de los detenidos pueden hacer mucho para ayudar a éstos. En cuanto se conozca la detención de un antifranquista, sus familiares y compañeros de trabajo deben solicitar de un abogado que se persone en Comisaría a indagar las causas de la detención y a reclamar que se le ponga en libertad o se le entregue al Juez en el plazo de 72 horas que marca la Ley. Y si saben que el detenido ha sido maltratado, deben encargar al abogado que entable proceso judicial contra los policías autores de los malos tratos, como ya han hecho algunas familias. Es verdad que hasta ahora no se ha dado curso a ninguna de las demandas de procesamiento de miembros de la Brigada Político-Social, pero las demandas presentadas han ejercido una influencia muy beneficiosa sobre ellos al hacerles sentir que sus fechorías no son silenciadas ni aceptadas sin protesta. Los detenidos que sean víctimas de brutalidades policíacas deben ellos mismos relatarlas en la declaración ante el Juez y denunciarlas en el curso del juicio o Consejo de Guerra.

Aunque lo esencial ante la policía sea no dar ningún dato que pueda perjudicar al Partido o a otras personas, es también importante lograr que la declaración firmada en la Comisaría refleje exactamente la postura mantenida por el detenido en el interrogatorio. Frecuentemente, camaradas que se han portado bien en los interrogatorios han firmado declaraciones en las que se incluían cargos, datos y nombres dados por otros detenidos o fabricados por la policía. Estos camaradas explican generalmente su actitud argumentando que después de haber logrado que de su boca no saliera una palabra que dañase a nadie, no dieron importancia a que en su declaración escrita figurasen cosas sabidas por la policía y confirmadas ya por otras declaraciones. Semejantes declaraciones causan, sin embargo, grave daño al Partido y a quienes las firman. Como la mujer del César, los comunistas que pasan por la policía deben no sólo ser honrados, sino parecerlo. Las declaraciones firmadas en la Comisaría, aunque se modifiquen ante el Juez, constituyen la base de la instrucción judicial y de la acusación fiscal. Así, en el juicio o Consejo de Guerra, los que firman tales declaraciones aparecen en la misma postura que si las hubiesen hecho realmente, lo que les rebaja moralmente y da pie para que el Tribunal les imponga condenas mayores a las que les hubiese impuesto con una declaración policíaca en negativa.

Cuando la policía no logra que el detenido se manche denunciando a otros, emprende una segunda batalla para mancharlo haciéndole firmar una declaración indigna, que suele utilizar no sólo para hacerle condenar, sino también para desmoralizar a otros detenidos, a los que enseña dicha declaración como «prueba» de que todos hablan. La policía procura hacer creer al detenido que le sacará la sangre gota a gota antes de consentirle que haga una declaración en negativa y que los Consejos de Guerra condenan invariablemente a muerte a los que llegan a él con una declaración policíaca en negativa. La experiencia enseña, sin embargo, que llegar al juicio con una declaración que

diga claramente que el procesado se niega a declarar, proporciona a éste la posición más ventajosa no sólo para utilizar el juicio o Consejo de Guerra como una tribuna de lucha contra el régimen, sino también para que la condena sea la más baja posible.

Si el detenido es un comunista conocido, su deber es, a la par que negarse a declarar, proclamar bien alto su condición de militante o dirigente del Partido y defender la política de éste ante la policía, los jueces y los tribunales franquistas. La postura de Simón Sánchez Montero, que logró imponer a la policía una declaración de su puño y letra haciendo constar que se negaba a declarar por prohibírselo los Estatutos del Partido y su honor revolucionario, es el ejemplo en que debe inspirarse todo comunista conocido que caiga en manos de la policía franquista.

Comparecer ante un Tribunal franquista es para un comunista una oportunidad excepcional para atacar al régimen, defender la política del Partido y mostrar su temple revolucionario. Para aprovechar totalmente esta oportunidad es necesario, sin embargo, llegar al juicio con una declaración limpia. Es en la Comisaría donde el comunista libra la primera y principal batalla para convertir el juicio o Consejo de Guerra en un acto contra el régimen. Con una declaración limpia los comunistas tienen una fuerza moral inmensa para exigir de los abogados que hagan una defensa política y para lograr que se les deje hablar en la audiencia pública.

Utilizar debidamente los juicios o Consejos de Guerra de carácter político, transformándolos en una batalla contra el régimen, es una tarea de excepcional importancia para los comunistas que comparecen en ellos. Los Consejos de Guerra contra Miguel Núñez en Barcelona, el de Ramón Ormazábal en Madrid y el más reciente de nuestro inolvidable Julián Grimau han sido grandiosos mítines contra la dictadura y por la democracia, cuyos ecos han llegado hasta el último rincón de nuestro país y conmovido profundamente a la opinión pública internacional.

En la etapa en que entramos los juicios políticos tendrán un valor mayor aún. Al ampliarse la lucha aumentará su número y se desarrollarán probablemente en condiciones más favorables para los procesados. Según ha anunciado Fraga Iribarne, cuando entre en vigor la Ley creando el Juzgado y el Tribunal de Orden Público, cuyo proyecto ha pasado a las Cortes, los procesados políticos podrán ser defendidos por un abogado civil. Esto puede ser únicamente una promesa del Gobierno hecho con el solo fin de intentar calmar la protesta levantada por el asesinato de Grimau. Pero es un indicio de que si la presión popular se mantiene pueden lograrse concesiones en este terreno.

En los últimos tiempos la policía ha intensificado notablemente la represión «blanca», especialmente los interrogatorios «cortesés» y la vigilancia visible, no disimulada, de antifranquistas conocidos por haber estado encarcelados o por haberse destacado como adversarios del régimen en actividades sindicales, culturales u otras.

La represión «blanca» se propone, de un lado, lograr que estos antifranquistas conocidos como tales renuncien a actuar contra el régimen y, de otro lado, sembrar la desconfianza de las masas hacia ellos, pues la policía sabe que las masas recelan —muy justificadamente por cierto— de personas que son vigila-

das o interrogadas por ella.

Los comunistas y todos los antifranquistas a los que alcance la represión «blanca» deben hacerle frente con toda decisión. Ningún comunista debe acudir a una convocatoria policíaca sin hacerse acompañar de un abogado y, si se le convoca repetidamente, no debe acudir en absoluto. Antes de permitir la entrada de un policía en su domicilio, cada comunista debe exigirle un mandato judicial y, en el caso que lo tenga y pretenda hacer un registro domiciliario, debe reclamar la presencia de dos vecinos, tal y como señala la ley. Ningún comunista debe aceptar voluntariamente conversar con la policía ni aun de los temas más anodinos. Hay que tener presente que la policía utiliza siempre sus conversaciones para obtener datos que le ayuden en su infame labor y para poner en circulación «noticias» susceptibles de causar desconcierto y malestar entre los antifranquistas. Los comunistas deben procurar por todos los medios a su alcance crear un cerco de desprecio en torno a los sicarios de la Brigada Político-Social.

Mantener una actitud digna ante la policía es un deber esencial de cada comunista y uno de los medios más eficaces para acelerar el proceso de descomposición que empuja a la dictadura hacia su completa liquidación.

MINISTERIO
DE CULTURA



EL PARTIDO UNIDO DE LA REVOLUCION SOCIALISTA

(Discurso de Fidel Castro ante los
militantes del P.U.R.S.)

UNO de los problemas esenciales de la revolución cubana, tal vez el más importante dado su influjo sobre las demás cuestiones, económicas, políticas, ideológicas, etc., es el de la organización del partido marxista-leninista cubano, el Partido Unido de la Revolución Socialista.

Como es conocido, en la dirección de la lucha revolucionaria, que culminó victoriosamente en los primeros días de 1959, el papel principal correspondió al grupo de Fidel Castro, que formaba el ala izquierda y dirigente del Movimiento 26 de julio. Un papel muy importante desempeñó también el partido comunista de Cuba, llamado Partido Socialista Popular. En un plano más modesto hay que mencionar el sector izquierdista del Directorio Revolucionario, constituido principalmente por jóvenes universitarios.

En el proceso que llevó del triunfo de la revolución democrática, nacional, antiimperialista, a la transformación de ésta en revolución socialista, fue perfilándose primero, y concretándose más tarde, la unificación de esas tres fuerzas políticas: era una exigencia ineludible de la consolidación y desarrollo de la revolución. En Fidel Castro y su grupo de jóvenes revolucionarios existían, antes ya del triunfo de la revolución, premisas más o menos elaboradas de una concepción marxista de la revolución. Estas premisas fueron afirmándose, y pasando a ser posiciones marxistas más completas, bajo la influencia de la práctica misma de la revolución, del estudio de la teoría marxista y de las experiencias de las precedentes revoluciones socialistas.

Después de la proclamación oficial del paso de la revolución a su etapa socialista, en los días graves de la invasión contrarrevolucionaria de abril 1961, el proceso unificador tomó forma concreta con la creación de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (O.R.I.). Pero los métodos sectarios, fraccionales, de Aníbal Escalante, secretario de organización de la Dirección Nacional de las O.R.I., y de una serie de cuadros que se encontraban bajo su influencia crearon en el seno de la nueva organización una situación de creciente malestar y descontento, que hizo crisis en marzo de 1962. El error esencial de Aníbal Escalante y de los que compartían sus posiciones fue el de no tener confianza en las nuevas fuerzas que la

revolución había despertado y que demostraban en la práctica su entusiasmo, su iniciativa creadora y su fidelidad a la causa revolucionaria; en esas fuerzas jóvenes, que al producirse la invasión de abril acudieron en masa, casi a pecho descubierto, a batirse con el enemigo.

Fidel Castro, con su peculiar estilo directo, abierto, dijo al pueblo, en su memorable discurso de marzo de 1962, la verdad de lo que estaba ocurriendo en el seno del nuevo partido. Aquél fue un discurso leninista, por su sinceridad, por su claridad, por la concepción de lo que debía ser el partido marxista-leninista. Las masas revolucionarias lo acogieron con entusiasmo.

La Dirección Nacional de las O.R.I. tomó la decisión de excluir de su seno a Anibal Escalante y de comenzar sobre nuevas bases la organización del Partido Unido de la Revolución Socialista. En éste debía encontrar cabida todo lo que había de honesto, de revolucionario, en el Movimiento 26 de julio, en el Partido Socialista Popular y en el Directorio Revolucionario, pero también todas las nuevas fuerzas que en la experiencia de la lucha y del trabajo, estaban demostrando ser fuerzas de vanguardia, capaces de dirigir al pueblo. Para seleccionar estas nuevas fuerzas, así como para depurar acertadamente las antiguas, la Dirección de las O.R.I. recurrió a la ayuda de las masas. En asambleas de todos los trabajadores de cada empresa, taller, granja del pueblo, se puso a debate quiénes eran los mejores, atendiendo a un criterio múltiple: actitud en la producción socialista, participación en la lucha revolucionaria, capacidad y decisión en la defensa de las ideas socialistas, honestidad en todos los órdenes. Así fueron puestos en primer plano los hombres y mujeres, jóvenes o veteranos, que gozaban de más prestigio, de más autoridad ante las masas. Esta selección no los convertía automáticamente en miembros del Partido. El Partido no es «elegido», en el sentido formal, por las masas (aunque todo verdadero partido marxista-leninista sea, en el fondo, una selección de las masas, que en el proceso de la lucha, de la toma de consciencia de sus intereses de clase y de la asimilación de la ideología revolucionaria, van destacando de su seno a sus mejores representantes). La Dirección Nacional de las O.R.I., las comisiones creadas por ella con la misión de organizar el partido, eran las encargadas de preparar y dirigir las asambleas de masas, después de que éstas habían realizado su selección, procedían a un estudio individual, profundo, de cada caso, para llegar a una conclusión, lo más acertada posible, de quiénes reunían realmente las condiciones de miembro del Partido. Finalmente, llegaba para el posible miembro la hora de decidirse voluntariamente a serlo, de decidirse o no a pedir el ingreso en el Partido.

Así ha ido organizándose, paso a paso, el Partido Unido de la Revolución Socialista. En marzo de este año contaba ya con más de 10.000 militantes, organizados en más de 1.300 organizaciones de base. Pero aún quedaba mucho por hacer. Se calcula que este proceso organizativo esté terminado a finales de este año. Su culminación será el Congreso constituyente del Partido, en el curso de cuya preparación serán discutidos los proyectos de Programa y de Estatutos.

A mediados de marzo de este año tuvo lugar en La Habana una gran asamblea de los miembros del Partido de las provincias occidentales (Pinar del Río, La Habana y Matanzas) en la que Fidel Castro pronunció el importante discurso que transcribimos a continuación. En él se examinan importantes aspectos de la concepción que ha guiado a los dirigentes cubanos en la organización del nuevo partido, las principales tareas que ha de resolver y los métodos que debe emplear en la dirección del pueblo y del Estado socialista.

COMPañEROS del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba: (Aplausos).

Desde hace varios meses, compañeros, habíamos tenido la idea de celebrar esta reunión. Iba a ser una reunión de masas con los miembros de nuestro Partido. Por una serie de circunstancias no pudo realizarse antes y, desde luego, en el transcurso de estos meses fue creciendo la Organización, de manera que prácticamente para la reunión que habíamos ideado de los militantes de las tres Provincias occidentales no era suficiente siquiera este teatro.

Al principio habíamos pensado en una reunión más íntima, pero después surgió la idea de que fuera pública, que se transmitiese por radio y televisión; surgió el interés de los compañeros de la Revolución y se nos fue convirtiendo cada día en algo más solemne. Es decir se ha convertido en un acto grande, en un acto importante, y en un acto que ha tenido la virtualidad de despertar el interés de todos los compañeros de la Revolución y el interés de todo el pueblo.

Ha servido, ya desde su propia convocatoria, para ir palpando el prestigio y la seriedad del trabajo que en torno a la organización del Partido de vanguardia de nuestro pueblo se ha ido despertando en la nación. Y para nosotros es un motivo de aliento ver este extraordinario interés; porque contribuye a ir situando a nuestra Organización en el papel y en el lugar que debe ocupar dentro de la Revolución.

Todos nosotros debemos de impregnarnos de la convicción, de la conciencia de la tarea que tiene nuestro país por delante y de nuestras obligaciones. Sabido es que una Revolución es, antes que nada, un proceso nada fácil; es un proceso complejo, un proceso duro y un proceso difícil.

En los primeros meses de la Revolución mucha gente sentía entusiasmo por la Revolución y, sin embargo, no sabía qué era la Revolución. Cualquiera se llamaba revolucionario y, sin embargo, cualquiera no es revolucionario. En aquellos primeros tiempos observábamos un fenómeno que consistía precisamente en una ola de gran entusiasmo y, sin embargo, poca solidez en la cultura política de las masas.

Es sólo en esas circunstancias en las que cualquiera se puede hacer pasar por revolucionario. Los tiempos de hoy, no son aquellos tiempos. Cualquiera de ustedes comprende perfectamente que los tiempos de hoy no son aquellos tiempos.

Nosotros nos sonreímos porque en realidad muchas veces, en aquellos días, nosotros explicábamos ese fenómeno propio de ciertas etapas de los procesos sociales y políticos, recordando cómo en los primeros meses de la lucha, de la lucha por la conquista del poder, había un número relativamente pequeño de luchadores y cómo, sin embargo cuando la Revolución había triunfado, entonces se veía una ola inmensa, gigantesca.

Desde luego, nosotros siempre pensábamos: «si los tiempos se pusieran difíciles, si volvieran los días de la lucha dura, muchos de los que van en esa ola no se moverían al conjuro de la Revolución».

Es decir, eran los tiempos del oportunismo, pero nosotros sabemos cómo son las circunstancias y cómo en unas circunstancias difíciles hay menos; en unas circunstancias fáciles hay muchos.

Desde luego que todo proceso revolucionario va ascendiendo escalonadamente, y el número de los combatientes de experiencia, el número de los combatientes probados va creciendo de escalón en escalón; porque si bien puede decirse que en las circunstancias difíciles

en que hay que dar pruebas de espíritu verdaderamente revolucionario muchos se ponen en evidencia, también es cierto que en esos momentos de lucha y momentos difíciles, es también la oportunidad en que los que valen, los que tienen condiciones, también se dan a conocer.

Y lo que vale de nuestro pueblo, lo que lucha de nuestro pueblo hoy, la parte del pueblo que participa de manera activa en la lucha, y que en circunstancias difíciles lucharía, es infinitamente mayor de la parte del pueblo que luchaba al principio; porque es, sencillamente, que la Revolución ha ido engrosando sus filas de la masa del pueblo y por eso puede avanzar ya como una masa combatiente y depurada.

Lo que más ha depurado la Revolución, lo que más ha depurado a las masas revolucionarias, son precisamente estos cuatro años de Revolución. La lucha, la lucha de clases, la profundización del proceso revolucionario, ha hecho que lo mejor de nuestro pueblo se haya ido agrupando, se haya ido fortaleciendo, y todo lo que no valía nada y pretendía figurar en las filas de la Revolución como revolucionario ha ido abandonando la columna revolucionaria.

Pero la columna revolucionaria es hoy ya una aguerrida columna revolucionaria, una aguerrida fuerza revolucionaria donde, como en la guerra, van quedando los más firmes.

Nosotros recordamos algunas etapas de la lucha armada. Había ciertos instantes, cuando obteníamos una victoria, cuando ocupábamos un cuartel, cuando disponíamos de un número grande de armas, mucha gente se enrolaba, aparecían veinte, treinta, cuarenta. Al calor de la victoria se entusiasmaban, pedían un fusil, se unían a nuestra columna; pero cuando venía la persecución, cuando venían los días de caminatas largas, de hambre, de frío, de lluvia, alguna de aquella gente empezaba a desertar con cualquier pretexto. Había un pretexto muy simpático, que yo no sé si el Che lo habrá contado en sus crónicas —que no he leído todas—, pero que a fuer de hombre sincero, podía haberlo incluido. Y era alguna gente, que cuando marchábamos por los firmes de las montañas en aquellos días difíciles, pedían permiso un momentico, que tenían algunas necesidades, su pelotón se paraba, se ponía a esperarlo, pasaban diez minutos, 20 minutos, pasaba media hora, y el hombre no volvía. Por lo general, dejaban el fusil, a veces, a veces los había quienes se llevaban el fusil. Esos eran los que más nos dolían.

Y no tenía nada de extraño que a la vuelta de los meses, cuando la Revolución había avanzado y su fuerza se había vuelto a hacer sentir, el que apareciera enrolado en alguna guerrillita por el llano o por cualquier zona donde ya no iban soldados, a alguna de aquella gente que desertaba en aquella etapa.

Dentro de la Revolución, cuando en los primeros días comenzó a hacerse evidente la oposición de los sectores reaccionarios del país, nosotros dijimos que la Revolución iba a disminuir en extensión y a crecer en profundidad; era evidente y lógico que las medidas de beneficio popular que la Revolución dictaba, afectando los intereses de minorías privilegiadas y explotadoras, iba a desatar con toda su fuerza la lucha de clases, y la Revolución iba a comenzar a decrecer en extensión, pero al mismo tiempo a crecer en profundidad.

Fue la lucha contra los monopolios, la lucha contra los grandes propietarios de viviendas, los grandes propietarios de fincas, los grandes importadores, y en fin todo aquel sector social que en nuestro país constituía la clase explotadora, y que dominaba todos los medios

del poder antes del triunfo de la Revolución, que monopolizaba la cultura, monopolizaba —prácticamente— la alta instrucción, que monopolizaba los medios de divulgación de las ideas, todo aquel sector con que comenzó a chocar la Revolución.

En aquel instante empezó la lucha, una lucha que no ha terminado, y que pudiera decirse que está comenzando. Esta es una lucha larga, y ésta va a ser una lucha larga; esta es una lucha dura y difícil, y va a ser una lucha larga, dura y difícil.

La Revolución cuenta, de antemano, con la victoria. De eso no le puede caber duda a nadie, pero nosotros debemos saber que ésta es una lucha larga, dura y difícil, porque esto es una Revolución (Aplausos.)

Al principio no se habría podido decir esto, porque habrían aparecido personas que dijeran: ¿por qué va a ser una lucha larga, dura y difícil, si ya se acabó la lucha, si ya fue derrotado Batista? Ni siquiera se imaginaban que entonces es cuando la lucha empezaba.

Hoy se puede decir, hoy se puede comprender, y es posible que entre las cosas, las ideas, los idealismos, los subjetivismos que nosotros no hemos erradicado suficientemente, está esto de creerse que la Revolución es una tarea fácil, y por eso lo primero que un militante revolucionario debe saber, debe llevar bien aprendido es que: la Revolución es una tarea difícil.

Y si cualquier Revolución, en cualquier época de la historia podría calificarse como de tarea difícil, la más difícil, la más difícil de todas las revoluciones, puesto que es la más radical y la más profunda en la historia de la humanidad, es la Revolución Socialista (Aplausos).

La Revolución Socialista tiene alcances mucho más amplios que ninguna de las Revoluciones anteriores en la historia de la humanidad, porque es precisamente con la Revolución Socialista que las clases sociales, la diferencia entre explotadores, la diferenciación entre explotadores y explotados desaparece por primera vez desde que surgió también, un día, en la historia de la humanidad.

En las anteriores revoluciones, como fueron las revoluciones burguesas, el dominio de determinadas clases fue abolido para implantarse en su lugar el dominio de otras clases; revolucionarias en ese momento histórico, progresistas en ese momento histórico que implantaron un régimen social superior con respecto al régimen social anterior, pero régimen social basado todavía, y fundamentalmente, en la explotación del hombre por el hombre.

Primero fueron los regímenes esclavistas, después los regímenes feudales, después los regímenes burgueses; cambiaba la forma de explotación, cambiaba incluso, el grado de la explotación pero la explotación se mantenía, y en formas siempre crueles; porque aun en los países capitalistas más desarrollados, y que por el elevado desarrollo de la técnica y de la industria que han alcanzado, aun en esos países siempre nos encontramos con el hombre abandonado a su suerte, el hombre víctima de mil y una explotación, el hombre sin trabajo, el hombre acorralado, porque es una lucha feroz, una competencia feroz, del hombre contra el hombre.

Y bajo el pretexto de la defensa del individuo, lo que hacen es liquidar al individuo, acorralar al individuo y abandonar a su suerte al individuo; el individuo despedido de la fábrica, el individuo accidentado o enfermo, sin recursos, sin medios de subsistencia para su familia, sin medios de subsistencia para atenderse, para satisfacer sus necesidades más elementales. Porque aun en esos países que han podido

lograr una alta producción nacional al lado del millonario vemos al pordiosero, porque ésa es esa sociedad.

Para comprender la sinrazón histórica, o la condena de la historia a semejante sistema social, hay que empezar por comprender, y por conocer el punto de vista marxista, la afirmación marxista de que al romper las cadenas del feudalismo, las fuerzas productivas se desarrollan de manera extraordinaria, hasta que en un momento dado de su desarrollo comenzaron a chocar con el sistema social en el seno del cual se habían desarrollado.

Pero que habiendo alcanzado un alto grado de desarrollo, pudiendo producir elevadas cantidades de bienes materiales, cuán absurda es una sociedad donde al lado del millonario aparece el pordiosero. Es cuando se hace evidente la necesidad de cambiar ese orden social, puesto que es un orden social inadecuado para el grado de desarrollo de los medios de producción y de la técnica que el hombre ha creado.

Los Estados Unidos, que alardean incesantemente de su capacidad de producción, son un ejemplo de cómo al lado de los Rockefeller, y los Morgan y los Ford, están los pordioseros que existen en todas las ciudades de Estados Unidos, los barrios inhóspitos, las zonas de hacinamiento; está el hecho real de que una gran parte, una parte considerable de su capacidad de producción, está subutilizada, trabajando al 60, al 65 por ciento de su capacidad, está el hecho de que inviertan más de 50 mil millones de dólares en armamentos, en gastos militares.

Solamente el hecho de que una sociedad humana gaste anualmente en servicios militares recursos tales, que distribuidos entre los pueblos subdesarrollados y pobres del mundo bastarían a llevar un alivio infinito a sus necesidades; y comprender que esos gastos militares tienen el único y exclusivo propósito de mantener la dominación sobre otros pueblos, de subyugar y explotar el trabajo y las riquezas de otros pueblos, bastaría comprender eso, y ser un ser consciente, para condenar a semejante sociedad, condenarla desde el punto de vista moral y comprender, desde el punto de vista histórico y científico, que está llamada inevitablemente a desaparecer (Aplausos).

En nuestro país, a pesar de ser un país subdesarrollado, había fábricas subutilizadas. Y todos los aquí presentes, cualquiera de los aquí presentes, que son obreros, saben que si hoy hay alguna fábrica subutilizada es única y exclusivamente cuando falta la materia prima, cuando con motivo de las dificultades que nos crea el bloqueo económico del imperialismo yanqui no podemos obtener esas materias primas.

Porque desde el momento en que los medios fundamentales de producción pasan al pueblo y desaparece semejante sistema de explotación, entonces no se produce para el mercado, se produce para las necesidades. Y las necesidades estaban presentes en todas partes; lo que más abundaba en nuestro país, como país subdesarrollado, era la necesidad. Necesidad de todo; necesidad de empleos, en primer lugar; necesidad de escuelas, necesidad de hospitales, necesidad de casas; necesidades materiales y culturales de todo tipo.

Al capitalista no le importaba resolver ninguna de esas necesidades; al capitalista le importaba ganar dinero. Al Estado Socialista le importa satisfacer necesidades. El capitalista no tiene alma, no tiene entrañas; cuando imagina y organiza un negocio, lo hace para su único y exclusivo provecho, para él y para su clase.

Claro está que la clase explotadora no carecía de nada; para ellos no había necesidades. Necesidades había para las masas.

¿A qué capitalista le faltaba un magnífico hospital? ¿A qué capitalista le faltaba un brillante médico? ¿A qué capitalista le faltaban los mejores recursos de la medicina cuando se enfermaba? ¿Y a qué

hijo de capitalista le faltaba una magnífica escuela, una magnífica casa, una magnífica playa y una abundante cuenta en banco para comprar de todo, desde «Cadillacs» hasta joyas? A la hora de gastar cinco mil dólares en un «Cadillac», a la hora de gastar las divisas en un «Cadillac», él no pensaba, ni le interesaba pensar, que en algún lugar de tierra adentro los campos estuviesen cubiertos de marabú y los brazos cruzados. A él no podía importarle un barrio de indigentes; para ellos las necesidades no existían; las necesidades existían para las masas.

¿A qué hospitales iban las masas? Porque se vivía en una sociedad tan inhumana que hasta para ir a un hospital había que llevar una recomendación de un político. Y en los pocos y mal atendidos hospitales se almacenaban los enfermos, y muchas veces dormían en el suelo.

La Revolución llega al poder en un país subdesarrollado, que era paraíso de una minoría de explotadores e infierno de las grandes mayorías de las masas. Ese fue el estado de cosas, y la Revolución expropió a los del paraíso, liquidó los privilegios de aquellos señores para aliviar las necesidades de los explotados.

Eso, desde luego, puede ser fácil decirlo, lo difícil es hacerlo. Porque para hacerlo hay que enfrentarse a la internacional de los explotadores; hacerlo en un país pequeño como éste, que era casi propiedad del más poderoso bastión de la reacción en el mundo, no era fácil. Y sin embargo, lo estamos haciendo (Aplausos).

¿Podían satisfacerse las necesidades de las masas por el solo hecho de expropiar a los explotadores? ¡No! Expropiar o confiscar a los explotadores, era simplemente el comienzo. La falta de bienes materiales suficientes para satisfacer las necesidades de las grandes masas tiene su causa fundamental en la falta de técnica y de los medios de producción necesarios, en lo que se llama el subdesarrollo económico.

Antes, a pesar de ser un país subdesarrollado, una minoría vivía muy bien, muy bien, porque había toda una mayoría trabajando para ellos; con los medios de producción con que contamos, con que contaba ese país subdesarrollado, no era posible satisfacer las necesidades de esa mayoría. Esto independientemente de otros factores.

Nosotros sabemos cuál es uno de los factores que más dificulta, que más entorpece, que más sacrifican a nuestro pueblo, y es la enemistad, la hostilidad y la agresión del más poderoso bastión de la reacción mundial. Pero, aun sin eso nuestro pueblo necesitaba de medios de producción y de técnica.

Cualquiera que ha leído los periódicos, y ha visto que una máquina de cortar caña realiza el trabajo de 30 hombres, quiere decir que una máquina de cortar caña multiplica por 30 la productividad de un hombre; como una máquina de hacer tabacos multiplica la productividad de un tabaquero; como una máquina agrícola, un tractor multiplica la productividad de un obrero, de un agricultor. Y, por eso, nuestro país tenía que emprender el camino del desarrollo económico, es decir, del desarrollo de una industria, de los medios y de la técnica de producción.

Lo que un revolucionario no debe nunca olvidar, es que sólo el trabajo, y el trabajo con los medios adecuados y la técnica adecuada, es lo único que puede crear los bienes materiales que el hombre necesita. Ese principio económico fundamental es base de la sociedad humana. Eso nunca debe olvidarlo un revolucionario.

El enemigo hace una propaganda, una propaganda realmente cínica. Nosotros constantemente vemos cómo el imperialismo basa su propaganda contra la Revolución Cubana en la idea de las dificultades por que atraviesa la Revolución. Y ahora mismo, en esos días, en

que han recibido con todos los honores a ese gran traidor que tiraniza al pueblo hermano de Venezuela (Chiflidos), socio de títeres colonialistas como Muñoz Marín (Chiflidos) y que pretenden presentar como ejemplos de gobernantes, porque han entregado hasta su alma a los monopolios yanquis, es frecuente oír los argumentos imperialistas diciendo que ya la Revolución Cubana no puede ser atractiva, por los problemas económicos que atraviesa, por el hambre que hay.

Digo que el argumento es cínico, porque eso equivale a lo siguiente: invertir todo el poderío, toda la hostilidad y toda la influencia en bloquear a un pequeño país subdesarrollado, y después decir: «vean, tienen dificultades».

Precisamente el mérito de esta Revolución, que los pueblos de América están observando, es que a pesar de eso la Revolución se mantiene y sigue adelante (Aplausos).

¿Qué derecho tienen los imperialistas de enjuiciar nuestras dificultades, si ellos son los causantes con sus hechos y han empleado todo su poderío en causarnos dificultades? Pero lo hacen tan tranquilamente y utilizan ese razonamiento tramposo, como es el pretender ignorar que esta Revolución se lleva adelante a pesar de los extraordinarios esfuerzos que han hecho por ahogarla en hambre, o ahogarla en sangre (Aplausos).

Y, sin embargo, sin embargo, donde hay hambre, donde hay espantosa miseria, incultura, desatención es en numerosas regiones de América, que no podrán remediar los explotadores imperialistas.

Mas nosotros podríamos hacerles una pregunta a los gobernantes yanquis, a los senadores yanquis: Si Cuba no puede ser atractivo, si el ejemplo de Cuba no puede ser atractivo, ¿por qué se preocupan tanto por Cuba? (Aplausos). Si el ejemplo de Cuba no es atractivo, ¿por qué le tienen tanto miedo a Cuba? (Aplausos). Si el ejemplo de Cuba no fuera atractivo, ¿por qué esa histeria desatada en el Senado y en la prensa yanqui, por qué esa gritería descomunal acerca del peligro de subversión que dicen representa Cuba? ¿Por qué tanto miedo? ¿Es que no basta mirar el mapa de este hemisferio para ver el tamaño de Cuba, la geografía de Cuba, isla pequeña, territorio minúsculo, en medio de un inmenso continente en una de cuyas partes se asienta el más poderoso país capitalista? ¿Por qué les atemoriza tanto Cuba?

Dicen que nosotros promovemos la subversión y se asustan. Pero, ¿cómo podríamos nosotros promover la subversión y desarrollar revoluciones, si está probado que la subversión no puede triunfar? Porque los imperialistas y los reaccionarios de América lo que han estado empleando contra nosotros durante cuatro años es subversión (Aplausos), y sin embargo, no tenemos miedo; sin embargo, no nos asustan. ¡Los hemos aplastado y los aplastaremos cien veces! (Aplausos).

Y, entonces, ¿como es posible que cuando el Estado poderoso aplica la subversión contra el país pequeño, y las oligarquías reaccionarias de América aplican la subversión y fracasan... ¿Por qué le tienen tanto miedo a la subversión entonces, si según su experiencia la subversión es inútil?

Es natural que los imperialistas estén usando ahora estos argumentos contra Cuba. Pero, al parecer, lo que dicen es lo que piensan: ¡Contra una revolución la subversión fracasa! ¡Contra la explotación la subversión —que ya no sería subversión sino revolución— triunfa! (Aplausos).

Nosotros, desde luego, no practicamos la subversión ni exportamos revoluciones. Entre otras cosas, pueden tomarse lujo de ese tipo los imperialistas; los imperialistas tienen infinitos recursos. Sólo

en la expedición de Girón se gastaron como cuarenta millones de dólares más los que tuvieron que gastarse después en indemnización (Aplausos).

¿Podríamos gastarnos nosotros cuarenta millones de dólares en organizar una expedición contra un gobierno reaccionario? No. Pero lo curioso de todo es ver cómo tan tranquilamente hacen esas acusaciones contra nosotros, cuando son ellos los que han estado haciendo eso. Y en una sola de las acciones contra nosotros se gastaron cuarenta millones.

Y, además, porque no sólo es una cuestión de principios, sino, además, una cuestión innecesaria. Porque el virus de la revolución no se transporta en submarinos ni barcos. Son las ondas etéreas de las ideas las que transportan el virus revolucionario (Aplausos), y prosperan allí donde hay caldo de cultivo abundante. ¡Y en América Latina hay abundante caldo de cultivo revolucionario! (Aplausos).

¿Qué es Cuba? Cuba es el ejemplo, Cuba es la idea. La fuerza de Cuba es la fuerza de sus ideas revolucionarias (Aplausos), la fuerza de su ejemplo. Y, desde luego, ¿cómo se pueden aislar las ideas?

Claro está que los imperialistas gastan miles de millones en propaganda. Pero es que el hambre, la explotación, la miseria, es un hecho real frente a las mentiras de los imperialistas, que toda su propaganda no les valdrá de nada.

Así, los imperialistas han estado escenificando en América Latina hechos bochornosos. Ejemplos: las elecciones en Nicaragua con un solo candidato, las elecciones en Paraguay con un solo candidato. Es la democracia representativa del mono-candidato (Risas).

¿Qué ejemplo, qué fuerza pueden tener esas ideas ante un continente que sabe que al Somoza (padre) lo instalaron allí los marinos yanquis hace treinta años, que el Somoza (hijo) heredó la colonia de su padre, y el secretario de los Somoza es el mono-candidato del imperialismo? ¿A quién pueden conquistar con eso? Desde luego, ese heredero del Somoza (padre) y que heredó la Presidencia en el oprimido pueblo de Nicaragua cuando una mano justiciera castigó al tirano, se tomó en días pasados —mientras se escenificaba esa farsa— se tomó la libertad de hacer una declaración diciendo que se iba a dedicar a organizar una expedición contra Cuba, siendo Presidente de ese país.

Ellos pueden declarar esas cosas tranquilamente, y el Departamento de Estado sonríe, los imperialistas yanquis sonríen, su prensa les dedica un editorial. ¡Ah, si Cuba declarara que se va a dedicar a organizar una expedición contra cualquiera de esos tiranuelos, qué escandalera universal, qué movilización de fuerzas, cuántas reuniones en la OEA y en el State Department y en el Pentágono! Es decir, ellos pueden declarar esas cosas tranquilamente, mientras nos acusan a nosotros de subvertir; ya no hablan ni de subversión, sino de expediciones.

¡No, señores imperialistas! Nosotros sabemos lo que somos y sabemos que somos una idea, y que tenemos la fuerza de una idea, idea que ustedes —señores imperialistas— no podrán derrotar (Aplausos).

Y nuestra columna marcha en esa ardorosa lucha, nuestra columna marcha por los firmes de la historia. Es verdad que de esa columna, cuando vieron que la lucha era dura, hubo unos cuantos que pidieron permiso. Pero éstos, éstos que pidieron permiso son los cobardes, los vendepatrias; esos no pueden marchar con la columna de su pueblo y de su patria por los firmes de la historia, porque esos caminos sólo los pueden recorrer los que tienen condiciones, los que

tienen calidad.

Y es precisamente la vanguardia de esa columna lo que estamos organizando, y es precisamente la vanguardia de esa columna la que se reúne aquí esta noche (Ovación).

Y volviendo a recordar nuestra experiencia de los años de lucha en las montañas, nosotros siempre nos preocupábamos mucho por nuestra vanguardia, y la vanguardia de nuestra columna tenía tareas muy especiales y muy importantes: la primera unidad en chocar con el enemigo si se emboscaba en los caminos, cuidar la ruta, montar guardia permanentemente. ¡Y así, en el pelotón de la vanguardia de nuestra columna, estaba Camilo! (Aplausos).

Y eso es el Partido: la vanguardia. Y por eso nos esforzamos en que esa vanguardia esté integrada por los mejores revolucionarios.

En una reunión como ésta, compañeros, de muchas cosas podría hablarse: son tantas y tantas las cuestiones de interés, son tantos y tantos los frentes de lucha y es tan ardorosa esa lucha, que muchos temas podrían ocupar nuestra atención, porque estamos en el fragor de la lucha contra los imperialistas, estamos en lo profundo de esta histórica batalla, de esta larga batalla.

Pero hay algunas cosas, cuestiones de conceptos, que en la reunión de hoy es necesario aclarar, ciertas cuestiones fundamentales de conceptos que es necesario exponer para la marcha del esfuerzo de la organización de nuestro Partido.

Se ha marchado despacio, pero se ha ido realizando un buen trabajo. Algunos se impacientan, algunos se preguntan: «¿cuándo vamos a organizar el Partido aquí, allá?» Algunos dicen: «si tuviéramos organizado el Partido podríamos resolver aquí tales problemas en algunas instituciones, en algunos frentes de trabajo». ¡Y es verdad! Pero también es verdad que la cuestión fundamental no es tener organizado el Partido, sino organizarlo bien, ¡organizarlo bien!

Nos hemos propuesto que la tarea de organización se realice a cabalidad y se haga un trabajo de la mejor calidad.

Los días de la crisis de octubre, y los problemas subsiguientes, en cierto sentido interrumpió este trabajo de organización, lo retardó algo. Sin embargo, ha marchado, ha marchado ¡lento, pero seguro!, ¡despacio, pero bien! Hemos empezado por los centros de trabajo, hemos empezado por las fábricas, por los centros proletarios. Ya se han ido realizando trabajos en otros frentes. Pero prueba del trabajo reempezado por los centros de trabajo, hemos empezado por las fábricas, por los centros proletarios. Ya se han ido realizando, cuyos métodos ustedes los conocen, es que hay ya —en los núcleos organizados de las provincias occidentales— 10 mil militantes aproximadamente del Partido Unido de la Revolución Socialista (Aplausos).

En la Provincia de Oriente ya se ha extendido el esfuerzo de organización a otro sector: a las montañas. ¿Y qué método se ha empleado allí? ¿Qué método han empleado los compañeros de Oriente?

En las montañas de Oriente la Revolución tiene treinta mil milicianos organizados y entrenados (Aplausos), obreros agrícolas y campesinos pobres, fundamentalmente, de una composición social realmente revolucionaria.

¿Cómo han organizado los compañeros de Oriente el Partido en las montañas? Lo han organizado en las compañías serranas. Como cada zona tiene su unidad militar de milicianos, la base fundamental para organizar el Partido en las montañas han sido esas Compañías, donde también en asambleas se ha discutido el mérito y la calidad de los compañeros llamados a formar parte del Partido, con excelentes resultados.

Hemos avanzado y, sin embargo, nos queda un largo trecho: Tenemos que organizar el Partido en la Administración; tenemos que organizar el Partido en el campo; tenemos que organizar el Partido en los Barrios y tenemos que organizar el Partido en nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias (Aplausos).

Pero hemos comenzado bien: hemos ido a los centros proletarios; hemos aplicado un método de masas; y hemos descubierto y reclutado para esa vanguardia revolucionaria, infinidad de valores, nuevos valores; porque en esa vanguardia tiene que estar lo mejor de la Patria, los hijos más abnegados, firmes y valerosos de la Patria (Aplausos).

Y aunque vayamos despacio, no importa con tal de que apliquemos un método correcto y con tal de que al final podamos decir que contamos con un formidable Partido, un Partido que esté a la altura de la tarea histórica de nuestro pueblo y de nuestra Revolución (Aplausos).

Y así llegaremos a todos los sectores, y cuando esté organizado, tendrá el apoyo de las masas, porque las masas sabrán quiénes son los que integran su vanguardia. Y detrás de esa vanguardia marchará el pueblo; y con esa vanguardia organizada estaremos en mejores condiciones de librar nuestra batalla; y a esa vanguardia hay que defenderla, no sólo organizarla, sino defenderla.

En una serie de discursos, que han sido recogidos por nuestra Comisión de Orientación Revolucionaria, hemos expuesto una serie de ideas acerca del papel del Partido y, al mismo tiempo también, todas las críticas que se hicieron oportunamente acerca de vicios, de métodos erróneos. Pero siempre hay cosas nuevas. Un vicio que fue necesario combatir fue el vicio de llevarse los cuadros políticos y los cuadros de las Organizaciones de Masa para la Administración.

Había un buen dirigente sindical, pues bien, terminaba en un Consolidado; había un buen cuadro político, terminaba en una Administración. Resultado: la anemia progresiva del aparato político y de las Organizaciones de Masa. La Administración es, sin duda, muy importante, pero más importante que la Administración es el Partido (Aplausos).

Se planteó que el Partido desarrolla sus cuadros y defiende sus cuadros y la Administración desarrolla sus cuadros, ayudada por el Partido.

Estas cuestiones son fundamentales. Un buen cuadro político no se le debe quitar al Partido; un buen cuadro de las Organizaciones de Masa no se le debe quitar a las Organizaciones de Masa, porque si no, siempre tendremos débiles aparatos con esa política. Esa podía llamarse la política del «culto a la Administración».

Esto independientemente, compañeros, que convertía al Partido en un trampolín y, por lo tanto, creábamos el caldo de cultivo —repito la palabra— del oportunismo, puesto que si cada vez que se iba a seleccionar un Administrador, un trabajo mejor remunerado, tenía que salir de allí del núcleo y éste se convertía en el camino, íbamos a tener los oportunistas a las puertas del núcleo, como un camino cómodo para mejorar.

¿Cómo nos libraremos de los oportunistas? Cuando el núcleo entrañe, al mismo tiempo que una gran responsabilidad y un gran honor, un puesto de sacrificio (Aplausos).

En aquella ocasión nosotros planteamos que la Organización Política se estaba convirtiendo en una especie de coyunda, porque no era sólo el trampolín para la Administración sino, al mismo tiempo, una

intervención constante en la Administración; una suplantación constante de la Administración.

El Núcleo pretendía, o el Secretario del Núcleo pretendía sustituir al Administrador, sustituirle no en el cargo sino dictaminarle lo que tenía que hacer; y nosotros planteamos que la Administración era responsable y que para exigírsele responsabilidad debía tener atribuciones. Eso era muy correcto.

¿Pero qué ocurrió? ¿Qué ha ocurrido en este proceso? Una vez que se aclaró ese problema y se aclaró de una manera correcta, cuando se estableció cuáles eran las funciones del núcleo, que algunos administradores pretendieron convertirse en «coyundas» del Partido. Es decir, aplicarle al Partido métodos también equivocados. ¿Con malas intenciones? No. ¿Por tener un mal concepto de los núcleos? No. Lo curioso es que era por todo lo contrario; por tener un buen concepto de los núcleos.

Nuestras Comisiones llegaban a un centro de trabajo, organizaban un núcleo, y a los pocos días el Administrador de la Empresa o del Consolidado sacaba un obrero de aquel núcleo y lo mandaba de jefe de una unidad, y le daba tal cargo; y empezaron a desbaratar núcleos. Entonces, nosotros discutimos, y se estableció que los Administradores no podían disponer de un miembro del Partido de esa forma, ni para nombrarlo Administrador ni para trasladarlo, sin discutirlo con la Seccional (Aplausos).

Es decir, que en una ocasión fue necesario defender la administración contra métodos erróneos, y ahora hay que defender al Partido contra métodos erróneos de la administración. ¡Bonita cosa!, y además hecha con gran cariño, y en virtud de ese gran cariño haciéndonos un gran daño. Por aquí tengo la lista —no la voy a leer porque es muy larga— de administradores que se llevaron a los del núcleo; y aquí estamos hablando para los administradores, no sólo para los compañeros del Partido, que los compañeros del núcleo no pueden ser ni ascendidos a otro trabajo fuera de su centro, ni trasladados sin discutir con el Partido (Aplausos).

De los administradores hay que defenderse, incluso de los buenos administradores, a veces por ser, incluso, demasiado buenos. Aquí hay que defender a muchos frentes de trabajo de otros frentes de trabajo.

Quizás ustedes no se imaginen cuánta lucha tenemos que librar: aquí hay empresas que tratan de llevarse empleados de otras empresas del Estado, del Estado Socialista. Que se encuentran un buen técnico, un buen contador, cualquier cosa entonces le ofrecen un sueldo mejor. Eso se llama piratería de técnicos y de obreros (Aplausos).

Hay empresas que practican esa piratería —ése es uno de los problemas—, no sólo le piratean al Partido un militante, a veces le piratean a otra empresa un técnico. ¿Qué otro acto de piratería realizan algunas empresas? Uno que realmente nos duele mucho, pero mucho: piratean estudiantes, y quieren llevarse los estudiantes de una Escuela Técnica, o de una Secundaria. La Revolución por un lado haciendo un enorme esfuerzo en la educación para preparar técnicos, y un administrador que se lleva un estudiante de una Escuela Tecnológica.

Hacemos una Escuela de Pescadores para preparar los futuros navegantes con una técnica mucho más moderna, los futuros tripulantes de barcos que tendrán una capacidad de producción incomparablemente mayor, y cuando se van de vacaciones hay administradores de Cooperativas Pesqueras que contratan a algunos de esos estudiantes.

Por lo general a los mejores. Piratería de estudiantes.

Todos estos actos de piratería dentro del Estado Socialista nos obligan a tomar medidas: tenemos que proteger a los estudiantes. Se ha dado el caso de llegar una madre muy disgustada, muy triste, porque su hijo que estaba en una beca le han ofrecido un trabajo de ciento y tantos pesos y se fue de la beca.

Estamos estudiando una ley para prohibir la contratación de estudiantes (Aplausos), de estudiantes secundarios, tecnológicos, incluso de Primero y Segundo año universitario.

¿Qué descubrimos? De quinientos estudiantes de Primer año de tecnología, trescientos trabajando con un sueldo promedio de 180,00 dólares, ¡porque algunas empresas pagan!, pagan bien.

Y poner limitaciones a la contratación cuando están en los demás años universitarios.

¿Qué hemos hecho ahora con los estudiantes de Medicina? Subsidiar a los que estaban trabajando para que pudieran disponer de todo su tiempo para estudiar, y por otro lado nos llevan a los estudiantes a trabajar.

Son una serie de cuestiones que tienen que ver con la educación, claro que estamos en una etapa de tránsito. En el futuro tendremos que complementar la docencia con el trabajo, pero trabajo como parte de la docencia. Y entonces considerar los casos especiales en que se le pueda presentar una verdadera necesidad a un joven de trabajar, porque hay casos de compañeros que tienen el infortunio de perder el padre y se tienen que responsabilizar con la familia, hay que estudiar esos casos. ¿Que es un buen estudiante, un estudiante que el país tiene interés en que se prepare? : ayudarlo de alguna manera y que siga estudiando (Aplausos); ¿que es un estudiante muy destacado pero tiene necesidad? : se le puede autorizar. Todas esas cosas organizadas.

Creo que era imprescindible ponerle el Año de la Organización a éste; no es porque no hayamos avanzado en organización sino porque tenemos muchas cosas que organizar: el problema de los empleos, del control de los empleos. Tenemos dos males; uno: el empleo por la libre; otro: las trabazones todavía, las imperfecciones de nuestro aparato encargado de organizar el control de los empleos. Y estamos estudiando, precisamente, cómo establecer un método flexible, práctico, que implique algún control y al mismo tiempo no se convierta en un control excesivo. Un método flexible, pero se dan todos esos casos.

Nosotros hemos discutido con los compañeros Jóvenes Comunistas también un método, a nuestro entender erróneo. En primer lugar: el número de cuadros en la Organización Juvenil en la provincia de La Habana era seiscientos; los del Partido doscientos y tantos. Un número realmente desproporcionado de cuadros en la Organización Juvenil; eso es erróneo. Pero sin embargo había algo que nos preocupó más realizado también con magníficas intenciones, pero equivocado; ¿qué era? El reclutamiento, para cuadros de la Juventud, de los mejores estudiantes, de donde en un centro hacían joven comunista a un gran muchacho, pero al mismo tiempo se lo llevaban después para convertirlo en cuadro.

La intención es muy buena, pero el método —a nuestro juicio— equivocado. Lo que tiene que hacer un joven antes que nada es prepararse, adquirir una capacidad para prestar servicios útiles a su país o producir bienes materiales. Cómo vamos a convertir a un joven de 16 años en cuadro profesional, sin que llegue nunca a ser trabajador, sin que llegue a saber, a adquirir una capacidad para producir

o para servir a su país. Y si resultaba que al cabo de dos años se considera que no es bueno para cuadro político, entonces no es cuadro político ni tiene capacidad alguna para servir al país. Y además, ¿cómo vamos a convertir a un joven en un cuadro profesional a los 16 o 17 años? No puede ser, y la primera obligación del joven es capacitarse, prepararse que sea Joven Comunista, que sea un cuadro de los Jóvenes Comunistas, pero que siga en el centro de estudio, y además que estudie, no sea que se pase todo el día en reuniones. Que estudie y que se desarrolle como técnico, después se desarrolle como obrero, que deben ser los requisitos indispensables para ser un cuadro de los Jóvenes y del Partido en el futuro. Por qué lo vamos a frustrar (Aplausos).

Según nuestra opinión, a esos jóvenes les estaríamos haciendo un gran daño. Por eso hay que defender también a esos buenos estudiantes de ese método. Y el número de cuadros profesionales, tanto del Partido como de las organizaciones de masas, debe ser el mínimo, porque mientras más a consumir y menos a producir, menos bienes materiales para el país (Aplausos).

Los cuadros son imprescindibles; las organizaciones y, sobre todo, el Partido, los necesitan. Pero debe siempre seguirse el criterio de tener el mínimo de cuadros para el trabajo de las organizaciones de masas y para el Partido; porque tenemos muchas organizaciones de masas.

Si hipertrofiamos la institución del cuadro profesional, le estaremos haciendo un daño a las organizaciones y le estaremos haciendo un daño al país. Ese es el criterio que debemos seguir.

Hay ciertos problemas que se han suscitado, porque mientras hemos estado en este período de reorganización, naturalmente que el Partido no ha podido estar asumiendo las tareas que le corresponden, y ha habido cierta tendencia a la autodeterminación de las organizaciones de masa. Y esta cuestión debe comprenderse bien.

Nosotros hemos dicho que el Partido gobierna, pero el Partido no gobierna en todos los niveles. El Partido gobierna a través de su Dirección Nacional, y por medio de la administración pública. Es decir, que el Partido, a nivel provincial, no puede tomar una decisión que se refiera a una organización administrativa o de producción, de carácter nacional. No puede el Partido en la provincia alterar la decisión de un Ministerio; puede discutir, puede plantearle al Ministro correspondiente, por medio del Partido o directamente, un punto de vista.

Ocurría a veces, como el caso de Baracoa, donde el INIT tenía un bar. Entonces, desde luego, no sé si allí o en otro lugar, porque no quiero hacer ninguna imputación de la que no esté muy seguro... pero no sé si era en Baracoa, o el administrador de otro bar en otro lugar solitario, que estaba borracho todo el día. Entonces nadie tenía que ver con eso. El INIT estaba en La Habana, ninguna autoridad local podía decidir nada. Hay una serie de empresas artesanales que no se pueden meter en un Consolidado, porque los Consolidados a veces son barriles sin fondo donde se pierden las empresas artesanales (Aplausos).

Hay que tener en cuenta el Consolidado, la función que llena, en qué tipo de empresa. Consolidado de Industria Azucarera, perfecto, porque es un tipo de gran empresa, que tiene una serie de problemas técnicos similares. Pero ahora resulta que una fabriquita de ladrillo, un «timbiriche», un puesto de fruta —porque en este país habían muchas empresas artesanales correspondiente a su estado de subdesarrollo—... Naturalmente que las empresas artesanales de zapatos, de confecciones, de tabaco, van desapareciendo, producto de la racionalización. Que, por cierto, al racionalizar esas empresas, hay 40 mil obreros dispo-

nibles para otras industrias; que el Ministerio de Industrias tiene un plan de preparación tecnológica de esos obreros, y que serán los que empezarán a ocupar los puestos en las nuevas industrias que se están construyendo. Eso es muy correcto. Pero la racionalización deja 40 mil obreros libres para otras industrias; 40 mil obreros, porque el trabajo que ellos hacían en un «chinchalito» lo hace una máquina, lo hace una fábrica más moderna.

Pues hay infinidad de «chinchales» todavía. Que se fue un bodeguero de tal pueblecito, entonces lo metieron en un Consolidado de esos...

U otra cosa, Varadero. Allí había doce Consolidados mandando. Entonces se hizo un combinado, es decir, una sola autoridad, que tuviera autoridad sobre todas las empresas, porque si no habían doce autoridades con mandos, con jurisdicción superior en la capital.

Son una serie de cosas que la vida práctica nos tiene que ir enseñando cómo resolverlas de manera inteligente y de manera correcta. Entonces, nosotros estamos haciendo un experimento. ¿Qué vamos a poner allí? Las empresas pequeñas: un cine, un bar, una cafetería, una empresa pequeña, administrados por la localidad; no las fábricas grandes. Y, desde luego, estando conscientes de que este tipo de empresa desaparecerá con el desarrollo; y, entonces, en vez de 20 «timbiriches» habrá un gran centro o dos centros grandes, que pueden ser administrados de otra manera. Y no para desarrollar estas empresas artesanales, sino para administrar las que hay y que prestan algún servicio.

Se cae un poste eléctrico, atraviesa una calle en un pueblecito, y no hay quien resuelva el problema, porque no hay ninguna autoridad allí. ¿De quién es eso? De Obras Públicas, pero es que tiene que haber un poder local y una organización local que atienda los problemas y los intereses de la localidad, y, al mismo tiempo, administre esas empresas de tipo artesanal (Aplausos).

Similares medidas se están tomando en las montañas sobre todo en las montañas de Oriente, y se van a organizar los JUCEI de las montañas, que van a atender ciertos servicios que sólo los puede atender un organismo que esté allí mismo y que el nivel de decisión esté allí.

Porque se cae un palo por donde los guajiros atraviesan un río, y no nos vamos a poner a esperar que la Junta de Planificación decida cuándo hay que poner el palo aquél otra vez allí (Aplausos). Porque, señores, yo he visto que hay organismos nacionales qui ni siquiera saben que una región existe a veces; y a veces se queda un rincón olvidado del mundo.

Ejemplo: Pión, en Oriente. Tenía un matadero, pero consolidaron los mataderos y lo llevaron para Niquero; tenía una Cooperativa Pesquera, pero consolidaron la Cooperativa y se la llevaron para Manzanillo; tenía almacenes, pero consolidaron los almacenes y se los llevaron no sé para dónde. Entonces, allí no había ni matadero, ni Cooperativa, ni nada: olvidado el pueblo por allá. Entonces nos enteramos ¿por quién? En este caso no nos enteramos por el Partido, es realidad. Cuando llamamos a los compañeros del Partido, dijeron: «Ahora estamos discutiendo eso». Pero llegó la noticia aquí, primero, por compañeros que habían ido de visita, que por el Partido; e inmediatamente los compañeros mandaron dos cuadros políticos allí para que impulsaran el deporte, atendieran todos los problemas; porque se queda un lugar olvidado... De ahí la importancia de que exista el Partido en todas las localidades, organizaciones para atender problemas locales.

¿Qué les quiero decir con esto? Que hay muchas cosas por organizar. Es una suerte que no lo hayamos organizado, porque para haberlo organizado desde un buró, sin saber las realidades, que después se hace una Ley, y cuando se va a aplicar en la realidad encuentra mil problemas, porque no se ajusta a las realidades.

Tenemos que organizar el Estado socialista, la primera Constitución de nuestro Estado socialista (Aplausos).

La Administración Pública es un aparato de la vanguardia revolucionaria. El Partido dirige las organizaciones de masa en los distintos niveles; es decir, dirige nacionalmente. Y en las provincias el Partido dirige también las organizaciones de masa, sin interferir las funciones de tipo nacional, que se le asigne nacionalmente a una organización de masa; sin desconocer a la organización de masa, ni a la jerarquía dentro de la organización.

Se daba el caso, por ejemplo, que en un Municipio el Partido consideraba que un cuadro de una organización de masa no era bueno, y sin contar con la organización de masa sustituía al cuadro. El Partido debe discutir con la organización de masa, al nivel local o al nivel superior, pero no debe suplantar.

Ahora, el Partido dirige en esa localidad, para las tareas que le correspondan al Partido, a las organizaciones de masa y fiscaliza su trabajo, a nivel local, y a nivel provincial y a nivel nacional. Ahora bien, el Partido procura que las organizaciones de masa se desarrollen; no raquitiza las organizaciones de masa, no las anemiza, no las disminuye sino que procura su desarrollo.

Igual ocurre con la Administración Pública. El Partido ayuda a la Administración, trata de hacer desarrollar sus cuadros, y los cuadros administrativos. A veces un buen administrador requiere características distintas de un buen cuadro político. Por eso es erróneo.

¿Qué hacen los capitalistas? Los capitalistas, velando por sus intereses, tratan de escoger entre la gente que conocen y a veces de entre los mismos obreros, a aquél que tenga determinados requisitos que a él le interesan. Desde luego, hay una cuestión, y es que en el capitalismo muy desarrollado, es decir, en su fase imperialista, como dice Lenin, ya la producción es social, aunque la apropiación es individual. ¿Qué quiere decir? Que ya operan a través de enormes empresas.

Cualquier empresa monopolista desarrollada tiene cientos de miles de obreros; no se diferencia de una empresa socialista más que en una cosa: que la empresa monopolista es propiedad privada de un grupo de individuos, y la gran empresa estatal es propiedad del pueblo, es nacional, no es privada.

Nadie crea que hoy los capitalistas, ellos mismos dirigen directamente sus empresas; tienen empleados, los capitalistas están paseando por Europa, por los casinos, gastando el dinero. Los accionistas, los grandes accionistas ni siquiera ven las fábricas. No creen ustedes nunca que los accionistas de la United Fruit venían a ver cómo molía el antigua central «Preston». Ellos nunca venían a Cuba; ellos tenían administradores.

El pueblo debe tener sus administradores, y buenos administradores; administradores responsables. Tiene que saberlos escoger de entre la masa de los trabajadores, por sus cualidades (Aplausos). El Partido no suplanta a la Administración Pública, sino que la ayuda, la apoya; facilita el desarrollo de sus cuadros. El Partido no debe sustituir la función ni de la Administración ni de las organizaciones de masa.

Y eso es muy importante, que tengamos estas ideas claras, porque si no se produce la suplantación y la consiguiente anemización

de esas organizaciones. Y el Partido no administra directamente. Es la vanguardia, la organización que reúne a los obreros más avanzados, más revolucionarios; la espina dorsal de la Revolución.

Si un Secretario de una Seccional se dedica a administrar, a realizar funciones que corresponden a la Administración, abandona el Partido; las tareas que tiene que realizar dentro del Partido incesantemente. Y la más importante tarea es la política, no se olviden de eso. La experiencia nos lo enseña en todas partes.

A veces en una zona se ha hecho un gran esfuerzo de trabajo, de desarrollo económico; no hay un buen aparato político, y la zona es débil. Y dondequiera vemos incesantemente que hace falta el revolucionario, que hace falta la organización política. Y donde hay una buena organización política todo marcha.

Ahora, nosotros no podemos permitirnos el lujo de no tener una buena organización política en cualquier rincón del país. Y el cuadro político está siempre alerta, estudiando, analizando, explicando. ¿Que hay un problema que no se puede resolver? Se explica, se le explica a la masa, porque el pueblo entiende.

¿Qué le va a pedir el pueblo a los revolucionarios? ¿Que hagan lo que no pueden? ¡No! Les pedirá que hagan lo que sí pueden. Y cuando al pueblo se le explica una dificultad razonada, justa, lo entienden las masas inmediatamente.

Y el cuadro político debe estar para resolver lo que se pueda resolver, para explicar lo que no se pueda resolver, para gestionar, para hablar, para alertar. Si en un rincón del país hay una mala distribución, o una mala producción, o cualquier problema, la dirección política no tiene que enterarse porque venga un vecino de allí y lo diga. Para eso está el Partido, ojo atento a todos los problemas, trabajando con las masas, impulsando todo lo que pueda impulsar, explicando, resolviendo, gestionando, advirtiendo a los organismos superiores.

Y por eso la función del aparato político de la Revolución es fundamental. Pero ese aparato es un aparato que es producto de la selección, es una organización de selección; no es cuestión de cantidad, sino de calidad. Y si no es una cuestión de números, sino de calidad, ¿cómo van a mover a las masas? Precisamente, a través de las organizaciones de masa, porque nosotros hemos desarrollado poderosas organizaciones de masas.

He ahí el interés del Partido en que las organizaciones de masa se desarrollen, porque el Partido se apoya en las organizaciones de masa, se apoya en las organizaciones de masa y, por eso, procura que las organizaciones de masa estén bien, que funcionen bien los sindicatos, la Federación de Mujeres, los Comités de Defensa, los estudiantes, las organizaciones campesinas, porque se apoya en esas organizaciones para su trabajo.

Si una organización está débil, el Partido tendrá un brazo débil.

Los jóvenes, ¿qué son? ¿Una organización de masa? No, son también una organización de selección; los Jóvenes son la organización donde se preparan los futuros militantes del Partido. Luego los Jóvenes no son autónomos, tienen su organización nacional, sus tareas nacionales, pero el Partido a nivel provincial, a nivel local, fiscaliza el trabajo de los Jóvenes y dirige el trabajo de los jóvenes.

Porque es lógico que sea así, puesto que la máxima autoridad política es el Partido con las organizaciones de masas, y con tanta mayor razón con respecto a los jóvenes. Los jóvenes se disgustan, son un poco celosos de sus prerrogativas, protestan, discuten. Pero, bueno, al fin y al cabo, ¿quién puede decir aquí que es más viejo que los demás o más joven que los demás? En definitiva, esta Revolución es joven.

No podemos crear un grupo aparte, exclusivo (Aplausos).

Estas cuestiones de conceptos hay que aclararlas bien. Muchas veces más tendremos que discutir sobre todos estos problemas.

¿Qué hemos procurado hacer? Hemos procurado ir despacio, ensayar, no inventar métodos en un buró y después llevarlos a una realidad a la cual no se ajusta. Hemos procurado aprender del trabajo diario. La Revolución tiene muchos asuntos que resolver todavía, muchas cosas; nuestra Revolución ha procurado no ser formalista.

¿Qué quiero decir? No resolver las cosas por razones meramente formales, sino atender las realidades, y que cada institución y cada forma responda a las realidades.

¿Qué tareas nos quedan por delante? Infinidad de tareas. Por ejemplo: el poder local. La Revolución tiene que organizar el poder local, es importantísimo, y eso no está resuelto. Hay que resolverlo.

¿Cómo lo vamos a hacer? ¿Se van a sentar un grupo de juristas y de filósofos a discutir cómo debe estar organizado el poder local, hacer una Ley y decretarla? No. Estamos haciendo un ensayo. Y el Partido en la provincia de La Habana, en el término municipal de Güines, está realizando un ensayo de organización de poder local, estructura, formas de elección; lo vamos a hacer en una localidad. ¿Para qué? Para ver sus defectos, para mejorarlo, y con la experiencia que obtengamos irlo aplicando a otras regiones. De manera que esas organizaciones respondan a las realidades y no a las ideas subjetivas, que no salgan de la cabeza de nadie, sino que salgan de la realidad. Y la realidad enseña, ustedes lo saben por experiencia.

Podíamos haber llenado ese vacío con un acto formal, una Constitución formal. No queremos eso. Por eso tenemos que organizar el Partido primero que nada, y después la organización del poder local y de todas las lagunas que nuestra Revolución está por llenar y que no ha podido llenar en cuatro años; más cuando aquí todo el mundo ha tenido que invertir un buen tiempo en aprender a ser miliciano, entrenarse, estar en la trinchera, hemos tenido que vivir... El imperialismo nos impuso la necesidad de armarnos para existir; hemos tenido que defender la existencia. Y claro, hemos tenido que dedicar a eso recursos, energías, hombres.

Ahora mismo tenemos un problema, una enorme cantidad de equipos, magníficos equipos que tenemos —ustedes vieron algunos desfilar por allí—, pues tenemos que encontrar el personal técnico. A veces se necesita un bachiller, y entonces no sabemos qué hacer, si sacarlo de una Escuela Tecnológica. Entonces, si lo sacamos de la Escuela Tecnológica, ¿cómo nos la arreglamos para que forme parte de aquella unidad y, al mismo tiempo, pueda seguir estudiando? Buscar la unidad de los contrarios de una manera dialéctica, éstos son problemas que se nos presentan todos los días.

Necesitamos un buen técnico para que maneje un cohete tierra-aire, pero, al mismo tiempo, tenemos que sacarlo de una escuela. Nos duele perder un técnico, ¿qué hacer? Entonces, hay que buscar una fórmula que solucione y satisfaga las dos aspiraciones.

No estamos pensando, compañeros para ahora, estamos pensando para mañana. Y una de las cosas que quiero decirles de corazón a ustedes aquí, es que no pensemos en el presente, el presente es de lucha; hay que trabajar para el futuro... (Aplausos) Los revolucionarios tienen sus ojos puestos en el futuro. Lenin y sus compañeros de Revolución, cuando comenzaron la lucha en la Unión Soviética allí no se fabricaba ni un tractor en aquella época, posi-

blemente no tenían ni un avión. Pero fueron los que crearon la posibilidad de todo lo que hoy tienen. No llegaron a ver los sputniks, ni una estación o una nave rumbo a Marte, pero trabajaron para eso.

Los revolucionarios —y aquí estamos entre revolucionarios— trabajamos para el futuro. Por eso nos preocupamos tanto por preparar maestros, por preparar técnicos. Y hacemos la lucha.

Sabemos nuestras deficiencias —hay que saberlo—, el valor de saberlo y de verlas, y de luchar contra ellas. Claro, el enemigo trata de aprovecharse de nuestras deficiencias. Al enemigo le decimos: «usted no tiene derecho a criticar». Puede criticar el revolucionario, que está luchando por hacer esta Patria mejor. (Aplausos). La gusana contrarrevolucionaria (Chiflidos), cuando critica, critica por hacer daño a la Revolución.

No olviden ustedes que una de las razones por las que les decía que una revolución es un proceso muy difícil es porque la lucha sería comienzo cuando, precisamente, el proletariado está en el poder. Entonces, las clases que monopolizaban el dinero, la cultura, pues, se valen de todos los medios, incluso de todos los vicios que crearon. Los lumpen —por ejemplo—, que son producto de esa sociedad, terminan en contrarrevolucionarios. Que, muchas veces, se dice, ¿quiénes integraban esa banda? Se encuentran elemento lumpen.

El capitalismo dejó todo tipo de vicio, juego, jugadores de todas clases, gente vaga, holgazana, por dondequiera. Luego usted llega a un pueblito y se encuentra diez mozalbetes jugando billar allí. ¿De qué viven? ¡De su papá! Y unos cuantos pepillos hijos de burgueses no hacen nada. Y terminan porque el caldo de cultivo del vicioso es el capitalismo. Bajo el capitalismo el jugador está bien, el mariguanero está bien, el vago está bien. Ese es su medio. El proxeneta y toda esa clase de elemento...

Vino la Revolución y, como les priva de su manera de vivir, reaccionan como los latifundistas. Pero eso no es sólo. No olviden que los monopolios imperialistas trataban de sembrar su ideología en ciertos tipos de empleados privilegiados que tenían con ellos. No sólo está en el lumpen el apoyo de la reacción y de la contrarrevolución cuando intenta aplastar a las revoluciones proletarias, no sólo está en los grandes burgueses; está en cierto tipo de privilegiados, en el lumpen, en el pensamiento pequeño burgués. Porque hay gentes que no rebasan el marco ideológico de su clase. Hay gente que la rebasa, y así hay muchos que la han rebasado y que son magníficos luchadores revolucionarios.

Pero el enemigo del proletariado se apoya en todos esos sectores, desde el proxeneta hasta el gran burgués, el vago, el vicioso; toda esa gente son reclutadas por la contrarrevolución y están en todas partes aprovechándolo todo.

Por eso el revolucionario tiene que estar también en todas partes, luchando contra todos los vicios (Aplausos), haciéndole frente sin temor a los reaccionarios, y combatiéndolos en los frentes que sean necesarios, lo mismo en la discusión que en el campo de batalla, venciendo contra ellos! (Aplausos). Al revolucionario no le atemoriza la lucha porque es en la lucha donde se desarrollan los combatientes.

Y, volviendo a recordar nuestra experiencia de la guerra, nuestros oficiales, nuestros jefes, se hacían en la acción, en la lucha.

Si el imperialismo quiere presentar batalla, movilizar su gusana, promover la subversión, no importa. Eso tiene también una vir-

tud y es que vigoriza al revolucionario, lo enardece, le despierta su espíritu de pelea. Y eso lo hemos visto una y mil veces: una Unidad que está sin hacer nada, que apenas viene un enemigo se porta distinto, reacciona distinto. La Revolución necesita al enemigo, el proletariado no rehuye al enemigo, necesita al enemigo (Aplausos).

El revolucionario para desarrollarse necesita su antítesis que es el contrarrevolucionario (Aplausos). Y ése es el espíritu que deben tener los revolucionarios.

Seguro que en las masas están los valores, que la columna es grande, que la columna es poderosa, que la columna del pueblo en marcha es invencible cualesquiera que sean los obstáculos. Y nosotros sabemos que los tenemos. Cualesquiera que sean nuestras deficiencias, sabemos que las tenemos, muchas cosas por superar en todos los campos.

Y, en el campo de la producción, es verdad que se nota el esfuerzo de la organización en nuestros frentes de la producción, se nota. Estamos avanzando, pero sabemos que hay que avanzar mucho más, que hay que resolver muchos problemas, los problemas relacionados con las normas de trabajo, con las escalas de salario, con un sin número de cosas para las cuales hay que trabajar duro y buscar fórmulas adecuadas, fórmulas inteligentes, todas las que conduzcan al desarrollo de nuestra economía, al aumento de nuestra productividad, a la seriedad de nuestro trabajo, a la calidad de nuestro trabajo. Lo sabemos, son muchas pero podemos afrontarlas, podemos resolverlas.

Y, ¿que las tenemos que resolver bajo la «espada de Damocles» de los imperialistas? Bien, no importa. Mejor, más honra, más gloria para nuestro pueblo, más influencia. Porque una de las cosas que más hace influir a Cuba es que tiene una antítesis tan grande como los imperialistas y, sin embargo, no pueden contra ella. Y los pueblos de América Latina se preguntan: ¿por qué, por qué? (Aplausos).

Compañeros y compañeras: estas cuestiones no abarcan todos los temas ni muchas cosas más que son de interés para los militantes revolucionarios, pero eran cuestiones esenciales que no queríamos perder la ocasión, en el día de hoy, de expresarles.

Quiero hacer —para finalizar— una breve incursión en el campo de la situación internacional (Aplausos). Sabido es que los imperialistas intentan, persisten en sus propósitos de destruir nuestro país, nuestra revolución. Lo sabemos. ¿Podemos defendernos? Sí, eso lo sabemos.

No vamos a hablar de hechos recientes que ustedes han leído en la prensa, entre otras cosas: el que hayamos sorprendido «in fraganti» un grupo de piratas (Aplausos) enviados por el C.I.A.; las amenazas de los imperialistas con motivo del reconocimiento que hicieron dos aviones nuestros sobre un barco pesquero que ni siquiera tenía bandera, y que fue reconocido por aviones nuestros buscando los barcos que se habían llevado los piratas, situación —desde luego— que es consecuencia del estado de caos que han creado los imperialistas en nuestros mares, de inseguridad promovida por ellos contra la navegación. Han cometido infinidad de fechorías, de actos de vandalismo.

Descaradamente, después, publican en Estados Unidos lo que hacen. Practican la piratería, y cuando nuestro país toma medidas contra ella, salen los imperialistas con sus amenazas cínicas. Pero yo no sé cuándo van a aprender los imperialistas que no sentimos por ellos

ningún respeto, absolutamente ningún respeto (Aplausos).

Desde que nuestro pueblo dijo Patria o Muerte, ya se quedó bien convencido de que sabía que cualesquiera que fuesen las consecuencias de su digna actitud se mantendrían en su posición revolucionaria. Patria o Muerte quiere decir también aquello que dijo Marx a los proletarios cuando dijo: «no tienen otra cosa que perder que sus cadenas». Y nosotros no teníamos otra cosa que perder que nuestras cadenas (Aplausos). Y los imperialistas tienen mucho que perder por que tienen un imperio que perder.

Y ésta es la lucha entre los que sólo pueden perder sus cadenas, cadenas que ya hemos roto y que no estamos dispuestos a que las fundan otra vez sobre nuestros hombros (Aplausos), no estamos dispuestos a que nos aten otra vez con ellas. Y los imperialistas tienen un imperio que perder, y por eso entendemos que nuestra actitud es por eso más firme y más decidida que la de ellos.

No les tenemos miedo, y creo —creo— que lo saben (Risas), aunque se hacen los bobos (Risas). Ellos tienen miedo, porque ellos tienen miedo hasta de su propia sombra, y nosotros no sentimos hacia ellos ningún respeto, ningún miedo.

Hoy, al llegar aquí, llegó un cablecito de la UPI —porque tengo dos cables que leer aquí—. El de la UPI dice:

«El Secretario de Defensa, Robert S. Mac Namara declaró hoy ante la Comisión de Servicios Armados del Senado, que es política de Estados Unidos la eliminación de Cuba tanto del castrismo como del comunismo». —No sé por qué establecen esta diferencia— (Aplausos).

Así que «que es política de Estados Unidos» que ésa, es la política.

«Mac Namara hizo esta declaración al término de cuatro días de sesiones secretas para discutir cuestiones relacionadas con la defensa de la Nación. Parte de sus observaciones fueron reveladas a la prensa por el senador Richard B. Russell, Presidente de la aludida Comisión».

Por su parte... —«mutilado», dice aquí el cable—. «En el futuro nuestros aviones devolverán cualquier ataque de que se haga objeto a la navegación norteamericana en aguas internacionales» —una amenaza—.

«El Secretario Mac Namara dijo, bien aclarado, «que seguiremos una política que tendrá por resultado la eliminación de Cuba del castrismo y del comunismo, ocupándonos, al mismo tiempo, de que el comunismo no sea exportado de la Isla a otros países de la América Latina».

«Interrogado sobre si Mac Namara había discutido los métodos que se utilizarán para llevar a la práctica esa política, Russell respondió que el Secretario de Defensa se refirió a distintas cuestiones específicas. Pero esas cuestiones son secretas, dijo». —Para nosotros no hay secreto, nosotros sabemos cómo piensan esos bandoleros.

Entonces dijo: «Estoy seguro de que nuestros aviones derribarán cualquier aparato de diseño ruso que parezca —que parezca— estar atacando nuestra navegación en aguas internacionales... —vean cómo los imperialistas cínicos fabrican esa leyenda—... aun cuando la nacionalidad del buque atacado no sea establecida positivamente de inmediato... —es decir, puede ser un buque pirata de los que ellos mandan aquí—... y luego empezaremos a preocuparnos sobre si se cometió algún error». ¡Habrán oído una declaración más cínica!

¡Qué cínicos y qué descarados son! (Gritos) Bueno: ¡Veremos a cómo tocamos! (Aplausos).

Todo el mundo sabe —lo sabe todo el mundo, los únicos que pretenden ignorarlo son estos descarados— cuál ha sido la política de Cuba, que Cuba nunca ha realizado actos de hostilidad contra ningún barco, que Cuba nunca ha obstruccionado los mares; ellos son los que han perpetrado todo tipo de vandalismos y fechorías, decenas de barcos nuestros han sido atacados, se han cometido crímenes de todos tipos, vuelan rasantes, provocadoramente, sobre cuanta embarcación surca los mares, embarcaciones desarmadas. Han cometido todo tipo de violaciones, y luego hacen declaraciones de este tipo, amenazadoras. ¡Siempre con la amenaza, siempre con la amenaza; pero esa amenaza es hija de la impotencia!

Nosotros no amenazamos porque no tenemos necesidad de amenazar, simplemente nos defendemos, y nos defendemos por todos los medios posibles, ¡nos defenderemos por todos los medios posibles! (Aplausos), ¡y todo el daño que traten de hacernos será el daño que trataremos de hacerles a ellos también! (Aplausos).

No somos nosotros los que provocamos, son ellos; no somos nosotros los que tengamos una guerra contra ellos, sino ellos los que tienen una guerra contra nosotros, guerra cobarde, guerra criminal, guerra bochornosa, guerra histérica, guerra impotente. Porque los hechos son los hechos, y aquí estamos y estaremos, ¡aquí está y estará este pueblo! (Aplausos).

Bien: acabo de leer lo que dijo MacNamara. Bien: aquí hay otro cable: lo que dijo en nombre del Gobierno soviético el Mariscal Rodión Malinovski, Ministro de la Defensa de la URSS (Aplausos y gritos de: «Fidel, Jruschov, estamos con los dos»), en un discurso pronunciado con motivo del 45 Aniversario de la fundación de las Fuerzas Armadas Soviéticas, cuyo texto será publicado íntegramente en nuestra prensa.

Dice, refiriéndose al problema de Cuba: «La amenaza de la guerra termonuclear quedó conjurada, pero ello no debe inducirnos a quedarnos tranquilos y menguar la vigilancia. El imperialismo norteamericano continúa con su pérfida política; él quisiera imponer su voluntad a todo el mundo, atropella el Derecho Internacional, la Carta de la Organización de las Naciones Unidas, se entromete descaradamente en los asuntos internos de otros países. Esto se pone particularmente de relieve, con toda nitidez, en relación con la República de Cuba, Estado independiente y soberano, miembro de la Organización de las Naciones Unidas. Pese a que el pueblo de cada país tiene derecho a elegir él mismo la forma de Estado que convenga a sus intereses, el imperialismo norteamericano no quiere, evidentemente, conformarse con que el pueblo de Cuba haya elegido la senda de la construcción de una nueva vida, la senda del socialismo».

«No podemos ser ingenuos y creer que los imperialistas han de puesto las armas. Los acontecimientos que hoy observamos demuestran a todas luces que no todos han aprendido aún a calibrar serenamente la correlación de fuerzas existente en el ámbito internacional».

«Los círculos reaccionarios más desenfrenados de los Estados Unidos, a los que los propios norteamericanos califican de frenéticos, continúan caldeando la tirantez en la prensa y en el Congreso, y exigen una política dura; sus declaraciones son a cuál más absurda. Senadores como Goldwater, Keating, Steaning, algunos miembros de la Cámara de Representantes y las fuerzas más agresivas que los apoyan, han levantado una algarabía histérica en torno de Cuba, y exigen

del Gobierno de los Estados Unidos que intervengan más brutalmente en los asuntos de la República de Cuba, hasta llegar al desencadenamiento de una guerra agresiva».

«El Gobierno Norteamericano estimula, de hecho, esta desenfrenada campaña. En todo caso, no disponemos de hechos que demuestren que los círculos imperialistas de los Estados Unidos se apartan de la política guerrera».

«Por si esto fuera poco, han emprendido la senda de nuevas provocaciones: envían sus submarinos contra nuestros pacíficos buques mercantes y, recurriendo a todo género de tretas peligrosas, se interponen en sus rutas, lo que puede resultar en extremo peligroso. Estas vilezas infringen las normas más elementales del Derecho Internacional y la libertad de navegación en mar abierto.

«Estas acciones van cargadas de graves consecuencias, y no se sabe cómo pueden terminar. La responsabilidad será de los Estados Unidos de América y sólo de ellos.

«Quisiéramos prevenir a los círculos agresivos de los Estados Unidos que la agresión a la República de Cuba significaría el comienzo de una tercera guerra mundial (Aplausos).

«Las fuerzas pacíficas del mundo entero no se limitarán a mandar protestas y organizar manifestaciones, ellas se alzarán en defensa del país agredido, y la Unión Soviética se encontrará en las primeras filas de los que acudan a su ayuda». (Aplausos).

«Las fuerzas pacíficas acudirán en ayuda de la República de Cuba, porque verán en esa guerra una guerra contra todos los amigos de la paz y de los derechos soberanos de los pueblos. Si las esferas agresivas del imperialismo no quieren respetar los principios de la ONU y desencadenan la guerra, esta guerra no se librará únicamente en territorio de Cuba, sino también en territorio de los Estados Unidos de América». (Aplausos).

«La política de los Estados Unidos con relación a Cuba, es parte de su política general agresiva. Nosotros no nos olvidamos de la declaración del Presidente de los Estados Unidos, Kennedy, de que en ciertas circunstancias es posible que los Estados Unidos tomen la iniciativa de un conflicto nuclear con la Unión Soviética. ¡La guerra preventiva! siempre ha figurado entre las posibilidades previstas por el Pentágono».

Y aquí, en otro cable que continúa en parte, dice: «Sostengo categóricamente que como respuesta a los 344 proyectiles, con los cuales nos amenaza el señor Mac Namara, lanzaremos un golpe simultáneo de muchos más proyectiles, y con una fuerza nuclear tan devastadora que eliminará de la faz de la tierra todos los objetivos, los centros industriales y político-administrativos de los Estados Unidos (Aplausos), y destruirá completamente los países que han cedido sus territorios para instalar bases norteamericanas».

«Una vez más recordamos firmemente a los líderes occidentales que la Unión Soviética no puede ser intimidada. La potencia de nuestro golpe de represalia será más que suficiente como para carbonizar a los agresores en las primeras horas de la guerra». (Aplausos).

Nosotros consideramos que ningunas palabras más adecuadas, para responder a las declaraciones de señor Mac Namara, que estas declaraciones hechas en nombre del Gobierno soviético. (Aplausos).

Compañeras y compañeros: Este será para nuestro Partido un día histórico: el día de la primera reunión de masas de nuestro Partido Unido, producto de la más estrecha hermandad y unión de to-

das las fuerzas revolucionarias, de todos los revolucionarios, cada vez más y más identificados en la causa que defendemos.

Muchos de nosotros, años atrás marchábamos en distintas Organizaciones; hoy marchamos en una sola organización; tuvimos nuestra historia individual, nuestras participaciones pasadas, hasta un día en que empezamos todos juntos a hacer la gran historia de la Patria.

El tiempo nos unirá cada vez más y más. ¿Por qué? Porque los años que tenemos por delante, y los años de Revolución que tendremos por delante, serán muchos más que los años de Revolución que tenemos por detrás.

A veces nos separaba: «Yo estuve en tal punto...» «Yo estuve en el llano...» «Yo estuve en la Sierra...» «Yo era de tal organización...» «Yo era de más cual organización...», refiriéndonos a nuestras historias de atrás. Lo que hay que ver es la gran historia que estamos haciendo todos juntos; la gran historia que tenemos por delante, su magnitud, su importancia supera a todo lo de atrás.

Y dentro de 10, de 20, de 30 años, no se hablará de los que estuvieron en tal o cual organización; sino se hablará de los que se unieron, y se hablará de la grande, la formidable organización que une a todos, que agrupa a todos y que marcha al frente de la columna, se hablará de los hombres y mujeres que organizaron el Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (Aplausos).

Compañeros y compañeras: La Revolución les ofrece trabajo, sacrificios, lucha. La Revolución al revolucionario no ofrece privilegios, los privilegios son para los «blandos». Para los revolucionarios la historia sólo tiene una cosa que ofrecer, la Patria sólo tiene una cosa que ofrecer: ¡sacrificios, lucha! ¡PATRIA O MUERTE! ¡VENCEREMOS! (Aplausos).

¡VIVA EL PARTIDO UNIDO DE LA REVOLUCION SOCIALISTA DE CUBA! (Gritos de Viva).

LA DISCUSION EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL

INTERVENCION DE SANTIAGO CARRILLO EN UNA REUNION DE CUADROS DEL PARTIDO, SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS DE LA SITUACION INTERNACIONAL Y DEL MOVIMIENTO COMUNISTA.

(Enero 1963)

Camaradas:

La discusión que acabamos de tener ha sido muy interesante y nos ha dado una idea más precisa sobre la situación; nos ha mostrado lo conseguido ya y lo que nos falta todavía por hacer. Trataré de sacar algunas conclusiones que no reflejen sólo mi opinión personal, sino la del Comité Ejecutivo del Partido.

Entramos en un nuevo año que, como se ha dicho aquí, puede ser un año crítico en el desarrollo de la política española. Y salimos de otro que será memorable, tanto por los acontecimientos internacionales sobrevenidos en él, como por los que tuvieron lugar en nuestro país.

En el terreno internacional, destaca por su importancia y sus repercusiones la crisis del Caribe. En torno a esta cuestión, nuestra discusión ha confirmado la existencia de una gran unidad de criterio entre nosotros. Sin embargo, como la crisis de Cuba dará todavía mucho que hablar, y debido a las diferencias existentes entre el movimiento obrero y comunista internacional y algunos de los Partidos que lo integran, creo oportuno detenerme, en primer lugar, en cuanto se relaciona con dicha crisis.

Sobre su solución creo que hay poco que añadir a lo dicho aquí, es evidente que la decisión tomada por los camaradas soviéticos ha salvado la revolución cubana, amenazada por el intento de invasión yanqui, y, al mismo tiempo, la paz mundial. Diciendo esto, nadie pretende que haya desaparecido *definitivamente* todo peligro para la revolución cubana y para la paz. El mantenimiento de una paz permanente no depende de un acto único, por importante que sea, sino de una política continuada, de una serie de medidas apropiadas para desbaratar en cada caso particular los planes de los círculos agresivos del imperialismo. Durante muchos años aún la defensa de la revolución cubana será una tarea diaria del pueblo

cubano, de la Unión Soviética y del campo socialista, de todas las fuerzas progresivas del mundo. Las declaraciones hechas después de la crisis de octubre por el camarada Jruschov y por el camarada Fidel Castro, están ahí para recordárnoslo. Pero un hecho queda en pie, que no deja lugar a duda alguna: en octubre del año pasado los camaradas soviéticos han salvado la paz, la revolución cubana y la existencia misma de Cuba, y Kennedy ha tenido que comprometerse públicamente a no invadirla.

Cierto, el respeto de este compromiso, como de todo compromiso contraído por los imperialistas, depende de la firmeza del pueblo cubano, expresada en su consigna «Patria o muerte», depende de la vigilancia y de la lucha de las masas populares, y de la consolidación y fortalecimiento del campo socialista y del movimiento obrero y comunista mundial. Por el momento, he aquí lo que escribe un contrarrevolucionario cubano, Rosendo Cantó, en ABC del 9 de enero:

«Nada halagüeño para los cubanos se presenta este año que comienza. Hace un par de meses las esperanzas de liberación sufrieron un duro golpe cuando se produjo, a espaldas del pueblo de Cuba, la extraña negociación ruso-yanqui...»

«Los cubanos sorprendidos en actividades antirrojas en territorio yanqui, van a parar a las cárceles. Otros — ¡pobres compatriotas cándidos e ilusos! — que se pusieron el uniforme de soldado norteamericano para poder así «ir a liberar a Cuba», serán enviados nada menos que al Congo, a combatir contra Tsombé!

«Bien claro está que nada puede esperar el pueblo cubano de los Estados Unidos para realizar su independencia de Rusia!».

Los plañidos de este «gusano» son bien diferentes de aquellas arrogantes fanfarronadas publicadas en la misma prensa anteriormente, según las que la «mano dura» de Kennedy había hecho «capitular» a la Unión Soviética. Fijaos en el curioso detalle siguiente: algunos plumíferos reaccionarios exhortan a Kennedy a utilizar «la política del bastón» contra la Unión Soviética y el campo socialista, partiendo del supuesto de que es esa la política que ha dado «resultados» en la crisis del Caribe. Y sin embargo, tras esta crisis, la realidad es que parece como si Kennedy estuviera empleando «la política del bastón» no contra la URSS, sino con sus propios aliados: los ingleses, franceses, alemanes y otros integrantes de la alianza atlántica. Ello demuestra, al menos, que Kennedy ha comprendido mejor que dichos plumíferos la esencia de la crisis del Caribe.

Nunca se subrayará bastante la inteligencia con que los camaradas soviéticos supieron resolver esa crisis, cuando el horizonte parecía cerrarse, cuando las gentes contemplaban con angustia la apocalíptica amenaza de una guerra termonuclear que podía materializarse en horas, en minutos, y no veían cómo podía conjurarse la catástrofe, que iba a comenzar borrando del mapa al heroico pueblo cubano.

Diferenciaciones necesarias

Los camaradas soviéticos, y a su cabeza el camarada Jruschov, han procedido con gran serenidad e inteligencia. Han tenido en cuenta que si bien, en bloque, el imperialismo americano es el

enemigo de las revoluciones populares y de los movimientos de liberación, dentro de ese imperialismo hay grupos más agresivos, más aventureros, y grupos que comprenden que la guerra termonuclear será el suicidio para el imperialismo y prefieren otros métodos. Procediendo así, los dirigentes del PCUS han seguido fielmente las enseñanzas del gran Lenin. Este, después de la paz de Brest Litovsk, condenando al rapaz imperialismo germano que aprovechaba la debilidad del Poder soviético naciente para imponer condiciones leoninas, distinguía en el imperialismo alemán lo que él llamaba dos partidos: uno representado por grupos burgueses, rapaces, pero calculadores más inteligentes, que querían asegurarse una tregua en el frente oriental; otro, el «partido militarista», más ciegamente agresivo, que sin tener en cuenta las realidades, pretendía continuar la guerra también en dicho frente. Esta diferenciación no era un punto de vista académico, sino la base sobre la que la revolución podía lograr una tregua, aunque fuese onerosa, indispensable para organizar sus fuerzas.

Es evidente que en Estados Unidos, en el seno del imperialismo americano, hay grupos más agresivos, más aventureros que estarían dispuestos, por odio al socialismo, a provocar una contienda termonuclear; y grupos que prefieren seguir otros caminos para realizar sus fines imperialistas, y que entre dichos grupos hay diferencias, si no en cuanto al fondo, es decir, en cuanto a la esencia imperialista de su política, sí en lo que concierne a los métodos para realizarla. Al aceptar la retirada de los cohetes balísticos instalados en Cuba el camarada Jruschov facilitaba el predominio de los grupos menos agresivos sobre los grupos más agresivos en los Estados Unidos, y evitaba la invasión yanqui contra Cuba, y a la vez la guerra mundial termonuclear.

¿Era justo tener en cuenta estas diferencias dentro del imperialismo americano y utilizarlas en favor del pueblo cubano y de la paz? Ningún marxista leninista podría negarlo: era completamente justo. Era lo único que cabía hacer.

¿Quiere ello decir que Kennedy no sea un imperialista, que Kennedy no tenga como objetivo la dominación mundial, que Kennedy sea un «amante de la paz»? Ciertamente no. Kennedy es un imperialista; pero un imperialista que comienza a percatarse de que la guerra mundial termonuclear no conviene tampoco al imperialismo; y que se esfuerza por buscar otros caminos. El sueño de Kennedy es aislar a la Unión Soviética, debilitarla; dividir el campo socialista, romper la alianza entre éste y los países del llamado «tercer mundo», y crear así condiciones favorables para sus propósitos de dominación.

Pero sean cuales sean los proyectos de Kennedy lo cierto en este caso es que convenía a Cuba, convenía a la Humanidad entera llegar a un acuerdo para impedir la invasión y evitar la guerra. La solución de la crisis del Caribe muestra, en contraste con quienes simplifican infantilmente estas cuestiones, cuán compleja es la lucha por la paz, la democracia y el socialismo, cuán compleja es la lucha contra el imperialismo. En esa lucha no obtendremos la victoria con clichés y con fórmulas vacías, sino con una política creadora, apoyada en los principios del marxismo-leninismo; una política que tenga en cuenta todos los diversos y contradictorios factores que existen en la situación mundial.

Ni «aventurerismo» ni «capitulación»

Tras la crisis de Cuba algunas personas simples se hacen la siguiente pregunta: «¿Qué necesidad había de enviar cohetes balísticos a Cuba para retirarlos después?» A esta reacción simplista, de gentes honestas pero mal informadas, desconocedoras de todos los elementos de la situación, hay quienes tratan de darle una *dimensión teórica*, planteando que la Unión Soviética ha incurrido en «aventurerismo» al enviar los cohetes a Cuba y en «capitulación» al retirarlos.

Tal especulación seudomarxista exige que expliquemos a las personas que ignoran toda la complejidad del problema, por qué la Unión Soviética envió primero cohetes a Cuba y los retiró después.

¿Necesitaba la Unión Soviética, para su defensa, instalar bases de cohetes balísticos en territorio cubano? Es evidente que no. Es de todos conocido que la Unión Soviética posee cohetes estratégicos con los que puede alcanzar no importa qué rincón del mundo, cohetes muy superiores a los americanos. Posee también la Unión Soviética el «cohetes global», con el que podría batir cualquier objetivo, desde la dirección más inesperada. Además su flota submarina atómica puede lanzar cohetes imparables sobre los más diversos puntos del globo. La Unión Soviética no posee ni desea bases militares en países extranjeros; por su propia iniciativa retiró hace años las que poseía en Finlandia y en China. No cabe duda: la Unión Soviética para su propia defensa no necesita instalar cohetes en Cuba.

Si a pesar de ello fueron instalados allí cohetes soviéticos, la razón hay que buscarla en el hecho de que la defensa militar de la revolución cubana es una tarea compleja, y de que durante el verano pasado había motivos más que suficientes para pensar que los americanos estaban organizando la invasión de Cuba.

El pueblo de Cuba es un pueblo heroico, dispuesto a defender hasta la muerte su independencia y su régimen social que ha conquistado la merecida admiración del mundo entero. Pero es un pueblo de seis millones de habitantes, que carecía de industria y poseía una agricultura de monocultivo. Las centrales térmicas de Cuba marchan a base de petróleo y el embargo americano sobre el petróleo, en otras condiciones históricas, hubiese significado la parálisis del país. Geográficamente, Cuba se encuentra en un área en la que los norteamericanos pueden fácilmente concentrar fuerzas militares poderosísimas para asestar un golpe destructor. En estas condiciones, la unidad y el heroísmo del pueblo cubano si bien son un factor primordial no son suficientes para garantizar su independencia; el apoyo de los pueblos, el apoyo del campo socialista, y muy particular y decisivamente, el apoyo de la Unión Soviética son el factor decisivo en la defensa de la revolución cubana.

En respuesta al embargo americano la Unión Soviética ha tendido un puente de petroleros y con él ha salvado a Cuba; la URSS y los países del campo socialista han suministrado al pueblo cubano cuanto necesitaba para subsistir y le están ayudando a diversificar su agricultura y a montar una industria moderna.

La Unión Soviética ha facilitado además a Cuba las armas y los elementos necesarios para organizar un ejército. No obstante, por muy fuerte y heroico que sea el Ejército popular cubano, por

muy moderno que sea su armamento, es evidente que Cuba, militarmente hablando, está en condiciones de inferioridad frente a los Estados Unidos. Lo que frena decisivamente a éstos, junto al poderío del Ejército popular cubano, es el hecho de que la Unión Soviética, con toda su potencia, está detrás de Cuba. Más concretamente, el freno principal a las intenciones agresivas yanquis lo constituyen precisamente las armas atómicas soviéticas. La garantía de la paz para Cuba está hoy en la amenaza potencial de las armas de destrucción masiva soviéticas. Ciertamente que la presión política de un mundo en el que los Estados socialistas y los Estados liberados del imperialismo pesan ya extraordinariamente supone también un freno de carácter moral y político muy importante. Pero en último extremo, lo que ha contenido a los norteamericanos hasta ahora es fundamentalmente el hecho de que la Unión Soviética, con sus unidades de artillería termonuclear, ha mostrado inequívocamente su voluntad de garantizar la independencia cubana.

Y aquí está la clave de la respuesta a la pregunta de por qué fueron enviados cohetes soviéticos a Cuba. En un momento en que el imperialismo norteamericano preparaba la invasión, especulando —y estas especulaciones las hemos visto frecuentemente en la prensa española— con la idea de que «la Unión Soviética, en el último instante, *dejaría caer* la revolución cubana», el envío de cohetes a Cuba era la prueba material, palpable de que no se toleraría la agresión; de que un ataque a Cuba significaba el desencadenamiento de la guerra. El envío de cohetes era una advertencia solemne a los aventureros que creían poder engullirse Cuba sin otras consecuencias. En el momento en que este envío se hizo no existía seguramente otro medio de hacer ver a los americanos —sin dejar lugar a dudas— que si atacaban a Cuba ésta sería defendida.

Si la Unión Soviética no hubiese enviado sus cohetes en ayuda de la revolución cubana, ¿qué hubiera sucedido? Conviene examinar esta hipótesis. Aparentemente fue la presencia de esos cohetes la que desató la amenaza de invasión; pero ello es sólo la apariencia. La invasión estaba preparada y debía llevarse a cabo antes de las elecciones americanas. Si la Unión Soviética no hubiese situado en Cuba los cohetes, esa *prueba material* de su voluntad de replicar en caso de agresión, los imperialistas americanos, engañados por sus propias especulaciones, hubieran pensado que la Unión Soviética *dejaba caer* la revolución cubana. Y entonces se hubieran lanzado a la invasión. La única respuesta en tal caso, hubiese sido la guerra termonuclear mundial, que hubiera supuesto el aniquilamiento de Cuba y una tremenda catástrofe para la Humanidad.

Por eso el envío de los cohetes a Cuba, medida osada y audaz de política internacional, fue una iniciativa necesaria, en un momento dado, para defender la revolución cubana. Y su retirada, aceptada por la Unión Soviética durante las dramáticas transacciones de octubre pasado, una concesión que facilitaba a los elementos menos aventureros y agresivos del imperialismo americano imponerse sobre las cabezas locas del Pentágono y detener el dispositivo de invasión que hubiese desencadenado la guerra.

Es decir, los cohetes, que en un primer momento representaban la materialización de la voluntad soviética de defender Cuba, en una segunda fase se transformaban en la moneda de cambio, que

iba a detener la invasión y el desencadenamiento de la guerra mundial.

Sin esa moneda de cambio probablemente no hubiera podido evitarse ni la una ni la otra.

Por qué hoy puede impedirse la exportación de la contrarrevolución

La experiencia de la crisis del Caribe muestra que la decisión del movimiento obrero y comunista mundial, de no permitir la exportación de la contrarrevolución, no se mantiene con gesticulaciones y frases altisonantes contra el imperialismo. Es una tarea sumamente compleja, que exige la movilización y la lucha de las masas revolucionarias en todo el mundo, y la toma de iniciativas audaces y prudentes a la vez, por parte de los Estados socialistas y particularmente del Estado, que por su prestigio y su potencia, carga en definitiva con el peso y la responsabilidad más grandes, la Unión Soviética. Si algo ha quedado probado, una vez más, en esa crisis, es el profundo y consecuente internacionalismo del Estado soviético y la inteligencia de sus dirigentes, encabezados por el camarada Jruschov.

Si no existiese una Unión Soviética, capaz por su potencia económica y militar, de hacer frente al imperialismo norteamericano, y ello aunque en el campo socialista figuren Estados tan extensos y poblados como China, ¿quién hubiera podido impedir la invasión de Cuba, y la destrucción de su régimen revolucionario, la inmolación del glorioso pueblo revolucionario de Cuba? Nadie, evidentemente.

Nosotros, los marxistas leninistas, debemos mirar la realidad cara a cara. Puede resultar más poético, más embriagador imaginarse la competencia entre la pequeña Cuba revolucionaria y el gigante imperialista yanqui, como el duelo entre David y Goliath. Pero si bien este tema puede inspirar hermosas leyendas, en la vida corriente tal género de duelos, suele terminar con la victoria del gigante. Así sucedió a nuestro D. Quijote, en tierras de la Mancha, cuando combatió a los molinos de viento.

Si la pequeña Cuba revolucionaria puede resistir con éxito la presión y las amenazas del gigante imperialista yanqui, es porque tras ella, apoyándola, está el gigante socialista, la poderosa Unión Soviética, y con ella todo el campo socialista, el movimiento obrero y comunista mundial, todas las fuerzas progresistas y de paz de la tierra.

Esto no va en desmérito del heroísmo y la firmeza indomables del pueblo cubano y de sus dirigentes, encabezados por la noble figura de Fidel Castro. Si el pueblo cubano no hubiera hecho suyo el lema «Patria o muerte», si no hubiera realizado su revolución y no estuviese dispuesto a defenderla hasta la última gota de sangre, todas las ayudas imaginables no bastarían para salvarle de las garras del imperialismo.

Es oportuno recordar lo que pasó en nuestra guerra, en la guerra nacional revolucionaria del pueblo español. También nosotros teníamos un pueblo heroico y revolucionario, que hizo prodigios de valor y resistió durante cerca de tres años, defendiendo palmo a palmo el terreno, frente a las armas más modernas en-

tonces existentes. No obstante, pese a su heroísmo, nuestro pueblo sucumbió ante la superioridad material del enemigo. Entonces la Unión Soviética nos ayudó todo lo que pudo; pero no podía hacerlo en la misma forma decisiva en que hoy puede ayudar a Cuba, porque su poderío económico y militar no era todavía el que es hoy. Si nuestra guerra, en vez de tener lugar en el período del 36-39, hubiese tenido lugar hoy, en muy pocas semanas el pueblo español sostenido por la URSS y el campo socialista habría derrotado la sublevación fascista. Ello confirma el papel decisivo que desempeña en la actualidad el fortalecimiento de la URSS y del campo socialista.

El papel de las nuevas armas

Tras el descubrimiento de las armas termonucleares, de los cohetes portadores de dichas armas, de la táctica militar moderna, la defensa del campo socialista y de los pueblos que luchan por su libertad se asienta evidentemente sobre la voluntad y el espíritu de sacrificio de sus pueblos; pero por muchos que sean los millones de habitantes que integran éstos, hay que decir que ese factor no es el decisivo. Sin la potencia económica y militar de la Unión Soviética, sin su capacidad para dar una respuesta aplastante a cualquier agresor, el campo socialista estaría en condiciones de inferioridad frente al imperialismo.

Hay quien opone la capacidad decisoria de las masas al arma **termonuclear**; quien dice que las «masas lo deciden todo» y no las armas termonucleares. Plantear la cuestión así es hacer abstracción del desarrollo material, enfocar el papel de las masas desde una concepción idealista, no marxista. Y es dar por sentado que los comunistas hemos ganado ya a las masas en todas partes para la causa del socialismo. Creo que no hace falta demostrar que estamos todavía lejos de haber ganado a todas las masas en Estados Unidos y en los principales países capitalistas para la causa del socialismo; que queda mucho por hacer hasta lograrlo.

Desde el punto de vista del materialismo histórico, es decir, del marxismo-leninismo, las masas no deciden *en abstracto*; deciden *sobre la base de un desarrollo determinado del modo de producción*. Las acciones de los hombres están históricamente condicionadas por el desarrollo de los medios de producción. En la época del esclavismo las masas no se proponían, y no podían proponerse, porque los medios de producción no lo permitían, pasar al socialismo, ni menos al comunismo.

En el siglo XVI, por ejemplo, un puñado de «conquistadores» era capaz de reducir a su merced, países enteros de América, poblados por millones de habitantes, gracias a las armas de fuego, las armaduras y los caballos que no poseían esos pueblos.

A estas alturas del siglo XX, en plena revolución técnica, el hombre ha descubierto nuevos y gigantescos medios de producción, como la energía termonuclear. Estos descubrimientos agudizan las contradicciones en el seno de la sociedad capitalista y ponen de manifiesto hasta qué punto han madurado las condiciones materiales para la revolución socialista. Sin embargo, la utilización en amplia escala de la energía termonuclear todavía es inaccesible a un gran número de países. Los que disponen de esta energía, poseen con ello una enorme superioridad sobre los que

todavía no pueden utilizarla. Un país dotado de ella podría imponer su voluntad a países más poblados y extensos, pero que no la tuvieran. Eso es lo que trataron de hacer los EE. UU. cuando monopolizaban el arma atómica. Afortunadamente esa situación duró poco.

(Conviene recordar lo que escribía Engels en el *Anti-Dühring* (Teoría de la violencia):

«Así pues, el revólver vence a la espada; y eso hará sin duda, pese a todo, comprender al más pueril axiomatista, que la violencia no es un simple acto de voluntad, sino que exige, para ejercerse, condiciones previas muy materiales, a saber los instrumentos de los cuales el más perfecto vence al más imperfecto; que, de otra parte, es preciso que esos instrumentos sean producidos, o lo que es lo mismo: que el productor de los instrumentos de violencia más perfectos, vulgo las armas, triunfa del productor de las armas menos perfectas y que, en una palabra, la victoria de la fuerza se asienta sobre la producción de las armas, y como ésta se asienta a su vez sobre la producción en general, la victoria de la fuerza está, pues, fundada sobre la «potencia económica», sobre la situación económica, sobre los medios materiales que están a disposición de la fuerza.»

Plantear la cuestión de que las masas lo deciden todo, sin tener en cuenta el desarrollo técnico, el estado de los medios de producción; creer que en una lucha contra un enemigo poderoso técnicamente, basta con oponerle las masas, es incurrir en una concepción idealista del papel determinante de las masas; es olvidar el materialismo histórico, es dar de lado la esencia del marxismo-leninismo y tratar de resolver con frases complejísimas problemas históricos.

Al imperialismo armado con la bomba termonuclear sólo puede paralizarle el socialismo armado con la bomba termonuclear; eso es lo que está sucediendo en la época actual. ¿Por qué tantos pueblos han podido sacudirse en los últimos años del yugo colonial? ¿Sólo por la voluntad de lucha de las masas que los componen? No. En otras épocas, algunos de esos mismos pueblos han luchado valerosamente, incluso más que ahora, para conseguir su liberación. Y sin embargo, no tuvieron éxito. Y no lo tuvieron, no por culpa suya, sino porque entonces no había un campo socialista poderoso para sostenerles política y militarmente; no había una Unión Soviética tan potente como hoy.

Imaginemos por un momento que la Unión Soviética no hubiese conseguido fabricar el arma termonuclear y los potentes cohetes estratégicos y tácticos; imaginemos que el campo socialista, incluso con las dimensiones de hoy, se hallase en la competición con el imperialismo desprovisto de dichas armas. ¿Es que la voluntad combativa de las masas del campo socialista sería suficiente para compensar la inferioridad técnica de éste frente al imperialismo?

Los pueblos de los países socialistas y las masas revolucionarias del mundo entero, tienen hoy a su favor, el hecho de que el socialismo en la Unión Soviética ha creado una base técnica capaz de competir con la de los países capitalistas más desarrollados y que esa base técnica progresa a un ritmo más acelerado que la de éstos, lo que constituye el factor determinante de la victoria del socialismo sobre el capitalismo en la escala mundial.

Hasta tal punto el modo de producción es el factor determinante del desarrollo histórico, que la aparición de la energía termonuclear y de los cohetes balísticos, plantea problemas completamente nuevos ante el movimiento obrero y comunista, ante la Humanidad entera. Esos descubrimientos son susceptibles de provocar una terrible catástrofe, o de revolucionar la marcha de la historia.

Por qué es posible hoy impedir la guerra y asegurar la coexistencia pacífica

En lo que va de siglo los hombres han conocido dos guerras mundiales. Las potencias que las provocaron pretendían la dominación mundial. La guerra resultaba un estupendo negocio para los capitalistas; incluso perdiéndola, como sucedió las dos veces al imperialismo alemán, éste se las arregló para obtener de ellas enormes ganancias. Quienes efectivamente perdían eran los pueblos, utilizados como carne de cañón y sacrificados por sus explotadores.

Sin embargo, como consecuencia de la crisis revolucionaria determinada por la primera guerra mundial, surgió el primer Estado de los obreros y los campesinos del mundo en el inmenso territorio de la antigua Rusia zarista. Después de la segunda guerra mundial, diez nuevos Estados se desgajaron del sistema imperialista y pasaron a formar con la Unión Soviética el campo del socialismo.

Como consecuencia del desarrollo y del fortalecimiento del campo socialista, y particularmente de la Unión Soviética, en el período posterior a la segunda guerra mundial, se ha desarrollado un poderoso movimiento de descolonización; las antiguas colonias del imperialismo se han transformado en Estados nuevos, que luchan por afirmar su independencia.

El imperialismo ha sufrido un golpe capital y ha dejado de ser la fuerza determinante en la política mundial. No obstante, subsiste la naturaleza agresiva y opresora del imperialismo. Este se ha estado preparando febrilmente desde el punto de vista militar, con la idea de atacar a la Unión Soviética y al campo socialista y conseguir, mediante la derrota de éstos, la vuelta al pasado.

Hoy, sin embargo, el poderío de las fuerzas de la paz ha llegado a ser tal, que ha surgido la posibilidad real de impedir el desencadenamiento de la guerra.

Y junto a ese poderío hay otro factor que actúa objetivamente en favor de la eliminación de la guerra: la naturaleza terriblemente destructiva de las armas termonucleares y el hecho de que la Unión Soviética está tanto o más avanzada que los Estados Unidos en ese terreno.

Si en el período en que aún no existían las armas termonucleares, la guerra, según la expresión de Clausewitz, podía ser considerada como «la continuación de la política por otros medios», en este período ¿puede seguir considerándose del mismo modo?

Me refiero, claro está, a la guerra mundial. El mismo Kennedy y los dirigentes de otros Estados imperialistas reconocen hoy públicamente que la guerra sería un suicidio para ellos; que no habría vencedores; que sería un holocausto. Los dirigentes imperia-

listas más conscientes se dan cuenta de que mediante la guerra mundial, no obtendrían la dominación, ni nuevos mercados y fuentes de materias primas, sino la autodestrucción.

Si la guerra no proporciona la dominación, ni beneficios, si la guerra sólo puede conducir a la autodestrucción, hay una base objetiva para que la guerra deje de ser la continuación de la política de los imperialistas por otros medios.

En cuanto al campo socialista, la guerra no ha sido nunca, ni puede ser, un medio para la realización de su política; los países socialistas no tienen ninguna razón para aspirar a la dominación sobre otros países; no buscan beneficios. Y la revolución no es un artículo de exportación que puede llevarse en la punta de las bayonetas; la revolución debe hacerla cada pueblo, cuando las condiciones maduren para ello.

El campo socialista podría verse obligado a realizar una guerra defensiva. Pero el campo socialista, por su propia naturaleza, nunca tomará la iniciativa de dirimir mediante la guerra sus diferencias con otros Estados. La política de coexistencia pacífica dimana de la propia naturaleza del sistema socialista. Por eso produce sorpresa que algunos que se llaman marxistas leninistas pongan en duda la política de coexistencia pacífica.

Tanto más que hoy, la existencia de las armas termonucleares haría que en caso de guerra, aun siendo segura la derrota del imperialismo, las destrucciones que sufrirían los países del campo socialista, tendrían consecuencias incalculables para el desarrollo social. Una guerra termonuclear sería en general terriblemente destructiva para toda la Humanidad: en vidas, en medios de producción, en técnica y en ciencia. Sería un salto atrás en la historia humana.

La perspectiva de tal guerra no puede tomarse a la ligera. Sólo pueden abordarla así los medios más aventureros, reaccionarios y agresivos del imperialismo o quienes no han comprendido la significación de las nuevas armas de destrucción masiva y siguen concibiendo la guerra como un choque de fusiles contra fusiles, en el que lo decisivo es más el número que la técnica.

Por ejemplo, afirmaciones que en 1936, en determinadas condiciones locales y de tiempo podían tener un sentido, en ningún caso podrían inspirar actualmente la política del movimiento obrero y comunista mundial. En aquella época el camarada Mao Tse Tung escribía:

«Para suprimir la guerra no existe más que un medio: luchar por la guerra contra la guerra»... «La bandera de la guerra justa de la Humanidad, es la bandera de la salvación de la Humanidad». (Mao Tse Tung: «Los problemas estratégicos de la guerra revolucionaria»).

«Algunos ironizan a costa nuestra llamándonos los partidarios de la teoría de la omnipotencia de la guerra»...

«Se puede decir que no es posible transformar al mundo más que con la ayuda de los fusiles».

No es posible abolir la guerra más que por la guerra. Si quieres acabar para siempre con los fusiles, empuña el tuyo». (Mao Tse Tung: «La guerra y la estrategia», 6 de noviembre de 1938).

Es claro que tales afirmaciones han sido superadas actualmente por el desarrollo material y social de la Humanidad. Si los medios más aventureros y agresivos del imperialismo tuvieran la

posibilidad de desencadenar la guerra mundial, habría evidentemente que responderles; pero es dudoso que esa guerra trajese la salvación de la Humanidad. Y por lo que hace a los fusiles, como transformadores del mundo, hay que reconocer que han quedado anticuados, aunque eso no suponga que neguemos la posibilidad de que en un país determinado —no en el mundo— los fusiles, acompañados de otras armas, puedan ser, en un momento dado, el único arma para conquistar la libertad. Hoy, en escala mundial, se enfrentan no los fusiles, sino los cohetes termonucleares; es un factor que no podemos olvidar; y no acabaremos con los cohetes termonucleares del imperialismo lanzando contra ellos los nuestros. Hoy la cuestión de terminar con la guerra se plantea en términos completamente distintos.

Por eso, los partidos comunistas y obreros han proclamado como su primer objetivo impedir la guerra y salvar la paz mundial. La guerra mundial hoy no sería la continuación de ninguna política, sólo podría ser el gesto desesperado de un grupo de locos imperialistas, decididos a precipitar el inevitable fin del régimen capitalista en un holocausto general.

Insistimos, sin embargo, en que la lucha por la paz, por la coexistencia entre regímenes de distinto signo social, no significa renuncia a la insurrección armada, allá donde las condiciones objetivas son favorables. La vía pacífica o la vía armada están ligadas a las condiciones concretas de cada país, al peso del campo socialista y del movimiento de liberación. Aunque en esta época allá donde existan posibilidades de una vía pacífica, los comunistas debemos hacer todo lo posible por apurarlas antes de llegar a la lucha armada.

Por eso nuestro Partido sostiene sin vacilar la política de paz y de coexistencia pacífica de la Unión Soviética y reafirma su adhesión a las Declaraciones de Moscú de 1957 y de 1960, a la par que condena las actitudes irresponsables y demagógicas de quienes, llamándose marxistas leninistas, niegan que la defensa de la paz mundial y de la coexistencia sean hoy el objetivo número uno del movimiento obrero y comunista mundial.

El ejemplo del socialismo, elemento esencial de nuestra victoria

En los últimos tiempos ciertas gentes hacen una demagogia inexplicable, hablando de «los países socialistas ricos» y de «los países socialistas pobres». Evidentemente, hay países socialistas más desarrollados y países socialistas menos desarrollados. La Unión Soviética, donde los trabajadores llevan más de cuarenta y cinco años en el poder, ha logrado crear a costa de sacrificios y esfuerzos incontables, una economía desarrollada y moderna, sobre cuya base se ha elaborado el programa de la construcción del comunismo. En cambio China, donde los trabajadores llevan en el poder sólo catorce años, y cuyo atraso era todavía mayor que el de la vieja Rusia, está lógicamente más retrasada en su desarrollo. Las desigualdades en el desarrollo de los países socialistas, tienden a borrarse en un período relativamente breve; gracias a la colaboración y a la ayuda mutua; pero no pueden esfumarse por arte de magia, de la noche a la mañana.

Más pretender que el régimen es más «revolucionario» porque es más «pobre» en China, y en la URSS más «conservador» por ser más rico, es una tontería monumental. Los que tal dicen, sin saberlo o sabiéndolo, están influidos por la teoría de Rostow, el ideólogo del imperialismo americano, sobre la sociedad de la abundancia y la sociedad de la escasez. Según esa teoría lo decisivo no es el régimen social, sino el desarrollo industrial; sólo son revolucionarios los pueblos pobres, con lo cual se trata nada menos que de extender patente de eternidad al capitalismo de los países desarrollados y de acreditar la idea de que los pueblos revolucionarios, a medida que progresen económicamente, dejarán de serlo y retrocederán hacia el capitalismo.

Es natural que los capitalistas inventen «teorías» para consolarse de los desastres sufridos por el imperialismo, en el plazo de pocos años y para dar ánimos a sus desmoralizadas y decrecientes huestes. Pero lo que resulta curioso es ver a ciertos «izquierdistas» y dogmáticos coincidir así con los ideólogos del imperialismo americano.

Según esa peregrina teoría, a medida que la URSS y tras ella China y los demás países socialistas comiencen a marchar por el camino del comunismo, a crear la sociedad en donde cada hombre recibirá según sus necesidades y producirá según su capacidad, se harán más conservadores. A medida que la revolución avance, que el pueblo —que es en definitiva quien debe disfrutar de la revolución— sea feliz, resulta lo contrario, resulta que retrocedemos y nos hacemos más «conservadores».

Naturalmente, esta manera de razonar no tiene nada de común con el marxismo-leninismo. *En la actual competición entre el socialismo y el capitalismo un elemento esencial de nuestra victoria es la demostración de la superioridad de nuestro sistema social sobre el capitalista. Esa demostración ha sido ya hecha en términos relativos; pero hace falta hacerla en términos absolutos. Es decir, hace falta conseguir que los países socialistas produzcan más y proporcionen un nivel de vida mucho más alto al pueblo que los países capitalistas más desarrollados. Ese es ahora el objetivo más revolucionario, desde el punto de vista general. Cuando todo el mundo vea que países atrasados, como eran al comienzo los países socialistas, han conseguido sobrepasar a los países capitalistas más desarrollados en todos los terrenos, y aseguran un nivel de vida mucho más elevado al pueblo, los partidarios del capitalismo, incluso en los países en donde éste parece más sólido, quedarán reducidos a un puñado de oligarcas y serán definitivamente derrotados.*

Teniendo en cuenta esto, cada progreso, cada paso adelante en la elevación del bienestar del pueblo que den la Unión Soviética y los demás países socialistas, es acogido por los trabajadores revolucionarios de los países capitalistas como un triunfo, como un éxito propio. Esta es la más eficaz ayuda que los comunistas que luchamos en los países capitalistas podemos recibir de los países donde la clase obrera ha triunfado ya.

Por esta razón, el programa de la edificación del comunismo aprobado por el XXII Congreso del Partido Comunista de la URSS ha sido saludado con enorme júbilo por los comunistas y los hombres progresivos de toda la tierra, que han hecho de él su bandera.

De otra parte, cada uno de nosotros, cada comunista conocedor de la historia de la revolución rusa y del poder soviético,

sabiendo con qué sacrificios y sufrimientos han ido levantando los trabajadores y el pueblo de la URSS, sin ayuda económica de nadie, su industria y su economía socialistas; con qué heroísmo han defendido sus conquistas frente a los agresores imperialistas, con qué abnegación se han quitado el pan de la boca para ayudar a los pueblos hermanos, cuán elevado internacionalismo han demostrado y demuestran los soviéticos cada vez que se trata de ayudar a un pueblo que lucha por su libertad; para quienes conocemos todo ese enorme, imponderable heroísmo revolucionario desplegado por el pueblo soviético y por su Partido Comunista a lo largo de decenios, heroísmo que no tiene igual, una de las alegrías más grandes y más profundas que podemos experimentar es saber que ese pueblo vive cada vez mejor y que pronto tendrá un nivel de vida superior al de los países capitalistas más ricos. Todos los pueblos merecen la felicidad y para lograrla luchamos los comunistas; pero más que ninguno la merece el pueblo soviético al que la Historia ha conferido la carga, tan honrosa como llena de dolores y sufrimientos, de abrir el camino de la victoria a todos los demás pueblos de la tierra.

Las divergencias en el movimiento comunista pueden resolverse

¡Camaradas!

Quiero terminar estas consideraciones de orden general diciendo que las diferencias surgidas entre el movimiento comunista y obrero mundial y alguno o algunos de los partidos que le integran son diferencias que pueden solventarse favorablemente, y sin duda lo serán. No existe base material para ninguna suerte de antagonismo entre los países socialistas, a diferencia de lo que sucede entre los países imperialistas. Las diferencias entre el movimiento comunista y obrero mundial provienen de la existencia de posiciones dogmáticas y sectarias, que la experiencia, el tiempo y la discusión paciente permitirán seguramente superar.

Esto no significa minimizar la importancia de esas diferencias. Está en discusión la cuestión de la paz y de la coexistencia pacífica. La polémica ha sido envenenada por la actitud de los dirigentes albaneses que lanzan contra el PCUS y el conjunto del movimiento comunista ataques y calumnias inadmisibles. Los camaradas chinos apoyan a los albaneses e intervienen, por su parte, en la polémica en términos impropios entre comunistas.

En los términos en que está situada hoy la polémica una conferencia convocada precipitadamente no permitiría hallar el terreno de *entente*, sobre la base de los principios marxistas-leninistas, y podría abrir una grieta todavía más profunda.

Hace falta una labor previa de aproximación, de esclarecimiento, de distensión, si puede decirse. Son necesarios otros tipos de contactos, como los que han propuesto, por ejemplo, los camaradas italianos a los chinos. Sería deseable suspender el género de polémica que se mantiene hoy públicamente y que está envenenando aún más las relaciones.

Esa es la opinión de nuestro Partido sobre el método a seguir a fin de zanjar las diferencias, sobre la base del marxismo-leninismo.

Los imperialistas hacen muchas especulaciones, a cuenta de las diferencias dentro del movimiento obrero y comunista; ésa debería ser una razón más que incitase a los camaradas que ocupan posiciones dogmáticas y sectarias a revisar sus puntos de vista erróneos y a hacer la unidad. De todas formas, que los imperialistas no se hagan ilusiones; cualquier amenaza suya a los países del campo socialista encontraría a éstos y a todo nuestro movimiento unidos como un solo hombre para hacerle frente.

Además, los imperialistas tienen bastante con sus propias diferencias y contradicciones, muchísimo más graves que las nuestras. No voy a detenerme en el análisis de ellas. Es evidente que en los últimos tiempos se han manifestado contradicciones muy serias entre los Estados Unidos y ciertas potencias del Mercado Común Europeo; entre Inglaterra, de un lado, y Francia y Alemania Federal, de otro; entre los Estados Unidos y otras potencias extraeuropeas; entre los países del Mercado Común, sobre los que de Gaulle y Adenauer tratan de implantar su hegemonía. Esas contradicciones tienen una base material muy concreta, insuperable en las condiciones del capitalismo. Pienso que en el porvenir esas contradicciones no sólo no serán resueltas, sino que se agudizarán considerablemente. Ahí tienen materia en que ocuparse los gobernantes y los ideólogos imperialistas, en vez de frotarse permanentemente las manos a costa de nuestros problemas.

Antes de poner punto final a esta parte de mi resumen, quiero subrayar el hecho positivo de que tras la crisis del Caribe parece iniciarse un período de distensión internacional. El pueblo español saludaría con entusiasmo, como todos los pueblos, la confirmación y el desarrollo de la distensión, y particularmente el mejoramiento de las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. La perspectiva de la retirada de las bases de cohetes americanas en Europa, de negociaciones para la suspensión de los ensayos nucleares, de un enfoque más realista de la cuestión de Berlín, de confirmarse, crearían una atmósfera internacional más sana.

La primera fase del Concilio Vaticano II debe ser considerada también como un factor positivo en la situación internacional. Nosotros somos marxistas-leninistas y, por consiguiente, estamos muy lejos de interesarnos en la discusión de los dogmas que en dicha asamblea ha tenido lugar ni de comulgar con ellos. Nuestros puntos de vista sobre la religión son conocidos. Pero reconocemos una realidad: la Iglesia católica en el mundo de hoy, es una fuerza moral, política e incluso económica muy importante. La primera fase de ese concilio, que lleva impreso el peso de la personalidad de Juan XXIII, ha dado ocasión a manifestaciones en pro de la paz y de la coexistencia cuyo carácter positivo no puede desconocerse. Además, los puntos de vista integristas, más reaccionarios, han experimentado un retroceso. En cierto modo, la primera fase del Concilio Vaticano II significa una aportación a la distensión internacional. Sin menoscabo de nuestras concepciones filosóficas, saludamos este hecho positivo que debería ayudar a crear una mayor atmósfera para el entendimiento entre católicos y comunistas, para la lucha por la paz, la democracia y contra la desigualdad social.

Nota: los subtítulos son de la redacción de N.B.

CARTA DIRIGIDA POR EL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHINA AL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA UNION SOVIETICA

QUERIDOS camaradas :

El Comité Central del Partido Comunista de China ha recibido la carta del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética fechada el veintinueve de febrero de mil novecientos sesenta y tres.

Cuando el camarada Mao Tse-Tung recibió el veintitrés de febrero al camarada S.V. Chervonenko, embajador de la Unión Soviética en China, ya le expuso nuestra apreciación de esa carta.

Damos la bienvenida a esa carta. Saludamos los deseos de unidad expresados en ella, la normal actitud de igualdad entre los partidos hermanos expresada en dicha carta, así como también la aprobación positiva, por su parte, de la proposición de convocar una conferencia de representantes de todos los partidos comunistas y obreros.

La posición invariable del Partido Comunista de China ha sido la de defender la unidad del campo socialista, defender la unidad del movimiento comunista internacional, y defender la unidad entre nuestros dos partidos y nuestros dos países. Nunca hemos escatimado nuestros esfuerzos en interés de la unidad. Siempre nos duele y nos oponemos a todo cuanto sea desfavorable a la unidad, siempre nos alegra y apoyamos todo cuanto sea favorable a la unidad.

Debemos enfrentar el hecho de que las divergencias sobre una serie de problemas de principio existentes actualmente en el movimiento comunista internacional, son graves. Respecto a las causas de estas divergencias, además de lo señalado en su carta de que « pueden explicarse por las diferentes condiciones en que actúa éste o aquel destacamento del movimiento comunista internacional », un factor más importante, a nuestro juicio, es cómo se comprende el marxismo-leninismo, las dos declaraciones de Moscú, y qué actitud se adopta para con ellos.

El Partido Comunista de China opina siempre que cuando surgen divergencias sobre problemas de principio entre los partidos hermanos, ellos deben partir del deseo de la unidad, realizar discusiones y críticas mutuas de camaradas, esclarecer la verdad y, sobre la base del

marxismo-leninismo, alcanzar el objetivo de la unidad. Esto significa que las divergencias entre los partidos hermanos deben resolverse en el seno del movimiento comunista internacional, de acuerdo con los principios y métodos establecidos en las dos declaraciones de Moscú, y por vía de consultas a pie de igualdad en las reuniones bilaterales y multilaterales o en una conferencia de los partidos hermanos.

El Partido Comunista de China se ha opuesto siempre a revelar ante el enemigo las divergencias existentes entre partidos hermanos. Más aún, nos oponemos al procedimiento de inflamar la discusión y de complicar las cosas por vía de convocar congresos de Partido, de la publicación de resoluciones o declaraciones de Comités Centrales de Partido, y de publicación de artículos y discursos de dirigentes de Partido y Estado. Comprendimos muy bien, y lo dijimos más de una vez, que semejante práctica solamente alegraría a nuestros enemigos y crearía dificultades para nuestras propias filas, en particular para los partidos hermanos en los países capitalistas. El curso de los acontecimientos ha demostrado que nuestras preocupaciones no han sido innecesarias. Actualmente un número creciente de Partidos hermanos han expresado su esperanza del cese de la polémica pública. Este es un fenómeno positivo. Deseamos ardientemente que en el plazo más breve posible cese la polémica pública entre los Partidos hermanos.

El Movimiento Comunista Internacional se encuentra efectivamente en un momento crucial. Las divergencias entre Partidos hermanos han alcanzado realmente un punto en que deben ser resueltas.

Nos encontramos frente a una excelente situación internacional, muy favorable a la revolución en el mundo. No existen razones para no allanar las divergencias y fortalecer la unidad.

En la correlación de fuerzas del mundo, la superioridad está de lado del socialismo y de los pueblos revolucionarios, y no está de lado del imperialismo y sus lacayos.

Las dos grandes corrientes históricas de nuestros tiempos, o sea, las fuerzas

del socialismo y las de la revolución democrática nacional en Asia, Africa y América Latina, están arremetiendo contra el dique de la dominación reaccionaria del imperialismo encabezado por los EE. UU.

Se profundizan y agudizan cada vez más las contradicciones entre los imperialistas, especialmente entre los imperialistas norteamericanos y los demás imperialistas; nuevos conflictos se están desarrollando entre ellos.

En esta situación, para toda la causa internacional del proletariado, tiene un significado decisivo la lucha contra el imperialismo encabezado por los EE. UU. y el apoyo a la lucha revolucionaria de las naciones y pueblos oprimidos de Asia, Africa y América Latina.

En esta situación, el continuo crecimiento de la fuerza de los países socialistas, del movimiento de liberación nacional, de la lucha revolucionaria de los pueblos oprimidos y del movimiento en defensa de la paz mundial y, junto con esto, la plena utilización de las contradicciones en el seno del campo imperialista, todo esto brinda posibilidades aún mayores de impedir una nueva guerra mundial y defender la paz mundial.

En esta situación, es necesario, ante todo, reforzar la unidad del campo socialista, reforzar la unidad del movimiento comunista internacional. La garantía del triunfo de nuestra causa común reside en fortalecer con la unidad de los marxista-leninistas como núcleo, la unidad del proletariado mundial, la unidad de éste con todas las naciones y pueblos oprimidos del mundo y la gran unidad de todos los pueblos que están por la lucha contra el imperialismo.

Las dos Declaraciones de Moscú tienen elaborada la línea, orientación y política comunes para nuestra lucha común. En los dos documentos se encuentran conclusiones formuladas con toda claridad sobre el carácter de nuestra época, sobre el campo socialista, sobre las leyes comunes de la Revolución Socialista y la construcción socialista, sobre la lucha contra el imperialismo, sobre la guerra y la paz, sobre la coexistencia pacífica entre países de distinto sistema social, sobre el movimiento de liberación nacional, sobre las tareas y la táctica del movimiento obrero en las países capitalistas, sobre la lucha contra el revisionismo como el peligro principal en la actualidad y contra el dogmatismo, sobre la continuación de la lucha contra los revisionistas yugoslavos, traidores al marxismo-leninismo, sobre las normas que rigen las relaciones entre los partidos y

países hermanos, o sea, independencia, igualdad y la obtención de la unanimidad por vía de consultas, etc. En nuestros pronunciamientos y actuación, los comunistas chinos aplicamos y defendemos persistente e invariablemente esta línea, orientación y política acertadas. Nos agrada que los camaradas soviéticos, en su carta, expresen su fidelidad a estos dos documentos programáticos.

Allanar las divergencias y reforzar la unidad sobre la base del marxismo-leninismo y de las dos declaraciones de Moscú, corresponde a los intereses de los pueblos del mundo entero, a los intereses de los comunistas de todos los países, a los intereses de los pueblos del campo socialista y a los intereses de los pueblos de China y la Unión Soviética. En cambio, si se siguen agravando las divergencias y minando la unidad, no nos perdonarán no sólo las futuras generaciones sino tampoco las masas populares de nuestros tiempos.

En aras de allanar las divergencias y fortalecer la unidad, el Comité Central del Partido Comunista de China escribió una carta al Comité Central del P.C.U.S. el siete de abril de mil novecientos sesenta y dos. En ella el C.C. del P.C. CH. expresó su apoyo a las proposiciones sobre la convocatoria de una conferencia de los partidos hermanos, presentadas por el Partido Comunista de Indonesia, el Partido de los Trabajadores del Vietnam, el Partido Comunista de Suecia, el Partido Comunista de Gran Bretaña y el Partido Comunista de Nueva Zelanda, y formuló con toda nitidez su proposición de convocar una conferencia de los representantes de los partidos comunistas y obreros de todos los países, para discutir los problemas de interés común. Vemos con gran satisfacción que el C.C. del P.C.U.S., en su última carta, está también en favor de la convocatoria de una conferencia de los representantes de los partidos comunistas y obreros.

En nuestra carta fechada el siete de abril de mil novecientos sesenta y dos, planteamos que la realización de la conferencia de los partidos hermanos y los éxitos de la misma, dependerían de la superación previa de toda una serie de obstáculos, y de la realización de grandes trabajos preparatorios. En aquel entonces, formulamos los siguientes puntos:

Primero: Los Partidos hermanos y países hermanos entre los cuales existen controversias, debieran dar pasos, por insignificantes que sean, que contribuyan al alivio de la tensión en las relaciones y al restablecimiento de la unidad, a fin

de mejorar el ambiente y preparar las condiciones para la convocatoria de la conferencia de los partidos hermanos y para el logro de sus éxitos.

Segundo: Apoyamos la proposición del cese de los ataques públicos formulada por el Partido de los Trabajadores del Vietnam.

Tercero: Que ciertos partidos hermanos, de acuerdo con la necesidad, debieran efectuar conversaciones bilaterales o multilaterales entre ellos para cambiar opiniones.

Cuarto: Esperamos con toda sinceridad que tanto los camaradas soviéticos como los camaradas albaneses adopten medidas positivas para allanar las divergencias y restaurar las relaciones normales entre ambos partidos y países. Al respecto parece necesario que los camaradas soviéticos tomen la iniciativa.

Quinto: Conforme a la resolución adoptada en la conferencia de los partidos hermanos de mil novecientos cincuenta y siete, el Partido Comunista de la Unión Soviética es responsable de la convocatoria de la conferencia de los representantes de los partidos comunistas y obreros, después de consultar con los partidos hermanos.

En la actualidad, aún sostenemos que las proposiciones arriba mencionadas tienen una gran importancia para la feliz realización de la conferencia de los partidos hermanos.

Estamos muy contentos de que en su última carta, el Comité Central del P.C.U.S. haya hecho valiosas proposiciones relacionadas con la feliz realización de la conferencia de los partidos hermanos.

Estamos de acuerdo con la opinión de ustedes en el sentido de que «es especialmente importante adoptar de inmediato medidas concretas y prácticas destinadas a asegurar nuestra unidad y mejorar la atmósfera en las relaciones recíprocas entre los Partidos hermanos».

A fin de crear una atmósfera favorable para la convocatoria de la conferencia de los Partidos hermanos, hemos decidido que, salvo los artículos que hemos dado a conocer como respuestas, desde ahora suspendemos temporalmente las réplicas públicas en la prensa a los ataques abiertos contra el Partido Comunista de China por su nombre por parte de camaradas del P.C.U.S. y de otros Partidos hermanos. Huelga decir que conforme al principio de igualdad y reciprocidad entre los Partidos hermanos, nos reservamos el derecho de dar respuestas abiertas a todas las manifestaciones de cualquier Partido en las cuales se atacó al Partido Comunista de China por su

nombre. Respecto a la suspensión de la polémica pública, es necesario que nuestros dos Partidos y los Partidos hermanos interesados celebren discusiones a fin de llegar a un acuerdo justo aceptable para todos.

Damos la bienvenida a la proposición hecha en su carta sobre la realización de una reunión entre los Partidos chino y soviético. Consideramos que tal reunión constituye las medidas preparatorias necesarias para la convocatoria de la conferencia de los representantes de los Partidos Comunistas y Obreros de todos los países. En su conversación con el camarada S.V. Chervonenko, el camarada Mao Tse-tung manifestó la esperanza de que el camarada Jruschov, en su viaje de visita a Camboya, pudiera pasar por Pekín a celebrar conversaciones entre nuestros dos Partidos y cambiar opiniones. En caso de que tenga inconvenientes, el C.C. del P.C.U.S. podría enviar una delegación a Pekín presidida por otro camarada responsable, o podríamos enviar una delegación a Moscú.

Estamos de acuerdo con ustedes en que «en las conversaciones se pueden discutir punto por punto todos los importantes problemas en que ambos Partidos están interesados, sobre todo los problemas relacionados con las tareas comunes de nuestra lucha». Sostenemos que los problemas que deben ser discutidos entre los Partidos chino y soviético son los mismos que deben ser discutidos en la conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros de todos los países, entre los cuales, ante todo, están los problemas de la estrategia y la táctica de la revolución del mundo contemporáneo, la lucha contra el imperialismo y en defensa de la paz mundial, la lucha de las naciones y pueblos oprimidos por su liberación, el fortalecimiento de la fuerza y la unidad del campo socialista, el fortalecimiento de la unidad del movimiento comunista internacional y otros problemas de interés común. Todos estos problemas deben ser discutidos punto por punto, de modo suficiente y detallado y en espíritu de camaradería. Las consultas no deben ser una mera formalidad sino que deben ser conducidas en pie de verdadera igualdad, sobre la base de las tesis fundamentales del marxismo-leninismo y de los principios revolucionarios de las dos declaraciones de Moscú. En las conversaciones se podrían resolver todos los problemas en que ambas partes tienen el mismo punto de vista, y llegar a un acuerdo; en cuanto a los problemas en que todavía existan divergencias y que no puedan ser resueltos, se les podría dejar ce

lado por el momento, en espera de una solución futura. Proponemos que si no podemos terminar nuestras discusiones en una sola sesión, se celebren varias sesiones, o que nuestros dos Partidos celebren más conversaciones bilaterales.

El fortalecimiento de la unidad del movimiento comunista internacional, de la unidad del campo socialista, en particular de la unidad de nuestros dos Partidos y nuestros dos países, es el anhelo común de los pueblos chino y soviético, de todos los pueblos del campo socialista,

de los comunistas de todos los países y de los pueblos y naciones oprimidos del mundo entero. Entendemos la responsabilidad que recae sobre nuestros dos Partidos y no debemos frustrar la esperanza de ellos. Unámonos sobre la base del marxismo-leninismo, del internacionalismo proletario y de las dos declaraciones de Moscú.

Reciban un saludo comunista del COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHINA. Nueve de marzo de mil novecientos sesenta y tres.

MINISTERIO
DE CULTURA



CARTA DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA UNION SOVIETICA AL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHINA

QUERIDOS camaradas:

El Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética ve con satisfacción que nuestras proposiciones sobre las medidas encaminadas a robustecer la unidad y la cohesión de las filas del movimiento comunista, han sido bien acogidas por el C.C. de P.C.Ch. Saludamos el que ustedes estén de acuerdo en celebrar una entrevista de representantes del P.C.U.S. y del P.C.Ch. Esta entrevista está llamada a desempeñar un importante papel para crear una atmósfera favorable en las relaciones entre los partidos hermanos y allanar las divergencias surgidas en el último tiempo en el movimiento comunista internacional. Quisiéramos confiar en que, como resultado de esa entrevista, se logre llevar a cabo una serie de medidas constructivas para superar las dificultades existentes.

En su carta, el C.C. del P.C.Ch. invita al camarada Nikita Jruschov a que, de paso para Camboya, visite Pekín. El C.C. del P.C.U.S. y el camarada Nikita Jruschov agradecen esta invitación. El camarada Nikita Jruschov visitaría con sumo gusto la R.P.Ch. y se entrevistaría con los dirigentes del Partido Comunista de China para intercambiar opiniones en torno a los problemas candentes de la situación internacional y del movimiento comunista, con objeto de llegar a un entendimiento común en nuestras tareas y en el fortalecimiento de la cohesión entre nuestros Partidos. Sin embargo, el viaje del camarada Nikita Jruschov a Camboya, del que ustedes hablan en su carta, no está planeado. Como es sabido, nuestros organismos dirigentes acordaron ya el 12 de febrero de este año que a Camboya fuera el camarada Leonid Bréjnev, Presidente del Presídium del Soviet Supremo de la U.R.S.S., de lo que informamos ya al Gobierno camboyano y se anunció en la prensa. El camarada Nikita Jruschov, que ha visitado en tres ocasiones la R.P.Ch., no pierde la esperanza de aprovechar en el futuro su amable invitación de visitar China y entrevistarse con los camaradas chinos.

Recordamos que durante su estancia en Moscú en 1957 el camarada Mao Tse Tung dijo que sólo había estado en la U.R.S.S. dos veces y que había visitado

únicamente Moscú y Leningrado. Entonces expresó el deseo de volver a visitar la Unión Soviética para conocer mejor las fronteras del Extremo Oriente de nuestro país a las occidentales y desde las septentrionales hasta las meridionales. Nosotros saludamos ya entonces este deseo del camarada Mao Tse Tung.

El 12 de mayo de 1960, el C.C. del P.C.U.S. envió una carta al camarada Mao Tse Tung, invitándole a descansar en la U.R.S.S. y pulsar de cerca la vida del pueblo soviético. Lamentamos que el camarada Mao Tse Tung no pudiera aceptar entonces nuestra invitación. El C.C. del P.C.U.S. veía con buenos ojos la visita del camarada Mao Tse Tung. El mejor tiempo para esta visita sería la primavera entrante o el verano, buen tiempo del año en nuestro país. Nosotros también recibiríamos dignamente al camarada Mao Tse Tung, como representante de un partido hermano y del pueblo chino hermano, en cualquier otra época del año. Como es natural, en su viaje por nuestro país, el camarada Mao Tse Tung sería acompañado por camaradas de la dirección de nuestro Partido, cosa que brindaría una buena oportunidad para intercambiar opiniones sobre los diferentes problemas. El camarada Mao Tse Tung veía cómo trabaja el pueblo soviético, qué progresos ha hecho en la construcción del comunismo, en la aplicación del programa de nuestro Partido.

Si el camarada Mao Tse Tung no puede venir a Moscú en el momento presente, entonces estamos dispuestos a recibir las consideraciones de ustedes sobre la entrevista a un alto nivel de los representantes del P.C.U.S. y del P.C.Ch. en Moscú. Consideramos que dicho encuentro podría celebrarse aproximadamente el 15 de mayo de este año, si esta fecha es aceptable para ustedes.

Nos alegra infinito que los camaradas chinos, al igual que nosotros, consideren la próxima entrevista de los representantes del P.C.Ch. y del P.C.U.S. como uno « de los pasos necesarios para preparar la convocatoria de una conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros de todos los países ». Efectivamente, dicho encuentro, sin violar el principio de igualdad y sin menosca-

bar los intereses de otros partidos hermanos, debe contribuir a la mejor preparación y celebración de la conferencia. Sin dicha entrevista, al igual que sin el cese de la polémica abierta en la prensa, sin el cese de la crítica que se hace dentro de su partido a los otros partidos hermanos, sería dificultoso preparar la conferencia y lograr su objetivo principal: el fortalecimiento de la unidad del movimiento comunista internacional. Precisamente por ello, el C.C. del P.C.U.S., al estar de acuerdo con las propuestas hechas a comienzos del año 1962 por los camaradas vietnamitas, indonesios, ingleses, suecos y otros sobre la convocatoria de una conferencia de los partidos hermanos de todos los países, subrayó al mismo tiempo la necesidad de aplicar medidas que creasen un ambiente favorable para las labores del foro comunista mundial.

Ya en su carta del 22 de febrero del año 1962 el C.C. del P.C.U.S. exhortaba a «cortar las discusiones inútiles sobre los problemas en que tenemos distinta comprensión y abstenerse de intervenir públicamente con declaraciones que no contribuyan a suavizar, sino solamente a profundizar nuestras divergencias». En la carta dirigida al Comité Central del P.C.Ch el 31 de mayo de 1962 escribíamos: «Como es bien sabido por ustedes, nuestro Partido siempre estuvo y está a favor de la discusión colectiva de los problemas cardinales del movimiento comunista mundial. El C.C. del P.C.U.S. fue el iniciador de las Conferencias de los partidos hermanos de los años 1957 y 1960. En ambas ocasiones dichas Conferencias estuvieron vinculadas a serios cambios de la situación internacional y a la conveniencia de elaborar la táctica correspondiente del movimiento comunista. También en esta ocasión apoyamos plenamente la propuesta de convocar una conferencia de todos los partidos hermanos.»

Nosotros considerábamos provechoso que durante la preparación de dicha conferencia los partidos hermanos pudieran analizar profunda y multilateralmente los nuevos fenómenos operados en la vida internacional y su actividad por aplicar los acuerdos colectivos de nuestro movimiento. El C.C. del P.C.U.S. revelaba la preocupación, comprensible para todos los comunistas, de que la conferencia no agudizase las divergencias surgidas, sino que coadyuvase al máximo a resolverlas.

En las intervenciones de numerosos dirigentes de los partidos hermanos se han manifestado justamente durante el

último tiempo criterios análogos acerca de la necesidad de dar una serie de pasos antes de la conferencia, como resultado de los cuales se crearía una situación normal en el movimiento comunista y la contrastación de opiniones se reduciría al marco permisible de una discusión camaraderil de partido. Ahora, según se desprende de su carta, ustedes también están de acuerdo con ello y puede considerarse que se ha logrado cierto avance en la preparación de la próxima conferencia.

Se comprende que cuando dos partidos examinan cuestiones que afectan a todos los partidos hermanos, dicho examen solamente puede tener un carácter previo. Las Conferencias de 1957 y 1960 demostraron que la elaboración de la línea del movimiento comunista internacional solamente puede llevarse a cabo con acierto si en ello participan colectivamente todos los partidos hermanos y se toma en consideración como es debido la experiencia multifacética de todos sus destacamentos.

Hemos estudiado detenidamente sus consideraciones referentes al círculo de problemas que podrían ser objeto de examen en la entrevista de los representantes del P.C.U.S. y del P.C.Ch. Son cuestiones importantes y estamos dispuestos a examinarlas.

A su vez, en esta carta también quisiéramos detenernos en algunas cuestiones de principio, que a nuestro parecer se encuentran en el centro de atención de los partidos hermanos y de la lucha de los mismos por nuestra causa común. No se trata por cierto, de una exposición completa de nuestros puntos de vista sobre dichas cuestiones. Tratamos únicamente de señalar lo que tiene importancia de principio, lo que nos guía en la política que seguimos en la palestra mundial y en las relaciones recíprocas con los partidos hermanos.

Esperamos que la exposición de nuestros puntos de vista ayudará a precisar el círculo de cuestiones que requieren un intercambio de opiniones en la entrevista bilateral y contribuirá a resolver las divergencias existentes. Lo hacemos para reiterar una vez más nuestra firme y consecuente decisión de defender la plataforma ideológica de todo el movimiento comunista mundial y la línea general del mismo, reflejada en las Declaraciones.

Durante el tiempo transcurrido desde la aprobación de las Declaraciones, la vida, lejos de quebrantar una sola de las tesis fundamentales, por el contrario, ha confirmado totalmente la justicia de la línea que sigue el movi-

miento comunista mundial, marcada conjuntamente sobre la base de la sintetización de la experiencia contemporánea y del desarrollo creador del marxismo-leninismo.

El P.C.U.S. arranca del criterio de que nuestra época, cuyo contenido fundamental es el paso del capitalismo al socialismo iniciado por la Gran Revolución Socialista de Octubre, es una época de lucha de dos sistemas sociales contrapuestos, la época de las revoluciones socialistas y de las revoluciones de liberación nacional, la época del desmoronamiento del imperialismo, de la liquidación del sistema colonial, la época del paso de nuevos y nuevos pueblos a la vida socialista, del triunfo del socialismo y del comunismo en escala mundial.

La situación creada en el mundo y los cambios operados en la correlación de las fuerzas de clases en el ámbito internacional, cambios que ofrecen nuevas posibilidades a nuestro movimiento, exigen la elaboración de una línea general del movimiento comunista mundial conforme a sus metas cardinales en la presente etapa.

Después de la Segunda Guerra Mundial, emprendieron el camino del socialismo varios países de Europa, la revolución socialista triunfó en China y en otros países de Asia y se formó el sistema socialista mundial. En las democracias populares, el nuevo régimen se consolidó y supo asegurar un alto ritmo de desarrollo económico, político y cultural en esos países por la vía del socialismo. La comunidad socialista se ha aglutinado estrechamente en el terreno político y militar. Gracias a los progresos de la Unión Soviética y demás países hermanos, la correlación de fuerzas ha cambiado sensiblemente en el mundo a favor del socialismo y en contra del imperialismo. En ello desempeñaron un importante papel la liquidación del monopolio norteamericano sobre el arma atómica y de hidrógeno y la creación por la Unión Soviética de un pujante potencial bélico.

La formación del sistema socialista mundial es una conquista de alcance histórico de la clase obrera internacional y de todos los tradajadores, conquista que materializa los sueños de la humanidad sobre una nueva sociedad. El incremento de la producción, los enormes progresos de la ciencia y de la técnica en los países del socialismo, han permitido crear tal potencia económica y defensiva de la comunidad socialista, que no sólo salvaguarda sólidamente las conquistas del socialismo,

sino que es también un poderoso bastión de la paz y la seguridad de todos los pueblos de la Tierra.

Este cambio cardinal en la correlación de fuerzas ha implicado también la agravación ulterior de la crisis general del capitalismo y de todas sus contradicciones. Terminada la Segunda Guerra Mundial, cambió la distribución de fuerzas dentro del campo imperialista. Los centros económico, político y militar del imperialismo pasaron de Europa a los Estados Unidos de América. La burguesía monopolista de los EE.UU. pasó a ser el principal bastión de la reacción internacional. Ella se arrogó el papel de salvador del capitalismo. El imperialismo norteamericano cumple hoy las funciones de gendarme internacional. El imperialismo norteamericano, valiéndose de la política de bloques militares, trata de poner bajo su dominio a otros Estados capitalistas. Ello hace que Francia, Alemania Occidental, Japón y otros grandes Estados capitalistas se contrapongan a los Estados Unidos de América. El restablecimiento de la economía de los países capitalistas que sufrieron los efectos de la guerra mundial, y un ritmo más rápido de desarrollo en ellos que en los EE.UU., acrecientan el deseo de una serie de países europeos de escapar del diktat norteamericano. Todo esto hace que se profundicen los motivos existentes y aparezcan nuevos motivos de competencia imperialista y de conflictos, que debilitan el sistema capitalista en su conjunto.

La esencia antipopular y rapaz del imperialismo no ha cambiado, pero, con la creación del sistema socialista mundial, con el crecimiento de su potencial económico y militar, han menguado visiblemente las posibilidades de que el imperialismo influya en la marcha del proceso histórico, al mismo tiempo que cambian las formas y los métodos de su lucha contra los países socialistas, contra el movimiento de liberación nacional y revolucionario mundial. Los imperialistas aterrados por el impetuoso ascenso de las fuerzas del socialismo y del movimiento de liberación nacional agrupan sus fuerzas, hacen esfuerzos febriles por proseguir la lucha en pro de sus fines explotadores y tratan por todas partes de minar las posiciones de los países socialistas y del movimiento de liberación nacional, de debilitar su influencia.

Es a todas luces evidente que el contenido y la orientación principal del desarrollo histórico de la sociedad humana en la época actual no vienen

determinados ya por el imperialismo, sino por el sistema socialista mundial, por todas las fuerzas progresistas que luchan contra el imperialismo y en pro de la reestructuración socialista de la sociedad. La contradicción entre el capitalismo y el socialismo es la principal contradicción de nuestra época. Del desenlace de la lucha entre los dos sistemas mundiales depende en alto grado la suerte de la paz, la democracia y el socialismo. Dentro de todo esto, la correlación de fuerzas en la palestra mundial cambia más y más a favor del socialismo.

La lucha de los pueblos de Asia, Africa y América Latina por su liberación nacional y social y los éxitos conseguidos en la misma, la lucha creciente de la clase obrera y de todos los trabajadores de los países capitalistas contra los monopolios, contra toda explotación y a favor del progreso social, tiene importancia capital para el destino del desarrollo histórico de la humanidad. Las revoluciones socialistas, las revoluciones de liberación nacional antiimperialistas, las revoluciones anticoloniales, las revoluciones democráticas populares, los amplios movimientos campesinos, la lucha de las masas populares por el derrocamiento de los regímenes fascistas y tiránicos y los movimientos democráticos contra la opresión nacional se funden en nuestra época en un torrente revolucionario mundial único que corroe y destruye al capitalismo.

Al marcar su línea aplicable a las nuevas condiciones el movimiento comunista mundial tuvo que tomar en consideración con toda seriedad un factor tan importante como el del cambio cualitativo radical de los medios técnicos bélicos de hacer la guerra, ligado con la aparición y acumulación de las armas termonucleares, de fuerza destructora inusitada. Hasta tanto no se realice el desarme, la comunidad socialista debe tener siempre superioridad sobre los imperialistas en sus fuerzas armadas. Nosotros haremos que los imperialistas tengan presente que si desencadenan la guerra con el fin de resolver por la fuerza de las armas la cuestión del camino que debe seguir la humanidad —el camino del capitalismo o el del socialismo—, ésta será la última guerra, en la que el imperialismo será derrotado definitivamente.

En las circunstancias actuales el deber de todos los combatientes por la paz y el socialismo consiste en aprovechar al máximo las posibilidades favorables que se ofrecen para el triunfo del socia-

lismo y no permitir que el imperialismo desencadene la guerra mundial.

El análisis correcto de la distribución de las fuerzas de clase en la palestra mundial y el certero curso marxista-leninista elaborado en las Conferencias de Moscú permitieron a los partidos hermanos lograr serios éxitos en el desarrollo del sistema socialista mundial y coadyuvaron a desplegar la lucha revolucionaria de clase en los países capitalistas y el movimiento de liberación nacional.

El sistema socialista ejerce una influencia cada vez más creciente sobre la marcha del desarrollo mundial. Todo el proceso revolucionario mundial transcurre hoy día bajo la influencia directa de la gran fuerza del ejemplo de la nueva vida en los países del socialismo. Las ideas del comunismo prenden en las mentes y corazones de las amplias masas populares con tanto mayor éxito, cuanto mayores e importantes son nuestros adelantos en la edificación del socialismo y del comunismo. Por ello, es comprensible que quien quiera acercar la hora del triunfo del socialismo en todo el mundo, debe preocuparse ante todo, del fortalecimiento de la gran comunidad socialista, de su poderío económico, de elevar el nivel de vida de sus pueblos, de fomentar la ciencia, la técnica y la cultura, de afianzar la unidad y la cohesión de la misma y de elevar su prestigio internacional. La Declaración de la Conferencia de Moscú responsabiliza a los partidos marxista-leninistas y a los pueblos de los países socialistas ante el movimiento obrero internacional por la feliz edificación del socialismo y del comunismo.

Al fortalecer incansablemente el sistema socialista mundial, los partidos hermanos y los pueblos de nuestros países hacen su aportación a la gran causa de la lucha de la clase obrera internacional, de todos los trabajadores y de todo el movimiento liberador por solucionar los problemas cardinales de la actualidad en bien de la paz, de la democracia y del socialismo.

La actual correlación de fuerzas en la arena mundial permite a los países socialistas, junto con todas las fuerzas amantes de la paz, plantear por primera vez en la historia, como tarea completamente real, conjurar una nueva guerra mundial y garantizar la paz y la seguridad de los pueblos.

Los años transcurridos desde la aprobación de la Declaración confirman por entero la justeza de dicha directiva. El que las fuerzas agresivas no hayan logrado empujar a la humanidad al

abismo de la guerra termonuclear aniquiladora es resultado importante del fortalecimiento del poderío de los países socialistas, de la invariable aplicación por ellos de una política pacífica exterior, que conquista cada vez mayor reconocimiento y apoyo entre centenares de millones de personas y predomina sobre la política imperialista de agresión y de guerra.

Ningún marxista duda de que el imperialismo, que pierde posición tras posición, tiende a mantener por todos los medios su dominación sobre los pueblos y a recobrar las posiciones perdidas. En la actualidad tiene lugar la mayor conjura internacional de los imperialistas que registra la historia contra los países del socialismo y el movimiento mundial de liberación. Se comprende que no existe la garantía de que los imperialistas no intenten desencadenar una nueva guerra. Los comunistas deben ver claro dicha amenaza.

Pero la situación del agresor en las circunstancias presentes se diferencia radicalmente de aquella en que se encontraba antes de la Segunda Guerra Mundial y, tanto más, de la primera. Antes, las guerras terminaban corrientemente con la victoria de unos países capitalistas sobre otros. Pero los vencidos continuaban viviendo, al cabo de algún tiempo recuperaban sus fuerzas y hasta se hallaban en condiciones de volver a desatar una agresión, como lo demuestra, en particular, el ejemplo de Alemania. La guerra termonuclear no ofrece esa perspectiva a ningún agresor, y los imperialistas no tienen más remedio que tomarlo en consideración. El miedo al contragolpe, el temor al castigo, les coarta a desencadenar una guerra mundial. La comunidad socialista se ha fortalecido tanto que el imperialismo ya no puede, como antes, imponer a los pueblos sus condiciones y dictarles su voluntad. Esto es una conquista histórica de la clase obrera internacional y de todos los pueblos.

Por su esencia rapaz, el imperialismo no puede desprenderse de su deseo de resolver las contradicciones en la palestra internacional por la vía de la guerra. Pero, por otra parte, tampoco puede desencadenar una guerra termonuclear mundial sin tener en cuenta que se expone al peligro de desaparecer.

La guerra mundial, con la que el imperialismo amenaza a la humanidad, no es fatalmente inevitable. La creciente superioridad de las fuerzas del socialismo sobre las fuerzas del imperialismo, de las fuerzas de la paz

sobre las fuerzas de la guerra, hace que, aun antes de la victoria total del socialismo en la Tierra, aun conservándose el capitalismo en una parte del mundo, sea realmente posible excluir la guerra mundial de la vida de la sociedad.

Cierto que para conjurar esa guerra es indispensable continuar reforzando al máximo el sistema socialista, cohesionando al máximo a todas las fuerzas de la clase obrera internacional y del movimiento de liberación nacional, a todas las fuerzas democráticas. Aquellos a quienes son caros los intereses del socialismo y de la paz deben hacer todo lo necesario para frustrar los criminales designios de la reacción mundial, no permitirle que desencadene una guerra termonuclear y arrastre con ella a la tumba a centenares de millones de seres humanos. El cálculo sereno de los efectos irremediables que una guerra termonuclear tendría para toda la humanidad y para la causa del socialismo plantea imperiosamente ante los marxistas-leninistas la tarea de hacer todo lo que esté al alcance de nuestras fuerzas para evitar un nuevo conflicto mundial.

El C.C. del P.C.U.S. se guía firmemente por lo que dice la Declaración de 1960 de que «estando el mundo, como está, dividido en dos sistemas, el único principio justo y racional en las relaciones internacionales, es el de la coexistencia pacífica de los Estados con distinto régimen social, planteado por V. Lenin y desarrollado en la Declaración de Moscú y en el Manifiesto de la Paz de 1957, así como en las resoluciones de los XX y XXI Congresos del P.C.U.S. y en los documentos de otros partidos comunistas y obreros».

Nuestro partido, educado por el gran Lenin en el espíritu de la irreconciliable lucha contra el imperialismo, tiene presente la advertencia leninista de que el capitalismo, aunque muere, se encuentra todavía en condiciones de causar a la humanidad desgracias sin cuento. La Unión Soviética desarrolla al máximo su economía y, sobre esta base, perfecciona su defensa, acrecienta su potencial bélico y mantiene las fuerzas armadas listas siempre a actuar. Pero el poderío creciente de nuestro país no lo hemos utilizado ni utilizaremos para amenazar a nadie, ni para encender los ánimos bélicos, sino para reforzar la paz, conjurar una nueva guerra mundial y defender nuestro país y demás países socialistas.

La política de coexistencia pacífica responde a los intereses vitales de todos

los pueblos, coadyuva al afianzamiento de las posiciones del socialismo y al incremento de la influencia internacional de los países socialistas. eleva el prestigio e influencia de los comunistas.

La coexistencia pacífica no supone la reconciliación de las ideologías socialista y burguesa. Marchar por semejante camino significaría renunciar al marxismo-leninismo y frenar la edificación socialista. La ideología burguesa es una especie de caballo de Troya que los imperialistas intentan introducir en las filas del movimiento obrero y comunista. La coexistencia pacífica de los Estados con distintos regímenes sociales presupone: una tensa lucha ideológica, política y económica entre los dos sistemas sociales; la lucha de clases de los trabajadores dentro de los países del sistema capitalista, incluida la lucha armada cuando los pueblos lo crean conveniente; el incremento incesante del movimiento liberador nacional de los pueblos de los países coloniales y dependientes.

Los hechos demuestran, que la lucha por conjurar la guerra mundial no agarró en lo más mínimo a las fuerzas del movimiento comunista mundial y de liberación nacional, sino, por el contrario, cohesiona en torno de los comunistas a las amplias masas populares. Precisamente en la situación de coexistencia pacífica de los Estados con distintos regímenes sociales se realizó la revolución socialista en Cuba, el pueblo argelino logró la independencia nacional, más de cuarenta países conquistaron la independencia nacional, se robustecieron y crecieron los partidos hermanos y aumentó la influencia del movimiento comunista mundial.

Aprovechando la situación de coexistencia pacífica, los países socialistas logran nuevos éxitos en la emulación económica con el capitalismo. Nuestros contrarios comprenden que les es difícil contar con el triunfo en la emulación con nosotros. Ellos no están en condiciones de oponerse al ritmo rápido del auge económico de los países del socialismo y son impotentes ante la fuerza imantadora que el ejemplo de los países socialistas ejerce en los pueblos que se encuentran bajo el yugo del capitalismo.

A medida que crece la economía de la comunidad socialista irán poniéndose de relieve con mayor brillantez las ventajas del socialismo y la posibilidad de que los trabajadores disfruten de mayores bienes materiales y espirituales en comparación con el capitalismo. La

elevación del nivel de vida de los pueblos de los países socialistas es una gran fuerza de atracción para la clase obrera de todos los países capitalistas. Los éxitos de la comunidad socialista serán una especie de catalizador y un factor revolucionario para el despliegue de la lucha de clases en los países capitalistas y la victoria de la clase obrera sobre el capitalismo.

Los pueblos que emprenden la senda del socialismo heredan del pasado una economía y una cultura que se encuentran a niveles distintos. Pero independientemente de ello —y de ejemplo pueden servir la Unión Soviética y los países de democracia popular—, el socialismo despierta a la vida potentes fuerzas productivas. La Unión Soviética ya ha superado a los países capitalistas más desarrollados de Europa en el progreso económico, ocupa el segundo lugar, y en un futuro no lejano pasará a ocupar el primer puesto, en el mundo. Los demás países del socialismo también han logrado sensibles éxitos. El régimen socialista es tan progresivo que permite a los pueblos liquidar a ritmo rápido el atraso, alcanzar a los países más adelantados y luchar junto con ellos en la misma fila por la edificación del comunismo.

Todo ello anima a los pueblos y les infunde confianza en que pueden marchar por la vía del socialismo y lograr éxitos en dicho camino, independientemente del nivel de desarrollo histórico en que se encuentran hoy día. La marcha de los pueblos hacia la nueva vida está facilitada por el hecho de que pueden elegir lo mejor de la experiencia mundial en la edificación del socialismo, tomando en consideración tanto lo positivo como lo negativo de la experiencia en la edificación socialista.

Cuanto más rápido se desarrollen las fuerzas productivas de los países socialistas, cuanto más se eleve el potencial económico de los mismos, tanto más fuerte será la influencia de la comunidad socialista en el ritmo y orientación de todo el progreso histórico en bien de la paz y del triunfo total del socialismo.

Nuestro partido parte de que en la época actual existen condiciones internacionales e internas favorables para el paso de nuevos países al socialismo. Esto es justo tanto respecto a los países capitalistas desarrollados, como a los países que conquistaron recientemente la independencia nacional.

El proceso revolucionario mundial se

désenvuelve con mayor amplitud abarcando a todos los continentes. La lucha de la clase obrera en los países capitalistas desarrollados y el movimiento de liberación nacional están estrechamente vinculados y se favorecen mutuamente. La marcha del progreso social ha conducido a que la lucha revolucionaria, independientemente del país donde se desarrolle, esté enfilada contra el principal enemigo común, el imperialismo y la burguesía monopolista.

Los partidos marxistas-leninistas de todo el mundo tienen ante sí el objetivo común de movilizar a todas las fuerzas en la lucha por la conquista del poder por los obreros y campesinos trabajadores y por la edificación del socialismo y del comunismo. Al trazar la línea táctica de su lucha, cada partido comunista debe tomar en consideración la experiencia de todo el movimiento comunista mundial y prestar atención a aquellos intereses, fines y tareas que se plantea nuestro movimiento en conjunto y a la línea general del mismo en el período dado.

Mas con todo ello, la elaboración de las formas y métodos de lucha por el socialismo es asunto interno de la clase obrera de cada país y de su vanguardia comunista. Ningún otro partido hermano, independientemente de sus efectivos, experiencia y prestigio puede precisar la táctica, las formas y los métodos de la lucha revolucionaria en otros países. La revolución es obra de las más amplias capas populares. El análisis exacto de la situación concreta y la apreciación correcta de la correlación de fuerzas es una de las condiciones primordiales de la revolución. No es posible contener el ímpetu revolucionario de las masas en la lucha por el triunfo de la revolución socialista cuando para ello han madurado las condiciones objetivas y subjetivas. Eso significaría la muerte. Pero tampoco es posible empujar artificialmente la revolución si para ello no maduraron las condiciones. Un levantamiento prematuro, y así lo enseña la experiencia de la lucha revolucionaria de clases, está condenado al fracaso. Los comunistas llaman a los trabajadores a marchar bajo la bandera roja para triunfar en la lucha por una vida mejor en la tierra, y no para morir, aunque sea heroicamente. El heroísmo y el espíritu de sacrificio, indispensables en los combates revolucionarios, no hacen falta de por sí, sino en aras del triunfo de las grandes ideas del socialismo.

EL PCUS saludó y saludará a la clase

obrero revolucionaria y a los trabajadores de todo país, que encabezados por su vanguardia comunista, aprovechen hábilmente la situación revolucionaria para asestar un golpe demoledor al enemigo de clase e instaurar un nuevo régimen social.

La táctica y la política de los partidos comunistas de los países capitalistas tienen rasgos comunes especiales, ligados con la etapa actual de la crisis general del capitalismo y con la correlación de fuerzas existente en la palestra mundial. Como resultado del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, no sólo se han agravado las contradicciones de la sociedad capitalista, que surgieron anteriormente, sino que se han engendrado otras nuevas. El capitalismo monopolista de Estado ha conducido a un mayor estrechamiento de la base social del imperialismo en el interior del país y a la concentración del poder en manos de un estrecho grupo de los monopolistas más influyentes. Esto engendra en otro polo una corriente antimonopolista única, que incluye a la clase obrera, al campesinado, a la pequeña burguesía, a la intelectualidad trabajadora y a algunas otras capas de la sociedad capitalista, interesadas en liberarse de la omnipotencia de los monopolios y de la explotación, y en el paso al socialismo.

En nuestra época crece sensiblemente la importancia de los movimientos democráticos: la lucha por la paz general, por conjurar la catástrofe mundial termonuclear, por mantener la soberanía nacional, por defender la democracia contra los ataques del fascismo, por las reformas agrarias, por el movimiento humanista en defensa de la cultura, etc.

Nuestro Partido se mantiene firmemente en las posiciones leninistas, se atiene a la declaración de que la revolución socialista no está ligada inevitablemente con la guerra. Ciertamente que las guerras mundiales entrañan revoluciones triunfantes, pero las revoluciones pueden realizarse sin guerra.

Si los comunistas vinculasen el triunfo de la revolución socialista con la guerra mundial, esto no solamente no despertaría simpatías hacia el socialismo, sino que apartaría del mismo a las masas. Con los medios actuales de hacer la guerra y las espantosas consecuencias destructoras de los mismos, semejante llamamiento favorecería sólo a nuestros enemigos.

La clase obrera y su vanguardia — los partidos marxistas-leninistas — tienden a realizar la revolución socialista por la vía pacífica, sin guerras civiles. La realización de esta posibilidad corres-

ponderaría a los intereses de la clase obrera y de todo el pueblo, a los intereses nacionales del país. Junto con ello, la elección de la vía de desarrollo de la revolución no depende sólo de la clase obrera. Si las clases explotadoras recurren a la violencia contra el pueblo la clase obrera se verá precisada a recurrir a la vía no pacífica para la toma del Poder. Todo dependerá de las condiciones concretas, de la distribución de las fuerzas de las clases en el interior del país y en el ámbito internacional.

Se comprende que, independientemente de la forma en que se realice el paso del capitalismo al socialismo, ese paso sólo será posible mediante la revolución socialista y la dictadura del proletariado en sus distintas formas. Justipreciando la lucha abnegada de la clase obrera, encabezada por los comunistas, en los países del capital, el P.C.U.S. considera deber suyo prestarle toda la ayuda y el apoyo posibles.

Nuestro Partido considera el movimiento liberador nacional parte componente del proceso revolucionario mundial y potente fuerza que destruye el frente del imperialismo. Los pueblos de las antiguas colonias se yerguen en toda su talla hacia la creación histórica independiente y buscan las vías para el auge de su cultura y economía nacionales. El incremento de las fuerzas del sistema socialista coadyuva activamente a la liberación de los pueblos oprimidos, a la conquista por ellos de la independencia económica, al desarrollo ulterior y expansión del movimiento liberador nacional y a su lucha contra todas las formas de colonialismo viejo y nuevo.

El movimiento de liberación nacional ha entrado en la fase final de la liquidación de los regímenes coloniales. Ya no está lejos la hora en que todos los pueblos que aún se encuentran bajo el yugo de los colonialistas conquisten su libertad e independencia. Los pueblos que se liberan se enfrentan de lleno con el problema de fortalecer la independencia política, de liquidar el atraso económico y cultural y de liquidar todas las formas de dependencia del imperialismo.

Las tareas acuciantes del renacimiento nacional en los países que se han sacudido el yugo colonial pueden llevarse a feliz término sólo luchando resueltamente contra el imperialismo y los restos de feudalismo y aunando en un frente nacional único a todas las fuerzas patrióticas de la nación: la clase obrera, el campesinado, la bur-

guesía nacional y la intelectualidad democrática.

Los pueblos que luchan por su liberación nacional y los que ya han conquistado la independencia política, han dejado o dejan de ser reserva del imperialismo, ellos con el apoyo de los Estados socialistas y de todas las fuerzas progresivas infligen con mayor frecuencia derrotas a las potencias y coaliciones imperialistas.

Los jóvenes estados nacionales se desenvuelven bajo la emulación de los dos sistemas sociales mundiales. Esta circunstancia ejerce enorme influencia en el desarrollo económico y político de los mismos y en la elección de las vías por que marcharán en el futuro. Los Estados que han conquistado recientemente su libertad nacional no forman parte ni del sistema de Estados socialistas, ni del sistema de Estados capitalistas, pero la inmensa mayoría de ellos aún no ha escapado de la órbita de la economía capitalista mundial, aunque ocupa un lugar especial en el mismo. Esto es aún una parte del mundo explotado por los monopolios capitalistas.

Ahora, que la independencia política ha sido ya lograda, pasa a primer plano la lucha de los jóvenes Estados soberanos contra el imperialismo, por el renacimiento definitivo nacional y por la independencia económica. La conquista de la plena independencia por los países subdesarrollados significará un nuevo y sensible debilitamiento del imperialismo, pues en tal caso sería destruido inevitablemente todo el sistema actual de explotación, y desigualdad en la división internacional del trabajo, se socavaría el fundamento de la explotación económica de la « aldea mundial » por los monopolios capitalistas. El desarrollo de la economía nacional independiente en los países subdesarrollados, que se apoya en la ayuda eficiente del sistema socialista, infligirá un nuevo y sensible golpe al imperialismo.

En la lucha por la conquista y afianzamiento de la independencia es necesario cohesionar por todos los medios a todas las fuerzas de la nación dispuestas a luchar contra el imperialismo. El ala derecha de la burguesía nacional, que tiende a mantener su situación dominante después de la conquista de la independencia, por algún período puede instaurar regímenes políticos reaccionarios y desencadenar persecuciones contra los comunistas y otros demócratas. Sin embargo, dichos regímenes son de poca duración por cuanto obstaculizan el progreso y la solución de las tareas

nacionales acuciantes, ante todo, la consecución de la independencia económica y el desarrollo de las fuerzas productivas. He aquí por qué, pese al apoyo activo por parte de los imperialistas, dichos regímenes serán barridos por la lucha de las masas populares.

El P.U.C.S. considera la unión fraternal con los pueblos que han arrojado el yugo colonial y con los pueblos semicoloniales como una de las piedras angulares de su política internacional. Nuestro Partido estima un deber internacionalista el ayudar a los pueblos que marchan por la vía de la conquista y el fortalecimiento de la independencia nacional y a todos los pueblos que luchan por la liquidación total del sistema colonial. La Unión Soviética apoyó y apoya las guerras sagradas de los pueblos por su libertad, prestando toda clase de ayuda moral, económica, militar y política al movimiento de liberación nacional.

El pueblo soviético prestó una gran ayuda al pueblo argelino cuando éste luchaba contra los colonialistas franceses. Fuimos los primeros en tender la mano de ayuda al pueblo del Yemen cuando se levantó contra la esclavitud en su país. Nosotros prestamos una ayuda multilateral al pueblo indonesio en su lucha por la liberación del Irián Occidental contra los imperialistas holandeses, que se apoyaban en los imperialistas de los EE. UU. Saludamos la lucha del pueblo indonesio por la liberación del Kalimantan Septentrional.

Los viejos y nuevos colonialistas tejen redes de intrigas y complots contra el movimiento liberador de los pueblos del Sudeste de Asia. Nuestras simpatías y ayuda invariablemente están de parte de los que luchan por su libertad e independencia nacional. Estamos profundamente convencidos de que los pueblos de Viet-Nam del Sur y de Corea del Sur, pese a todos los esfuerzos de los imperialistas norteamericanos y de sus títeres, lograrán el triunfo en la lucha y conseguirán la integración de sus territorios patrios.

Al declararse en contra de la exportación de la revolución, nuestro partido hizo y hace todo lo posible para cortar el camino a la exportación de la contrarrevolución. Estamos firmemente convencidos de que la concatenación y la unidad de acción de las tres grandes fuerzas revolucionarias de la actualidad —los pueblos que edifican el socialismo y el comunismo, el movimiento obrero revolucionario internacional y el movimiento liberador nacional— consti-

tuyen el fundamento de la lucha de los pueblos contra el imperialismo y la garantía del triunfo de los mismos.

Toda la marcha del progreso mundial en los últimos años ha confirmado íntegramente la justeza de la línea del movimiento comunista, que ha reportado magníficos resultados en la práctica. Gracias a la realización de dicha línea, las fuerzas que luchan contra el imperialismo, por la paz, la independencia nacional y el socialismo lograron nuevos éxitos. El P.C.U.S. considera su deber plasmar en la vida, consecuente e invariablemente, dicha línea.

Estamos profundamente convencidos de que no existe fundamento alguno para revisar dicha línea.

Junto con ello, el C.C del P.C.U.S. considera que sería provechoso en el curso de los preparativos para la conferencia, y también en la misma Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros, intercambiar opiniones sobre lo nuevo con que la vida ha enriquecido durante los últimos años la línea del movimiento comunista internacional, marcada en las Declaraciones.

En su carta ustedes, queridos camaradas, señalan justamente que la garantía de todos nuestros éxitos es el fortalecimiento de la unidad de las filas del movimiento comunista y de la cohesión de los países socialistas. En el último tiempo, el P.C.U.S. ha expuesto reiteradas veces en sus Congresos y en los encuentros comunistas internacionales cómo comprende él los principios de las relaciones entre los partidos marxistas-leninistas. Nosotros hemos subrayado ante el mundo entero que en el movimiento comunista, al igual que en la comunidad socialista, todos los partidos comunistas y obreros, todos los países socialistas han sido y son completamente iguales. En el movimiento comunista no hay partidos « superiores » e « inferiores ». No puede ser de otra manera. El caudillaje de un partido cualquiera o la aparición de una hegemonía cualquiera no es nada positivo, sino negativo, para el movimiento obrero y comunista internacional. Todos los partidos comunistas son independientes e iguales, todos responden de la suerte del movimiento comunista, de sus victorias y reveses, y todos deben basar sus relaciones en el internacionalismo proletario y la ayuda mutua.

Nosotros partimos también del criterio de que el internacionalismo proletario impone obligaciones iguales a todos los partidos, grandes y pequeños, sin excepciones para ninguno. Todos los partidos

deben preocuparse por igual de que su actividad se asiente en los principios marxistas-leninistas y corresponda a los intereses del fortalecimiento de la unidad de los países socialistas y de todo el movimiento comunista y obrero mundial.

La formación y el desarrollo del sistema socialista mundial infunde particular importancia al problema de la existencia de relaciones justas entre los partidos marxistas-leninistas. Los Partidos Comunistas y Obreros en los países del socialismo, son partidos gobernantes que responden de la suerte de sus Estados y de sus pueblos. En estas circunstancias, la violación de los principios marxistas-leninistas de las relaciones entre los partidos no sólo puede afectar a los intereses de los partidos, sino también a los intereses de las amplias masas populares.

El P.C.U.S., guiado por los altos intereses de nuestra causa, liquidó los efectos del culto a la personalidad de Stalin e hizo todo lo necesario para restablecer totalmente los principios leninistas de la igualdad en las relaciones entre los partidos hermanos y de respeto a la soberanía de los países socialistas. Esto jugó un enorme papel positivo para reforzar la unidad de toda la comunidad socialista. Se creó una situación favorable para que nuestra amistad se robusteciera en pie de igualdad, de respeto a la soberanía de cada Estado, de la ayuda mutua y la colaboración de camaradas, del cumplimiento voluntario de su deber internacional por cada país. Al mismo tiempo, quisiéramos remarcar que la igualdad socialista no quiere decir únicamente tener igual derecho a participar en la elaboración colectiva de la línea común, sino también responsabilidad igual de los partidos hermanos de los países socialistas por la suerte de toda la comunidad.

En la Declaración de la Conferencia de Moscú de los partidos hermanos se subrayó la tesis de que es indispensable la alianza más estrecha de los países que se desgrajan del capitalismo, la unificación de sus esfuerzos en la construcción del socialismo y del comunismo. Los intereses de todo el sistema socialista y los intereses nacionales se conjugan armónicamente. La vida prueba que cada país puede resolver lo mejor posible sus problemas nacionales únicamente en estrecha colaboración con los demás países socialistas, basándose en la verdadera unidad y en la ayuda mutua.

Nuestra unidad y nuestras acciones solidarias no surgen por azar. Ellas vie-

nen impuestas por una necesidad objetiva y son resultado de una actividad consciente, de la política internacionalista, tendente a un fin, de los partidos marxistas-leninistas, de su desarrollo incansable por la cohesión de nuestras filas.

Nosotros no cerramos los ojos ante el hecho de que en las relaciones entre los países socialistas pueden surgir distintas interpretaciones de unos u otros problemas de la edificación interior y del movimiento comunista internacional, una distinta visión de las formas y métodos de nuestra colaboración. Esto es posible, pues los países del sistema mundial del socialismo se encuentran en etapas distintas de la construcción de la nueva sociedad, no todos tienen la misma experiencia de relaciones con el mundo exterior. Tampoco podemos excluir que la causa de las divergencias pueda haber también un enfoque distinto de la solución de algunos problemas del marxismo-leninismo por unos u otros partidos hermanos. La exageración del papel de las peculiaridades específicas nacionales puede apartarnos del marxismo-leninismo. El desprecio de las peculiaridades nacionales puede apartarnos de la vida, de las masas, perjudicar al socialismo.

Todo ello obliga a preocuparnos constantemente por elaborar medios y métodos que nos permitan resolver, desde posiciones de principio, con el mínimo daño para nuestra causa común, las divergencias que surjan.

Los comunistas podemos discutir entre nosotros. Pero en todos los casos nuestro deber sagrado sigue siendo el de educar a nuestros pueblos en el espíritu de profunda solidaridad con todos los pueblos de la comunidad socialista. Los comunistas estamos obligados a inculcar a los pueblos no solamente el amor a su país, sino también hacia toda la comunidad socialista, hacia todos los pueblos, y a educar a cada persona que viva en cualquier país socialista en la comprensión de su deber fraternal respecto a los trabajadores de todo el mundo. Dejar de hacerlo, significaría violar el primer precepto de los comunistas, que les obliga a cohesionar a los partidos marxistas-leninistas y a los pueblos que edifican el socialismo y a guardar la unidad como las niñas de los ojos.

Las divergencias ideológicas y tácticas no deben ser utilizadas bajo ningún pretexto como fuente para avivar los sentimientos y prejuicios nacionalistas, la desconfianza y hostilidad entre los pueblos socialistas. Con toda responsa-

bilidad declaramos que el P.C.U.S. nunca dio ni dará un solo paso que pueda sembrar entre los pueblos de nuestro país la hostilidad en relación con el pueblo hermano chino y hacia otros pueblos. Por el contrario, en todas las circunstancias nuestro Partido propaga invariable y consecuentemente las ideas del internacionalismo y de la amistad estrecha con los pueblos de los países socialistas y con todos los pueblos del mundo. Consideramos de importancia remarcar que confiamos en que también el C.C. del P.C.Ch. comparte dicha posición.

En los movimientos internacionales comunista, obrero y de liberación hace falta aunar los esfuerzos comunes, movilizar a los pueblos en la lucha contra el imperialismo. El lema combativo de « Proletarios de todos los países, uníos », lanzado por Marx y Engels significa que la base de dicha unión está en la solidaridad antiimperialista de clases, y no en la pertenencia nacional, el color de la piel o el principio geográfico. La cohesión de las masas para la lucha contra el imperialismo únicamente conforme al principio de pertenencia a uno u otro continente —ya sea Africa, Asia, América Latina o Europa— puede perjudicar a los pueblos en lucha. Esto no sería una unión, sino en esencia la desunión de las fuerzas del frente único antiimperialista.

La fuerza del movimiento comunista internacional reside en la fidelidad al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario. El P.C.U.S. ha luchado y luchará contra la desviación del marxismo-leninismo y contra toda clase de oportunismo. Nosotros mantenemos firmemente las tesis de la Declaración del año 1960 en las que se indica la necesidad de luchar en dos frentes: contra el oportunismo de derecha y de izquierda. En la Declaración se señala justamente que el peligro principal en el movimiento comunista mundial es el revisionismo y se indica, junto con ello, la conveniencia de luchar resueltamente contra el sectarismo y el dogmatismo, que pueden convertirse en el peligro principal en una u otra etapa de desarrollo de algunos partidos si contra ellos no se lucha consecuentemente.

Nuestro Partido, guiándose por los intereses del fortalecimiento de la unidad del movimiento comunista mundial conforme a los principios del marxismo-leninismo también en lo adelante seguirá luchando decididamente tanto contra el oportunismo de derecha, como contra el de izquierda, hoy no menos

peligroso que el revisionismo. Nosotros continuamos siendo intransigentes en las cuestiones de principio y fundamentales de la teoría y la táctica del movimiento comunista, seguimos luchando contra el revisionismo y el sectarismo y no escatimamos esfuerzos para, mediante un examen paciente amistoso, aclarar las cuestiones en que se ha revelado una interpretación distinta, desbrozar el camino de todo lo que se ha acumulado y que obstaculiza nuestra cohesión. Nosotros partimos de que al criticar éstos o aquellos errores sobre cuestiones de principio del marxismo-leninismo, los partidos hermanos, como también las conferencias internacionales del movimiento comunista, se plantean indicar el peligro que encierra dicho género de errores y ayudar a solventarlos, y no a eternizarlos. Nosotros tendemos a cooperar a la cohesión en todos los sentidos, y no a desunir las fuerzas revolucionarias y cercenar unos u otros destacamentos de nuestro movimiento. Se comprende que los comunistas no pueden hacer concesiones en cuestiones de principio de la teoría marxista-leninista.

El P.C.U.S., como partido internacionalista, estudia atentamente la experiencia de lucha de los partidos marxistas-leninistas de todos los países del mundo. Nosotros estimamos altamente la lucha de la clase obrera y de su vanguardia revolucionaria, los partidos comunistas de Francia, Italia, EE. UU., Inglaterra y de otros países capitalistas, los partidos comunistas de los países de Asia, Africa y América Latina que luchan heroicamente contra la prepotencia de los monopolios imperialistas, del colonialismo y del neocolonialismo; por la libertad nacional y social.

Los partidos comunistas se han convertido en fuerzas influyentes de las naciones, en destacamentos avanzados de luchadores por la felicidad de sus pueblos. No es casual que la reacción descargue sobre los comunistas golpe tras golpe, tratando de doblegar su voluntad. En su lucha contra el movimiento comunista, la reacción esgrime la gastada mentira de la « mano de Moscú », es decir, como si los partidos comunistas no fueran una fuerza nacional sino que practicaran la política de otro país y fueran instrumento suyo. Los imperialistas hacen esto con un péfido designio, para luchar contra la creciente influencia de los partidos comunistas, para provocar la desconfianza en ellos por parte de las masas populares, para justificar las represiones policíacas contra los comunistas.

Mas todas las personas honestas saben que los partidos comunistas son precisamente los auténticos exponentes y defensores de los intereses nacionales, fieles patriotas que unen en la lucha por la felicidad del pueblo su amor a la Patria y el internacionalismo proletario. El P.C.U.S. considera un deber suyo apoyar por todos los medios la lucha heroica de sus hermanos en los países del capital y reforzar la solidaridad internacional con ellos.

Estas son, a rasgos generales, algunas de nuestras consideraciones sobre importantes cuestiones de principio del momento actual y de la estrategia y la táctica del movimiento comunista internacional, que hemos estimado oportuno exponer en esta carta.

Firmemente convencidos de que el actual rumbo del movimiento comunista internacional, expuesto en las Declaraciones de los partidos hermanos, es el único justo, estimamos que en la próxima entrevista de representantes del P.C.U.S. y del P.C.Ch. sería oportuno discutir los siguientes problemas más importantes de actualidad.

a) Problemas de la lucha por el fortalecimiento sucesivo del poderío del sistema socialista mundial y transformación de éste en factor decisivo del desarrollo de la sociedad humana, principal rasgo distintivo de nuestra época. Nosotros podríamos discutir conjuntamente cómo asegurar mejor y más rápidamente el triunfo de los países socialistas en la emulación económica pacífica con el capitalismo;

b) Problemas de la lucha por la paz y la coexistencia pacífica. Necesidad de de aunar los esfuerzos de todas las fuerzas pacíficas para conjurar una nueva guerra termonuclear mundial. Formación y fortalecimiento del más amplio frente único de partidarios de la paz. Denuncia de la esencia reaccionaria del imperialismo. Elevar la vigilancia y movilizar a las amplias masas del pueblo para luchar contra los preparativos de los imperialistas con el fin de desencadenar una nueva guerra mundial, para frustrar los planes agresivos de los imperialistas y aislar a las fuerzas de la reacción y la guerra. Implantación del principio leninista de la coexistencia pacífica de Estados con sistemas sociales distintos en las relaciones internacionales. Lucha por el desarme general y completo y liquidación de las secuelas de la Segunda Guerra Mundial;

c) Problemas de la lucha contra el imperialismo, encabezado por los EE.UU. Aprovechamiento, en aras de nuestra causa, del relajamiento de las posi-

ciones del capitalismo, de la creciente inestabilidad de todo el sistema capitalista de economía mundial, de la agravación de las contradicciones del capitalismo y, ante todo, de las contradicciones entre el trabajo y el capital, de la profunda crisis de la ideología y la política burguesas. Apoyo a la lucha de clases y revolucionaria de los trabajadores de los países capitalistas contra los monopolios por su emancipación social, por acabar con la explotación del hombre por el hombre y por la ampliación de los derechos democráticos y las libertades de los pueblos;

d) Problemas del movimiento de liberación nacional. Apoyo y desarrollo máximo de la lucha de liberación nacional de los pueblos. La lucha por la liquidación completa y definitiva del colonialismo y el neocolonialismo en todas sus formas. Apoyo a los pueblos que luchan contra el colonialismo y también a los países que han logrado su liberación nacional. Desarrollo de la colaboración económica y cultural con estos países;

e) Problemas del fortalecimiento de la unidad y cohesión de la comunidad socialista y de las filas del movimiento comunista. Necesidad de cohesionar al máximo el movimiento comunista internacional, la fuerza política más influyente de nuestro tiempo, especialmente cuando la reacción imperialista se une para luchar contra el comunismo. Inadmisibilidad de que se produzca ninguna clase de acciones que puedan minar esta unidad y respeto solidario por cada partido hermano a los criterios y conclusiones elaborados en común. Continuación de la lucha contra el revisionismo y el dogmatismo, como condición ineluctable para garantizar la pureza del marxismo-leninismo, su desarrollo creador, y los éxitos ulteriores del movimiento comunista. Fomento de las relaciones mutuas de los partidos hermanos, asentadas en los principios del internacionalismo proletario y en la ayuda y el apoyo recíprocos. Elaboración de medidas conjuntas para intensificar la lucha ideológica y política contra el imperialismo y la reacción.

En las conversaciones pueden tratarse todos los puntos expuestos en su carta, que son de interés general y se desprenden de las tareas de la lucha por la aplicación de los acuerdos de las conferencias de Moscú. Sería de gran importancia discutir los problemas vinculados con el fortalecimiento de la cohesión entre la U.R.S.S. y la R.P.Ch.

En su carta ustedes tocan los pro-

blemas albanés y yugoslavo. Como ya les escribimos, consideramos que estas cuestiones, aunque de principio, no pueden ni deben velar los principales problemas del momento actual, que requieren ser examinados en nuestra entrevista.

Al condenar las acciones escisionistas de los dirigentes albaneses, nuestro Partido dio, al mismo tiempo, los pasos necesarios para normalizar las relaciones del P.A.T. con el P.C.U.S. y otros partidos hermanos. Pese a que en el último tiempo los dirigentes del P.A.T. han lanzado y continúan lanzando reiteradamente calumniosos ataques contra nuestro Partido y el pueblo soviético, nosotros, guiados por los intereses supremos, no renunciamos a la idea de que las relaciones entre el P.C.U.S. y el P.A.T. pueden ser mejoradas.

A fines de febrero de este año, el C.C. del P.C.U.S. tomó una vez más la iniciativa y propuso al C.C. del P.A.T. celebrar una entrevista bilateral de representantes de nuestros partidos. Sin embargo, tampoco este gesto amistoso surtió el efecto apetecido en la dirección albanesa. Los dirigentes del P.A.T. no estimaron siquiera necesario recibir nuestra carta, en la que se hacía la propuesta del C.C. del P.C.U.S. de tener una entrevista bilateral. Más tarde, haciéndose por lo visto cargo de las cosas, los dirigentes albaneses enviaron una carta, en la que, tras de poner una serie de condiciones y hacer varias salvedades, hablan de dicha entrevista. Si manifiestan de verdad deseo en ello, nosotros estamos dispuestos a celebrarla.

Referente a Yugoslavia, nosotros, partiendo del análisis y la apreciación de las condiciones objetivas, económicas y políticas, que allí existen, consideramos que es un país socialista y en las relaciones con él tendemos a lograr el acercamiento de la R.P.F.Y. a la comunidad socialista, lo que corresponde a la línea de los partidos hermanos de unir todas las fuerzas antiimperialistas del mundo. También tomamos en consideración ciertas tendencias positivas que tienen lugar durante el último tiempo en la vida económica, social y política de Yugoslavia. Junto con ello, el P.C.U.S. ve serias divergencias con la Liga de los Comunistas de Yugoslavia en una serie de cuestiones ideológicas y considera necesario hablar abiertamente de ello a los camaradas yugoslavos, criticando aquellos puntos de vista que encuentra incorrectos.

En la carta del 9 de marzo del año 1963, el C.C. del P.C.Ch. manifiesta su

conformidad con nosotros en que hoy se ha iniciado un momento de mucha responsabilidad en la vida del movimiento comunista internacional. De nosotros, de nuestros Partidos y de la justicia de nuestra política dependerá el que marchemos en adelante unidos en la misma formación o enzarzarnos en una lucha perjudicial para la clase obrera, para los pueblos de nuestros países y todos los trabajadores, lucha que sólo puede conducir al alejamiento recíproco, al debilitamiento de las fuerzas del socialismo y a la ruptura de la unidad del movimiento comunista internacional.

Cierto que el P.C.U.S. y el P.C.Ch., como partidos grandes y fuertes, saldrían de dicha situación menos perjudicados, pero para otros partidos hermanos, especialmente para los que laboran en condiciones difíciles, se crearían grandes dificultades inútiles, lo que, como se comprende, no es nuestro objetivo.

Todo depende de cómo se obre en esta seria y compleja situación, de si se marcha por el camino de la polémica dejándose arrastrar por las pasiones y transformando la discusión en pendencia, en acusaciones y ataques infundados contra los partidos hermanos, o de si, tomando conciencia de la gran responsabilidad por la suerte de nuestra gran causa, se dirige el desarrollo de los acontecimientos por otro cauce, se tiene valor para situarse por encima de lo que nos divide hoy y suspendiendo la polémica nada amistosa se concentran los esfuerzos en la búsqueda del camino para fortalecer la colaboración combativa soviético-china y reforzar la amistad de todos los partidos hermanos.

Comprendemos que sin lucha de opiniones no se consigue ningún avance, incluido el comunista. Sin embargo, ninguna clase de divergencia y ninguna clase de descontento por la conducta de uno u otro partido puede justificar métodos de lucha que perjudican los intereses del movimiento comunista internacional. Con cuanta mayor profundidad y amplitud comprendamos los fines y tareas de la clase obrera internacional, con tanta mayor energía debemos lograr que nuestras divergencias, por muy serias que parezcan hoy, se analicen tranquilamente y a fondo con miras a que dichas divergencias no obstaculicen nuestra labor positiva y no desorganicen la actividad revolucionaria de la clase obrera internacional.

Luchemos juntos por mantener con-

secuentemente el curso marxista-leninista en el movimiento comunista internacional, luchemos contra el revisionismo y el dogmatismo, por la cohesión de las filas del movimiento comunista internacional, por el respeto a la línea elaborada colectivamente, contra todas las violaciones e interpretaciones torcidas de la misma.

Nuestro Partido no se deja arrastrar por el frenesí de la lucha polémica, sino que, consciente de nuestra responsabilidad común ante el movimiento comunista internacional, trata de parar el peligroso proceso de deslizamiento hacia una nueva etapa de discusiones. Para todo el mundo es evidente que nosotros encontraríamos no pocos argumentos que exponer en defensa de la línea leninista del P.C.U.S., en defensa del rumbo general del movimiento comunista internacional, en respuesta a ataques infundados lanzados en los últimos artículos publicados en la prensa china. Y si no lo hacemos ahora es porque no queremos dar esa alegría a los enemigos del movimiento comunista. Confiamos que será comprendido lo nocivo de la agudizada polémica y

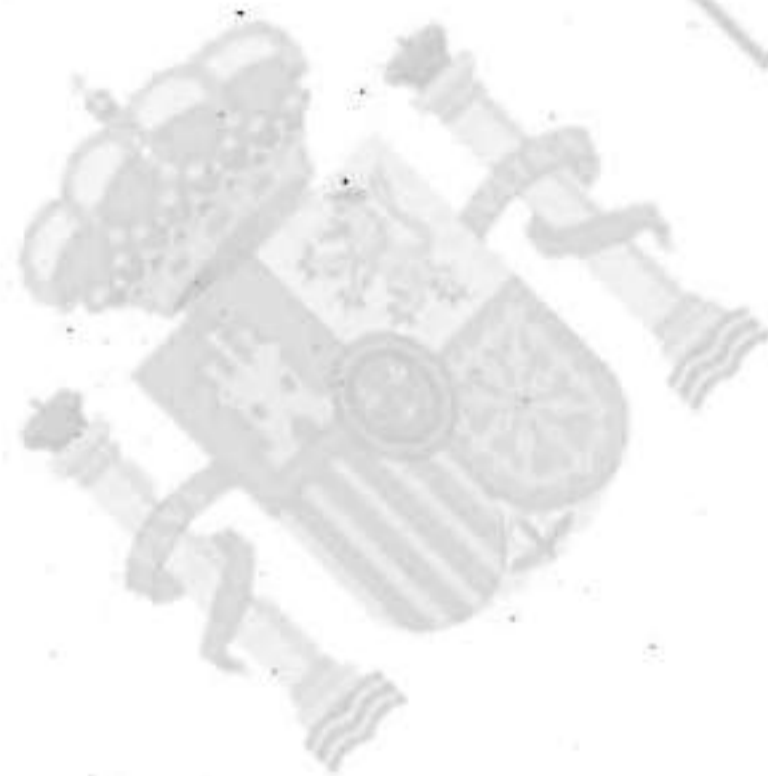
que se pondrán por encima de todo los intereses de la cohesión del sistema socialista y del movimiento comunista internacional. Por eso no les proponemos la entrevista para agravar la lucha, sino para llegar a un entendimiento en los problemas más importantes surgidos en el movimiento comunista internacional.

Tenemos conciencia de que esta entrevista la esperan nuestros amigos en todos los países del mundo, teniendo depositadas en ella grandes esperanzas. De nosotros, de nuestra voluntad y raciocinio depende que nuestra entrevista dé frutos que llenen de alegría a nuestros amigos y apenen a los enemigos del comunismo. Este será nuestro aporte conjunto a la lucha por liberar a todos los oprimidos, por la victoria de la paz y del socialismo en la Tierra, por el triunfo de la gran doctrina revolucionaria del marxismo-leninismo.

Con saludos comunistas

EL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO
COMUNISTA DE LA UNION SOVIE-
TICA.

30 de marzo, de 1963.



DECLARACION DEL COMITE CENTRAL DEL P.C.U.S.

Como es sabido, en enero de 1963, el Comité Central del PCUS hizo una intervención en el Congreso del PSUA, en la que proponía terminar con la polémica abierta en las filas del movimiento comunista internacional. Esta proposición fue ampliamente apoyada por los partidos hermanos. El 9 de marzo del año en curso, el CC del PCUS recibió una carta del Comité Central del Partido Comunista de China, en la que se expresaba la conformidad con nuestras proposiciones de terminar con la polémica abierta y de llevar a cabo una entrevista de los representantes del PCUS y del PCCh.

El 30 de marzo de este año, el Comité Central del PCUS dirigió una carta al CC del PCCh, donde, de manera positiva, exponía sus puntos de vista acerca de la entrevista bilateral. La opinión del CC del PCUS es que esa entrevista debe contribuir a la mejor comprensión mutua de los problemas primordiales del desenvolvimiento mundial contemporáneo entre nuestros dos partidos y a la creación de un ambiente propicio para la preparación y realización de la Conferencia de representantes de todos los partidos comunistas y obreros.

En la carta del CC del PCUS se subraya la decisión de defender firme y consecuentemente la plataforma del movimiento comunista internacional y su línea general, expresión viva de la cual fueron las Declaraciones de las Conferencias de los partidos marxistas-leninistas celebradas en Moscú. En plena correspondencia con estos documentos programáticos, el CC del PCUS, en su carta del 30 de marzo del año en curso, expuso sus puntos de vista sobre los problemas más importantes de la actualidad, sobre la estrategia y táctica del movimiento comunista internacional. El Comité Central del PCUS hizo un llamamiento al Comité Central del PCCh, exhortándole a superar las discrepancias a través de un intercambio de opiniones y a concentrar los esfuerzos en la bús-

queda de la línea que nos lleve a la consolidación de la unión de todos los partidos hermanos y al robustecimiento de la amistad y colaboración soviético-china.

El 15 de junio de 1963, los camaradas M. Súslov, O. Kuusinen, Y. Andróyov y B. Ponomariov, recibieron en el CC del PCUS, al embajador de la República Popular China, camarada Pan Tsu-li. El embajador hizo entrega al Comité Central del PCUS de otra carta del CC del PCCh, con fecha del 14 de junio. En ella se hace una interpretación arbitraria de las Declaraciones de las Conferencias de los partidos marxistas-leninistas celebradas en Moscú, se tergiversan posiciones de importancia primordial contenidas en estos documentos históricos y se hacen ataques infundados al PCUS y a otros partidos hermanos. Esto nos causa profunda pena.

El CC del PCUS opina que la publicación en estos momentos, en la prensa soviética de la carta del CC del PCCh del 14 de junio de 1963, exigiría una respuesta pública, lo que a su vez conduciría a la subsiguiente agudización de la polémica, no correspondería a la inteligencia lograda y contradiría a la opinión de los partidos hermanos acerca de esta cuestión. Mucho menos debemos actuar de esa manera en vista de la proyectada entrevista del 5 de julio del año en curso entre representantes del PCUS y del PCCh.

El CC del PCUS expresa una vez más su esperanza de que los camaradas chinos, en interés de la consolidación de la unión en las filas del movimiento comunista internacional, manifiesten su decisión de concentrar sus esfuerzos a lo que une al PCUS y al PCCh y a todos los partidos hermanos en su gran lucha contra el imperialismo, por la victoria del socialismo y el comunismo en toda la Tierra.

(Aprobado en el Pleno del CC del PCUS del 18 de junio de 1963.)

NOTA : A la hora de cerrar este n° de NB, aún no nos ha llegado el texto de la carta del P.C. de China a que se refiere este comunicado del C.C. del P.C.U.S.

MINISTERIO DE CULTURA



El presente documento es una reproducción de un documento original que forma parte de un expediente administrativo. El contenido de este documento es el que aparece en el original y no necesariamente refleja la opinión o el consentimiento del Ministerio de Cultura. El presente documento es una reproducción de un documento original que forma parte de un expediente administrativo. El contenido de este documento es el que aparece en el original y no necesariamente refleja la opinión o el consentimiento del Ministerio de Cultura.

¿QUIEN ES RESPONSABLE DE LA INFLACION?

EL índice oficial de precios al por mayor ha aumentado en 1962 en un 6 % y el índice del coste de la vida en un 10,6 %. El índice de precios de los productos alimenticios —renglón capital en el presupuesto de los hogares españoles— ha aumentado, entre febrero de 1962 y febrero de 1963, en un 16,13 %.

Esto por lo que se refiere al índice global y oficial. El Comisario general de Abastecimientos y Transportes, Rodríguez Villa, en su Conferencia de prensa, el 28 de mayo, citaba aumentos en un año aún más elevados en toda una serie de productos de gran consumo: cordero lechal, 22 %; pescadilla, 22 %; sardinas, 40 %; alubias blancas corrientes, 42 %; repollo, 35 %; plátanos, 35 %; tomates, 62 %.

Un tal incremento de los precios no puede ya ser calificado de tendencias inflacionistas, sino de recaída en la inflación. El tan aireado Plan de estabilización o, como dice con ironía «El Economista» del 25 de mayo, «lo que dio en llamarse Plan de estabilización», ha entrado en crisis, por no decir que ha fracasado rotundamente.

Esta situación ha hecho revivir en el país la cuestión de ¿quién es responsable de la inflación? De nuevo, la prensa reglamentada, los jerarcas sindicales y las autoridades gubernamentales se esfuerzan por imputar la responsabilidad

al incremento de los salarios, por resucitar la tan gastada y desacreditada teoría del «ciclo infernal», según la cual el incremento de los salarios conduce inexorablemente al aumento de precios; en su consecuencia, es inútil luchar por un aumento substancial de las retribuciones.

Por este camino, quien ha ido más lejos ha sido quien más obligación tenía —al menos— de callarse: el Ministro de Comercio, «eminencia gris del Plan de estabilización», Alberto Ullastres.

En su discurso en la Feria de Muestras de Valencia, el 1º de Mayo, Ullastres ha dicho, textualmente:

«Los grupos organizados, a través de los convenios colectivos y de la presión política, están continuamente ganando el terreno que los precios les permiten y aun adelantándose al aumento de precios en el aumento de salarios».

Este breve párrafo, no tiene desperdicio. En primer lugar hay en él un reconocimiento de talla: los aumentos de salarios alcanzados últimamente no se deben a la «política social del régimen», ni a «la generosidad» de Franco, en su discurso de fin de año; se deben a la lucha de las masas.

En segundo lugar, esta lucha de las masas no discurre en el marco prefabricado de los sindicatos verticales, sino que se lleva por «los grupos organizados», esto

es, por las comisiones obreras, por la oposición sindical. En tercer lugar, la lucha es de tal alcance e intensidad que, aun girando en torno a reivindicaciones económicas, pone en entredicho la estabilidad del régimen y su propia supervivencia, es decir, constituye una «presión política» que resulta irresistible, obligando a la dictadura a arrojar lastre, a hacer concesiones aun a costa de comprometer los planes y los objetivos de la oligarquía.

Dicho esto, el fondo de la argumentación del párrafo citado, la afirmación de que el aumento de los salarios se adelanta al incremento de los precios es una falsedad tan evidente que poco efecto puede producir ni en los que fueron sus oyentes ni en los que, más tarde, hayan sido sus lectores.

La experiencia de los últimos años ha sido tan clara; los acontecimientos económicos se han vivido tan intensamente que resulta muy difícil —aun contando con el monopolio fascista de la información pública— falsificar hasta tal punto la realidad. Todo el mundo conoce que, con los aumentos de salarios impuestos con su lucha por los trabajadores a partir de las grandes huelgas de abril y mayo de 1962, la clase obrera sólo ha logrado recuperar una parte del poder adquisitivo que le arrebató el Plan de estabilización y que aún continuó perdiendo más tarde con los aumentos de precios, sobrevenidos antes de que se alcanzaran los primeros aumentos de salarios.

Pero, el hecho de que esta convicción esté en el ánimo de todos, no hace superflua —sino todo lo contrario— la demostración de cómo se han engendrado las nuevas tensiones inflacionistas, de quién ha sido, una vez más, responsable de la inflación. Utilizaremos para ello los datos oficiales, que no dejen lugar a ningún equívoco.

Instrumento fundamental del Plan de estabilización fue una actuación brutal sobre el nivel de la

demanda, ante todo, por el bloqueo completo de los salarios, la desaparición de las horas extraordinarias, la supresión de primas y pluses, la supresión del reclutamiento de mano de obra y el despido obrero. Subsidiariamente, en los momentos iniciales del Plan, se recurrió también a la limitación del crédito, que afectó en lo fundamental a los industriales y comerciantes modestos y a una reducción de los gastos públicos que, dada la naturaleza del régimen, resultó inversamente selectiva, es decir: se mantuvieron e incluso se incrementaron los gastos militares, represivos y suntuarios, mientras se disminuyeron, a veces de forma drástica, como en el caso de las inversiones agrícolas, los gastos productivos.

El Plan de estabilización fue, pues, una operación clásica de deflación que, por el hecho de ser concebida y ejecutada en nuestro país por un capital monopolista que dispone como instrumento estatal de una dictadura fascista, estuvo íntegramente orientada contra el pueblo, contra la clase obrera, los campesinos y la burguesía no monopolista, a los cuales se hizo soportar en su totalidad el peso de sus consecuencias.

Esta disminución brutal de la capacidad adquisitiva de las masas, unida al hecho de que el régimen —por su propia naturaleza— no podía abordar los cambios en las estructuras económicas de España, indispensables para el desarrollo de las fuerzas productivas, condujo a una crisis de gran profundidad que se manifestó por la baja, en cifras absolutas, de la Renta industrial y de la Renta nacional, en 1960, y más tarde porque la recuperación precaria e insuficiente de 1961 no ha podido ni siquiera mantenerse al mismo ritmo en 1962.

Intimidado ante la magnitud de la paralización producida en la economía del país, el Gobierno, para provocar la reactivación, aban-

donó muy rápidamente la política restrictiva del crédito y del gasto público y recurrió a los métodos típicos en el capitalismo contemporáneo de las manipulaciones monetarias, inyectando en el circuito económico medios de pago cuantiosos, a través del incremento de la circulación fiduciaria (dinero creado por el Estado) y de los cré-

ditos y descuentos de efectos comerciales (dinero creado por los Bancos).

Todo ello queda bien de manifiesto con las cifras del Boletín Estadístico del Banco de España, que muestran la evolución del sector financiero de la economía nacional.

CIRCULACION FIDUCIARIA AL 31 DE DICIEMBRE DE CADA AÑO

Años	Miles de millones de Pesetas	% de incremento sobre el año anterior
1958	72.516	8,7
1959	74.115	2,2
1960	78.926	6,4
1961	88.592	12,2
1962	103.823	17,1

CREDITOS Y DESCUENTOS DE EFECTOS COMERCIALES

Años	(En millones de pesetas)	
	Cifras absolutas	Incrementos sobre el año anterior
1958	178.742	+ 27.595
1959	182.061	+ 3.319
1960	207.367	+ 25.306
1961	254.325	+ 46.958
1962	324.078	+ 69.753

En estos cuadros aparece de forma incuestionable que el Gobierno, para provocar la reactivación, abandonó totalmente, ya a partir de 1960, la ortodoxia financiera inicial de las medidas estabilizadoras de 1959 y recurrió, con mayor intensidad que nunca, a la inyección en la economía de medios de pago creados por el Estado y por los Bancos, en cuantía muy superior al incremento de la producción nacional. Ello no podía menos de conducir a la quiebra de la política estabilizadora y a la reaparición de las condiciones objetivas de la inflación.

Simultáneamente, los ingresos del Estado han pasado de 59.537 millones en 1958 a 105.982 millones en 1962, es decir, casi se han duplicado. Este aumento tan considerable de la presión tributaria

se ha logrado fundamentalmente por el incremento de los impuestos indirectos, esto es, de los que paga el pueblo, de los que pagan el conjunto de los consumidores. De esta forma, se ha reducido aún más la capacidad adquisitiva de las masas, en tanto que los recursos así concentrados en manos del Estado eran puestos a disposición de la oligarquía para reactivar sus negocios.

Con la intención de frenar las tensiones inflacionistas puestas en movimiento por su propia política económica, el Gobierno intentó mantener y perpetuar el bloqueo de salarios, utilizando para ello los métodos más brutales de represión fascista. A esto se reducía toda la «sabiduría» económica de los tecnócratas del Opus Dei. Pero este intento sufrió un rudo golpe

con las grandes huelgas desencadenadas por la clase obrera en abril y mayo de 1962.

Gracias a su lucha, imponiendo aumentos de salarios, la clase obrera ha logrado contener la continua deteriorización de su nivel de existencia, ha logrado recuperar en parte y sólo en parte, la capacidad adquisitiva que le había arrebatado el Plan de estabilización. En ese momento, los potentes factores inflacionistas que habían sido ya desencadenados por el Gobierno y por la Banca, se manifiestan plenamente y asistimos de nuevo al alza precipitada de los precios.

Al mismo tiempo que Ullastres, en su discurso de Valencia, pretende imputar el alza de precios y la inflación al exceso de demanda

procedente de los consumidores, la Revista de su propio Ministerio: «Información Comercial Española», número fechado abril de 1963, publica las cifras de la Contabilidad Nacional, correspondientes a todo el período que va de 1954 a 1962. Y estas cifras dan un nuevo y rotundo mentís al Ministro.

De acuerdo con ellas, mientras los gastos de los consumidores en bienes y servicios, disminuyen año tras año, desde 1959, la formación bruta de capital, es decir, lo retenido y acumulado por los capitalistas, aumenta también regularmente desde aquella fecha. He aquí, en tantos por ciento de las disponibilidades totales nacionales, la parte del gasto de los consumidores y la parte de la acumulación de los capitalistas.

DISPONIBILIDADES NACIONALES

Años	(En tantos por ciento del Total)	
	De los gastos de los consumidores	De la acumulación de los capitalistas
1959	74,3	17,5
1960	72,1	16,2
1961	71,7	19,1
1962	71,1	21,8

Pero, hay otro dato aún más aplastante, que condena tanto las tergiversaciones de Ullastres, como toda la política franquista. La par-

te de la remuneración del trabajo en el conjunto de la Renta Nacional no deja de disminuir sistemáticamente desde 1956.

PARTICIPACION DE LOS SALARIOS EN LA RENTA NACIONAL

(En tantos por ciento del total de la Renta)

Años	% de los salarios en la Renta N.
1956	52,4
1957	52,2
1958	48,6
1959	49,8
1960	49,5
1961	48,4
1962	48,3

No hay que olvidar que en este cómputo de «salarios» están incluidas también todas las remuneraciones, todos los grandes sueldos de las altas capas dirigentes. Así y todo, la participación de los

salarios en la Renta Nacional baja sistemática y profundamente desde 1956. Los datos oficiales confirman que en 1962, los aumentos de los salarios arrancados por los trabajadores sólo han logrado fre-

nar el proceso de reducción de su participación en la Renta Nacional.

Aparece, pues, bien claro que la Inflación no es imputable al aumento del consumo y, mucho menos aún, al incremento de los salarios. La responsabilidad de la

Inflación corresponde íntegramente a la política económica del capital monopolista y del Gobierno de la dictadura que la ejecuta a su servicio.

1º de Junio 1963.

J.G.

LA COMPETENCIA PACIFICA ENTRE LOS DOS SISTEMAS

No hay nada más « gráfico » que los gráficos para reflejar los hechos económicos. Los que hoy publicamos sirven para ilustrar la competencia pacífica entre los dos sistemas: el sistema capitalista y el socialista, representados por las dos potencias que están a su cabeza, los Estados Unidos y la U.R.S.S.

En el correspondiente a la producción de acero, puede observarse:

a) La gran distancia que separaba a ambos países en el momento en que, podemos decir, se inicia la competencia. En 1929, la producción de los EE. UU. era casi dos veces superior a la de la Unión Soviética.

b) El alcance de la gran depresión sobrevinida en la economía mundial capitalista en 1929-1933.

c) Los efectos ocasionados en ambas economías por la conflagración mundial 1939-1945. En tanto la industria norteamericana conoce en esos años los índices más elevados de su desarrollo, la economía de la Unión Soviética resiente duramente los daños ocasionados por la invasión hitleriana.

d) El período de la post-guerra, marcado por crisis repetidas en la economía norteamericana, en tanto la economía de la Unión Soviética, gracias a la superioridad del sistema de producción socialista y a la auténtica planificación que éste permite, conoce un auge ininterrumpido que va aproximando cada vez más el nivel de producción del norteamericano. En 1962, la producción de acero en la Unión Soviética representa ya casi las cuatro quintas partes de la producción de los EE. UU.

El segundo de los gráficos que refleja el índice de mortalidad por 1.000 habitantes es de por sí sufi-

cientemente expresivo. La reducción de la mortalidad es el fruto de todos los elementos componentes de las condiciones de existencia y, en primer lugar, de la alimentación, de la sanidad, de la atención del Estado por el hombre.

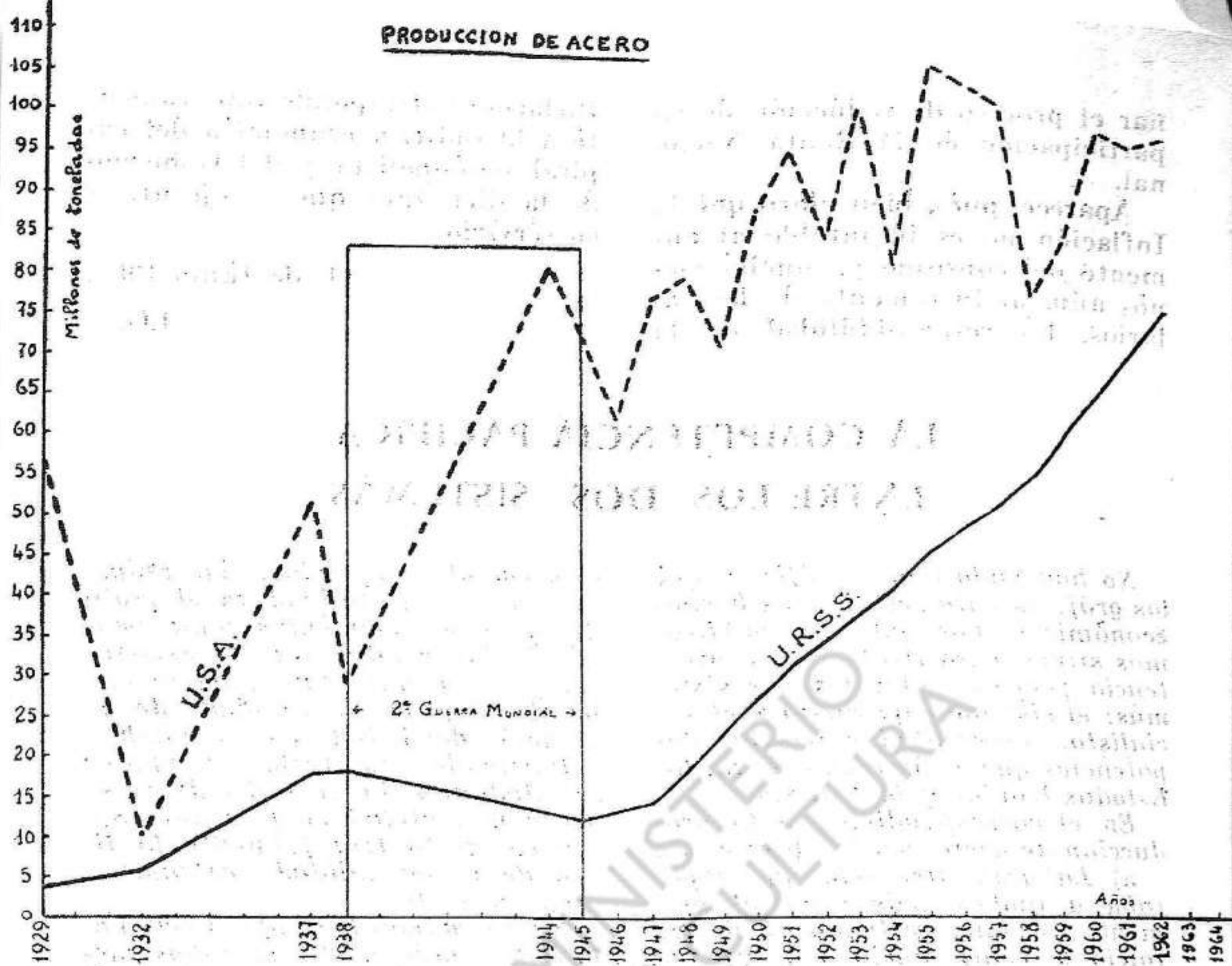
Partiendo, en 1913, de puntos tan distantes, la línea del descenso de la mortalidad en la Unión Soviética, corta triunfalmente la línea de la mortalidad norteamericana en 1950.

En la actualidad, por 1.000 habitantes, mueren 2,4 personas menos en la U.R.S.S. que en los EE. UU. Es el triunfo de la vida, el triunfo del socialismo.

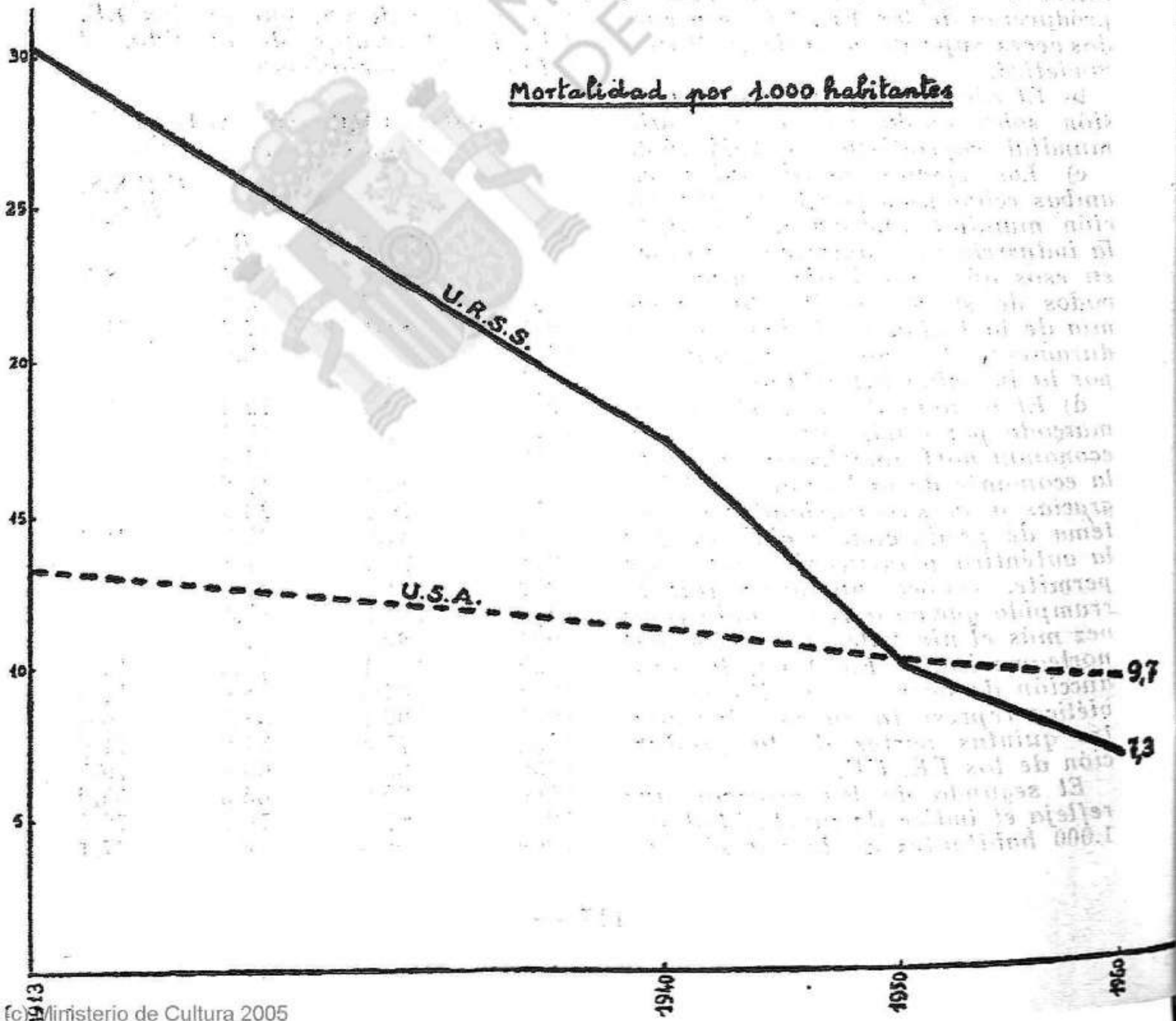
PRODUCCION DE ACERO (En millones de toneladas)

Años	U.R.S.S.		%
	U.S.A.	U.S.A.	
1929	57,3	4,9	8,5
1932	13,9	5,9	
1937	51,4	17,7	34,4
1938	28,8	18,0	
1944	81,3		
1945	72,3	12,3	17,0
1946	60,4	13,3	
1947	77,0	14,5	
1948	80,4	18,6	
1949	70,7	23,3	
1950	87,9	27,3	31,0
1951	95,4	31,4	
1952	84,6	34,5	
1953	101,3	38,4	
1954	80,1	41,4	
1955	106,1	45,3	42,6
1956	104,5	48,6	46,5
1957	102,2	51,1	50,0
1958	77,3	54,9	71,0
1959	85,0	60,0	70,5
1960	99,0	65,3	65,9
1961	97,5	70,7	72,5
1962	98,5	76,3	77,4

PRODUCCION DE ACERO



Mortalidad por 1.000 habitantes



EL IV PLENO DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO SOCIALISTA UNIFICADO DE CATALUÑA

EL pasado mes de enero, el Partido Socialista Unificado de Cataluña ha celebrado la cuarta reunión plenaria de su Comité Central. En ella han participado también diversos camaradas que ocupan lugares importantes en la organización del Partido y que fueron invitados a intervenir en las deliberaciones del Comité Central.

Los trabajos del IV Pleno se iniciaron con la presentación por el camarada Gregorio López Raimundo de un informe del Comité Ejecutivo del P.S.U., en el que se analizaban, en primer lugar, la situación política internacional y la del país, después de las diversas experiencias de la lucha de masas durante el año 1962. En segundo lugar, se estudiaban las perspectivas de la evolución política, especialmente en los aspectos relacionados con la organización de la huelga general de la clase obrera y la participación en la misma de las diversas clases y capas de la población opuestas a la pervivencia de la dictadura de Franco. Un apartado especial se dedicó a analizar la actitud de las fuerzas catalanas de la oposición y las tareas en el frente de la unidad antifranquista. Finalmente, el

informe del Comité Ejecutivo estudiaba los problemas generales de la organización del Partido en este período en la próxima etapa de lucha.

En la discusión del informe del Comité Ejecutivo intervinieron todos los miembros del Comité Central y también los camaradas que asistían a la reunión como invitados, los cuales aportaron la experiencia concreta de sus respectivos frentes de trabajo. El rasgo más característico de esta discusión fue la coincidencia de los puntos de vista expuestos, la gran unidad política del Partido.

Hay que destacar la intervención especial del camarada José Román sobre los problemas de organización, en la cual —además de un análisis de las tareas a realizar por el Partido en esta etapa de preparación de la Huelga General Política— se dedicó una atención particular a los temas de la seguridad y de los métodos del trabajo en la clandestinidad.

El camarada Santiago Carrillo, Secretario General del Partido Comunista de España, que asistió a las deliberaciones de la reunión, dirigió

un saludo al IV Pleno del Comité Central del P.S.U.

Al terminar la discusión, José Moix, Secretario General del P.S.U., hizo un resumen de todos los puntos de vista que habían sido expuestos y un comentario en torno a las cuestiones que habían sido abordadas preferentemente en las diversas intervenciones. Esta síntesis de toda la discusión permitió precisar más los planteamientos que habían sido hechos en el informe

del Comité Ejecutivo, con vistas a la redacción de la Resolución Política del Pleno.

Finalmente, el IV Pleno del Comité Central del P.S.U. aprobó por unanimidad el Informe del Comité Ejecutivo y una Resolución Política llamando a la clase obrera y al pueblo de Cataluña a preparar la Huelga General Política, documento que ha sido publicado en el número de enero del periódico **Treball**, órgano del Comité Central del Partido.



MINISTERIO DE CULTURA

«MORIR EN MADRID»

A la ver en la pantalla, al recordar a tanto español interrumpido, acuden a la memoria los versos de Rafael Alberti: « Muertos al sol, al frío, a la lluvia, a la helada —junto a los grandes hoyos que abre la artillería— o bien sobre la hierba, que de puro delgada y al son de vuestra sangre se vuelve melodía... »

Los vemos derrumbarse, a nuestros hermanos, cortada por el plomo su afanosa carrera hacia las trincheras adversarias. Los hemos visto antes, todavía con el « mono » azul de trabajo que fue su primer uniforme, el primer uniforme del Ejército popular, aprendiendo la instrucción en el patio del cuartel, confundiendo los pasos y las voces de mando, apretando el fusil con las manos callosas que dejaron el martillo o el arado para que no triunfase la muerte. Esa muerte que cantó, poseso, Millán Astray y rechazó, agonizante, Unamuno, cuyo último discurso adquiere, por primera vez con este film, un auditorio internacional de masa.

Vemos también a otros hombres. No sólo a los mercenarios del Tercio o de Regulares, de la Legión « Kóndor » o de los batallones de Mussolini, sino a los españoles que, de grado o por fuerza, rápida y drásticamente regimentados por los generales de la sublevación, hicieron la guerra triste descrita por Fernández de la Reguera en « Cuerpo a tierra » y que hoy se sienten tan deliberada, tan rotundamente engañados.

Tanto para los que vivimos la guerra, como seguramente para las generaciones posteriores resulta penoso ver este film. Pero hay que verlo, porque atañe a nuestra propia existencia: de ayer, de hoy y de mañana. Y no, ciertamente, porque sigan vigentes las divisorias de antaño, trazadas sobre el cuerpo de España en zigzagueantes líneas de combate, no porque, como quisiera Franco, todavía nos contemplemos como potenciales enemigos,

sino porque la guerra civil es un hecho histórico presente en la conciencia de los españoles. No como levadura de odios y rencores, sino « como levadura de unidad democrática, de reconciliación nacional antifranquista ».

El film de Frederic Rossif es un film objetivo. Por eso no puede admitirlo Franco, que sin duda prohibirá su proyección en España. Porque la objetividad respalda las razones que el pueblo tuvo para defenderse cuando fue arteramente atacado. Porque, por lo mismo, resalta, claramente, la injusticia del ataque, la vasta complicidad de los fascismos y de las « democracias » complacientes que abonó, en definitiva, la exterminadora victoria de Franco.

La necesidad de dar a la película una dimensión practicable ha hecho condensar en hora y media lo que podía haber sido hasta catorce horas de proyección. De ahí que falten, plásticamente, aspectos que sólo se mencionan en el texto, casi siempre certero, y siempre emocionado y emocionante, de Madeleine Chapsal. Por ejemplo, aspectos de la labor revolucionaria, constructiva, que la República popular forjada en el crisol de la batalla fue realizando a pesar del fuego y de la muerte. La gestión obrera en las empresas. El campo transformado por la Reforma Agraria. La alfabetización masiva en las unidades republicanas, llevada a cabo por los beneméritos « Militarios de la Cultura » en cuyas filas actuó Miguel Hernández. La salvación de los tesoros de Arte del Museo del Prado bajo las bombas de unos aviones que ya se entrenaban para arrasar Coventry, Varsovia, Stalingrado.

Pero lo fundamental está. Está el júbilo del pueblo en sus victorias electorales incruentas del 14 de abril y del 16 de febrero. Su anhelo de pan, de tierra, de justicia. La mitología que se manejó contra el pueblo para decorar el

«alzamiento nacional», para sacrificar un millón de hombres, de izquierda o de derecha, o de ningún horizonte político, a fin de que 20 000 potentados siguiesen detentando todas las riquezas creadas o multiplicadas por los 25 millones que en 1936 componíamos España. Está el carrusel de los bombarderos nazis, el martirio de Guernica y de Madrid, propiciado por ese otro carrusel —uno de los grandes aciertos de la cinta— en que giran, como una noria cuyos canchilones lubricasen la máquina del crimen, los promotores de la «No Intervención» en sentido único. Están los gloriosos combatientes de las Brigadas Internacionales, con la multitudinaria despedida de Barcelona; con Dolores Ibárruri (¡qué lástima que su voz no se oiga!) presentándoles el homenaje de gratitud y cariño del pueblo español.

Ofrece, pues, la película, documentación suficiente para que se comprenda lo que querían, y lo que no querían, las

fuerzas democráticas y populares de nuestro país, a las que la sublevación militar-fascista colocó ante el dilema de la capitulación o la lucha, afilado, en uno u otro caso, el largo e impaciente cuchillo de la matanza.

Dice un antiguo proverbio romano que «los libros tienen su destino». Esta película lo ha tenido, también. Con el asesinato de Julián Grimau, el general Franco ha querido reavivar y perpetuar el espíritu de guerra civil, suscitando la indignada repulsa del mundo. Por eso el público que ha colmado durante varias semanas cinco cines del centro de París (el film, cuando esto se escribe, no ha llegado aún a los suburbios) expresó de manera inequívoca esa repulsa al criminal que, para mantener su dictadura sobre la buscada división de los españoles, continúa en 1963 torturando y matando en Madrid.

Félix Madroño.

«REPORTAJE EN CUBA»

de Jesús IZCARAY

LA abundante literatura que en todos los idiomas ha ido apareciendo durante los últimos años sobre la revolución cubana, se ha enriquecido recientemente con *Reportaje en Cuba* de nuestro camarada J. Izcaray, publicado por la Editorial Nacional de la República socialista de Cuba, en 1962. En las 250 páginas de este libro han ido acumulándose las experiencias, los contactos de unos meses pasados por el autor en Cuba.

Izcaray ha trabajado esencialmente con su carnet de notas. Ni estadísticas en demasía, ni especulación alejada de lo real. Notas, datos, recogidos en la calle, en conversaciones, discusiones, con los constructores del socialismo; observaciones realizadas en el curso de los desplazamientos. Método de contacto directo, libro eminentemente periodístico —Reportaje— que le ha permitido al autor consultar muy distintos estratos del país y ofrecer un cuadro complejo, del que se desprenden, claro está, las líneas generales.

La situación de la clase obrera, que se resume en pocas palabras. Mejoras en el salario en mano y mejoras en el salario indirecto, en las prestaciones y servicios que le ofrece el Estado socialista. Alojamiento, 10 % del salario. Escuela, libros, etc., para los niños, gratuito. Retiros, asistencia médica, permisos de maternidad.

En los tres primeros años de la Revolución, el montante de salarios de los obreros industriales y agrícolas aumentó en 500 millones de pesos, sin que los precios sufrieran ningún aumento. Ese su-

plemento de capacidad adquisitiva popular dio lugar a desequilibrios que hubo que corregir.

Este salto adelante del consumo popular fue acompañado de una de las más brillantes victorias del socialismo en Cuba: la liquidación del analfabetismo y el acceso de las masas populares a esa zona que es un coto cerrado de las capas dirigentes aun en los más liberales de los países capitalistas: la enseñanza. Actualmente cursan estudios superiores más de 20.000 jóvenes, número que en relación con la población total de la isla es superior en más de un 25 % al cociente que arroja la población universitaria de España respecto a la población total. Y esto tomando el problema por la cúspide, ya que en la base las realizaciones han sido aún más fulgurantes. En un año, 707.000 personas han aprendido a leer y escribir. El residuo de analfabetos, residuo prácticamente irreductible, es del 3 % de la población total.

Cuba crea su infraestructura: en 1961 entraron en funcionamiento 8 fábricas de importancia, 14 otras estaban ya muy avanzadas en el 62. Y las ramas que se desarrollan son precisamente las de base: siderurgia, refinerías de petróleo, plantas de níquel, astilleros, etc.

Izcaray ha recorrido el campo y ha visto los avances de la Reforma agraria, la expropiación de las grandes compañías —*Cuban Trading, Cuban American Sugar, United Fruit*— que detentaban más de dos millones de hectáreas (25 % del total de las tierras arables) la reabsorción del paro, la creación de granjas del pueblo que han in-

crementado los rendimientos y han ocupado los brazos.

La revolución ha atacado otros problemas: el de la vivienda. En 1959 el Gobierno rebaja los alquileres en 50 %. Junto a esto, planes de construcción para terminar con los bohíos.

Es indiscutible que la revolución cuenta también con sus nostálgicos, con sus enemigos incluso. Izcaray ha hablado con un sacerdote. Ejerce su ministerio sin trabas pero prefiere no hablar de la reforma agraria. ¿Para qué? La revolución ha roto un cuadro social, costumbres, rutinas, privilegios. Instaura la democracia y abre curso a la libertad al liquidar el estado de dependencia de los hombres frente a los opresores. Así entendía la libertad Robespierre. Así la han entendido todos aquellos que entendían algo de libertad.

Claro está, la democracia supone la destrucción de la oligarquía. Los oligarcas gritan entonces: «Terror.»

Muchos, muchos otros aspectos, detalles, hay en el libro que presentamos. Junto a los datos y testimonios escuetos, objetivos, tomados directamente de la realidad, no faltan ciertos análisis y observaciones críticas que aumentan el interés del *Reportaje*. Se trata de un viaje a lo largo y ancho de una Revolución hecha por nuestros hermanos de lengua, la primera revolución socialista en español. (Así decía exactamente el subtítulo del libro, adulterado por una errata.) Es Cuba hacia el socialismo, vista por un comunista español. Cuba socialista vista con ojos españoles, ojos que saben y pueden leer el significado íntimo, las vibraciones que yacen más allá del hecho concreto; ojos que saben ver y describir la atmósfera de la plaza de Santa Clara. Ojos que ven, por debajo de la revolución inmediata, corrientes profundas del pueblo cubano que, en parte, enlazan con un pasado que nos es común.

Juan BOSQUE.



«LOS CAMPESINOS»

de José ORTEGA

EN la portada de este cuaderno de dibujos hay un campesino. Es una imagen patética de la derrota española. El campesino está sentado; lia un pitillo. El trazo de ojos y boca imprime al rostro una gravedad y una tristeza profunda. El campesino —de la Mancha, de Extremadura, de la Alta Andalucía; sin duda de uno de estos tres sitios— medita estrujando el tabaco entre sus dedos. Seguramente piensa en la tierra. Acaso en la que le dieron unos y le quitaron otros... Acaso en la que espera volver a lograr antes de morir. El campesino medita su vida. ¿En pasado sólo o con pasado y porvenir?... En los años que siguieron al cataclismo ¡había por

esos campos españoles tantos campesinos así: sentados y pensando!... Unos habían perdido la tierra y conservado la esperanza; otros lo habían perdido todo.

Pepe Ortega dice que este dibujo está tomado del natural, que este campesino existe. ¡Y tanto! Existe en millones de ejemplares.

(¿Por qué no transforma Ortega este dibujo en un retrato en color? Sería un gran lienzo.)

Esta portada abre un desfile de estampas campesinas, de lucha campesina... Esos cuatro braceros, en líneas trágicas, que se van por donde vinieron con su borriquillo desengañado: « Traían sacos de hoces y las aguaderas llenas de habres; pedían siega. No traicionaron. No trabajaban por menos que los jornaleros del lugar. » Esos cinco torsos en conciliábulo: « El comité se reúne entre los trigos. » Ese rostro avizor del que siega, al fondo un horizonte de unidad. Ese perfil huidizo, montés, del campesino que sigue sembrando... de otra manera. Rostros dramáticos, manos crispadas, hoces... Aquí y allá, cerco de tricornos y fusiles...

« Yo he creado este conjunto de dibujos —dice Ortega en unas cuartillas finales, aunque no hiciera falta de aclaraciones— al objeto de propagar entre los campesinos la idea de que deben movilizarse y organizarse contra el franquismo, para tener el pan, la cultura y la tierra de que tan necesitados están. » « Al objeto de propagar... » Propaganda viene de propagar. Estos dibujos —como las monedas— llevan leyendas en torno a las figuras. Leyendas explícitas, anudosas algunas. A Ortega es frecuente oírle hablar de un arte-propaganda, definición ante la que, instintivamente, uno se pone en guardia —cada cual tiene sus alergias— pues recuerda concepciones estrechamente utilitarias del arte que, al solicitar de él funciones que competen al publicista, resultan a la postre de escasa utilidad en el empeño, tan vasto y complicado, de reflejar al hombre y al mundo en un arte de espíritu socialista.

Pero estos campesinos de Ortega son arte. Quitemos a estas láminas las leyendas —propaganda en el sentido nuestro; propagación de la

verdad— y queda el arte. Y la propaganda se realiza por el impacto que ese arte produce en quien la contempla. Mas represéntese a estos campesinos con un formalismo académico, por ejemplo, con el formalismo académico burgués de la segunda mitad del ochocientos, forma anacrónica en relación al sujeto y opuesto a él, y se habrá debilitado o esfumado el impacto del arte y, en consecuencia, el propagandístico. Trazados en ese estilo, ya no serían probablemente, estos campesinos españoles de hoy, sino otros.

Estos dibujos de Ortega nos recuerdan que las disociaciones antidualécticas entre contenido y forma conducen frecuentemente a simplificaciones peligrosas. He aquí una galería de figuras campesinas. Pero en las artes plásticas de muy distintas épocas encontramos multitud de campesinos cuya representación no tiene nada de revolucionaria. Los hay en los bajorrelieves de las sociedades esclavistas, en la pintura religiosa del medievo y del renacimiento con abundancia de pastores beatíficos. La pintura de género de las sociedades burguesas está llena de ellos.

Estos campesinos son revolucionarios por su expresión, por el espíritu con que han sido trazados y que se expresa en unas formas concretas: formas broncas, torturadas, acusadoras. Que nacen de ese contenido revolucionario —universal— y de tradiciones pictóricas nacionales fácilmente identificables. Todo ello molido, amasado, en la turbina de una personalidad artística determinada que, como todas las verdaderas, es, al mismo tiempo, asimilación y creación. Es la forma la que en estas figuras campesinas hace visible ese espíritu revolucionario, la que lo convierte en arte.

Huelga decir que, con ese mismo espíritu, un escritor o un pintor mediocres darán a luz una mediocridad; un escritor o un pintor de talento, una obra de arte. Dependerá de la fortuna en la forma y de su adecuación al contenido, lo que equivale a lo mismo. Volvemos a encontrarnos con la forma, tortura de cuantos pintan, de cuantos escriben, de cuantos com-

binan sonidos. Y la forma exige búsqueda —búsqueda sincera, honesta, quiero decir— y esa búsqueda implica, a su vez, algún paso en falso, fracasos a veces, correcciones. Y así se avanza.

(Estas consideraciones generales no quieren decir que uno no encuentre peros a las formas de estos dibujos de Ortega. Desde hace tiempo creo que la fuerza de expresión y la originalidad, indudables, de este pintor se harán más vigorosas y comunicativas a través de una mayor sobriedad —o lo que es lo mismo, claridad— de líneas. Pero esto es lo que creo yo...)

En el prólogo-manifiesto que abre el cuaderno, Ortega declara glosando una noción marxista: «Hablamos de libertad de creación. Pero esta libertad ¿no está en último término determinada por la conciencia de una necesidad? Digo esto, porque hay etapas en la vida de los pueblos en que los artistas sienten que un arte de contenido revolucionario es una necesidad.»

Lo es en la España nuestra. Esa libertad —luz verde para expresar los sentimientos, la esperanza y la lucha de su pueblo— no es la única que los artistas españoles necesitan, claro está, pero sí es la básica en esta hora, aquella de la que habrán de brotar las diversas libertades que el artista precisa para realizar una obra acorde con su época y con su pueblo. Ortega, como tantos otros, se la ha tomado por su mano. En definitiva, esa libertad sólo se adquiere así: tomándosela.

Hace días, un joven pintor, que acaba de ingresar en el Partido Comunista de España, me preguntó si es lícito que, en este instante de nuestro país, él pinte pai-

sajes rurales o urbanos, lo único —precisaba— que, por el momento, se le logra. Yo le respondí que sí lo es, pero que, al mismo tiempo, debía procurar no quedarse confinado en esos límites y tender a reflejar, cuando le sea posible, algo de las realidades, de las inquietudes, que le han llevado a nuestro Partido.

El me contó que los camaradas de su grupo le instan a que pinte «cosas de la lucha». —Ellos hacen bien en pedirte— le dije. Y te lo piden porque tienen —porque tenemos— necesidad de que lo hagas. Lo que no podemos es imponértelo por orden administrativa ni por decisión adoptada mayoritariamente en tu célula. Además, ¿que se adelantaría?... Por complacernos, formarías tu tesitura actual y lo más probable es que llenaras el aire de gallos. Es un problema de conciencia, de que tu conciencia de comunista, hoy tal vez reducida a una adhesión política, se ahonde, se ensanche, y te dé una visión general de la vida, del hombre... y del arte por consiguiente. Y entonces, eso que te piden los camaradas brotará naturalmente de tus pinceles, y no sólo comprenderás teóricamente, como te ocurre ahora, la necesidad de reflejar eso, sino que sentirás la necesidad íntima de hacerlo, reflejándote, al mismo tiempo, a ti mismo. Consciente, sin embargo, de que si eso es esencialmente vital para tu arte, por serlo en la vida de tu pueblo y de tu época, tampoco podemos encerrar ahí toda la temática del arte. Consciente de que eso no excluye lo otro y de que tu nuevo espíritu socialista se expresará también, de una manera u otra, cuando pintes un rincón de Madrid o una rastrojera de Castilla.

J. IZCARAY.

DECLARACION DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA ANTE LA JORNADA DEL 1º DE MAYO

ESTE 1º de Mayo será en todo el mundo una jornada de lucha por la paz, la coexistencia y el desarme; por la consolidación y el desarrollo de las conquistas históricas de los países del Socialismo, encabezados por la Unión Soviética; por la definitiva liquidación del colonialismo y contra el neo-colonialismo. Será una jornada de lucha contra el imperialismo y su política de dominación mundial y de agresión; por nuevos éxitos de la clase obrera y de las fuerzas democráticas de los países capitalistas. En esta jornada se afirmará la solidaridad internacionalista entre la clase obrera y los pueblos, la unidad del movimiento obrero y comunista internacional; en todos los países se manifestarán las fuerzas inmensas que marchan a la cabeza del género humano en la empresa de lograr un mundo mejor, sin explotados ni explotadores, sin miseria y sin ignorancia.

En España celebraremos la jornada internacional de los trabajadores una vez más desde hace veinticuatro años, bajo las condiciones del fascismo. Un régimen caduco, impuesto a nuestro pueblo en cruenta guerra, con el apoyo de la Alemania nazi y de la Italia fascista, pugna por mantener al país alejado de las corrientes de paz, democracia y progreso que se afirman actualmente en el mundo.

Pero ese empeño resulta cada vez

más comprometido. No obstante la terrible sangría causada por la derrota de 1939 y la represión subsiguiente, las fuerzas democráticas se renuevan y crecen rápidamente. En las huelgas de abril y mayo la clase obrera dio pruebas de estar de nuevo en condiciones de ponerse a la cabeza de una lucha decisiva por la democracia. La política de reconciliación nacional preconizada por el Partido Comunista ha ayudado a los españoles adultos a superar las divisiones de la guerra, y las ha eliminado enteramente entre las nuevas generaciones. Los que en otro tiempo creyeron ver en Franco un «cruzado de la fe» y el campeón de una pretendida «revolución nacional» que iba a llevar «la lumbre y el pan a todos los hogares», se dan cuenta de que el «caudillo» ha obrado para el enriquecimiento fabuloso de la oligarquía monopolista y terrateniente, en perjuicio de la inmensa mayoría de la nación. Mientras tanto en España todo está por hacer. Y un debate, un diálogo cada vez más constructivo y abierto, se entabla entre gentes de diversas ideas y condición social, preocupadas por levantar a España, por remediar las miserias y los sufrimientos de su pueblo, por restablecer la democracia.

Reflejo de la magnitud y de la profundidad de este proceso es el hecho de que la prensa sometida a la censura y las camarillas políticas

que gobiernan con Franco discutan hoy acerbamente el problema de la sucesión. Los órganos de expresión y los políticos oficiales no pueden disimular en la España actual, llena de problemas, que el más importante y el más urgente es el que ellos llaman de la sucesión. Es decir, quién o qué va a reemplazar a Franco y al franquismo.

El término, como toda la política de esos grupos, es equívoco. No se trata de sucesión sino de ruptura. No se trata de la continuación, sino de la liquidación de un régimen fracasado y accidental.

En este 1º de Mayo, el Partido Comunista considera pertinente renovar sus puntos de vista y sus proposiciones en cuanto a una verdadera apertura hacia el porvenir democrático de España.

LA única fórmula política que el régimen de Franco ofrece para los ingentes problemas nacionales es el anticomunismo. Con esa fórmula quiere resolverlo todo: los asuntos de política exterior, los problemas estructurales económicos, las dificultades surgidas de las escandalosas contradicciones sociales y la crisis del régimen. Pero si el anticomunismo sirvió a Franco para ir tirando durante años, para lograr el apoyo político de los imperialistas y de las clases dominantes del país, hoy le sirve cada vez menos. En un mundo en el que los países del sistema socialista y los nuevos Estados descolonizados representan la gran mayoría de la Humanidad; en un mundo en plena revolución técnica en el que las fuerzas productivas en expansión chocan con las arcaicas formas sociales y están reclamando cambios profundos, el régimen de Franco es un anacronismo flagrante. Bajo el franquismo, España mantiene sus atrasadas estructuras económicas, con acusados rasgos semif feudales; el régimen es un dogal que impide el desarrollo moderno del país. La crisis política y social, que está llegando a un extremo de enorme agudeza, hace

imprescindible la necesidad de profundos cambios democráticos.

Es tan evidente esta necesidad que los tres grupos políticos que gobiernan con el «caudillo» reclaman hoy, cada uno para sí, la tarea de asegurar la sucesión, de «encauzar» la «liberalización» o la «democratización» del país.

El Opus Dei, representante de la retardataria oligarquía monopolista, se presenta a sí mismo como el portavoz de un sedicente neocapitalismo que, dentro del marco de la Europa de los monopolios, promete asegurar una evolución «liberal», garantizando a la oligarquía contra los riesgos de una revolución democrática.

La Falange ofrece el marco desacreditado y semidesierto del llamado «Movimiento Nacional», como la vía hacia una vaga reestructuración «democrática» del país.

Por su parte, los monárquicos tomando apoyo en la denominada «ley de sucesión» reclaman para el adocenado pretendiente de Estoril la función de dotar a España de una forma de Estado permanente, función que, como proclama la encíclica «Paz en la Tierra», sólo compete al pueblo.

Que los tres grupos se presenten como candidatos a la sucesión, demuestra, ante todo, que la necesidad de un cambio democrático ha madurado y que las fuerzas que se integraron en la dictadura franquista comprenden la imposibilidad de seguir gobernando con los mismos métodos que hasta aquí.

Estamos ante el fracaso evidente, incontrovertible del régimen.

Y ha sido fundamentalmente la clase obrera quien con las huelgas de abril y mayo, apoyadas por los campesinos, los estudiantes, los intelectuales y las capas medias, puso en la calle el problema de un cambio democrático.

Esas grandes luchas fueron un indicio, todavía pálido del enorme potencial explosivo que está acumulándose en el interior de la sociedad española actual. Parece que ciertas fuerzas, ciertas instituciones, muy a contrapelo y tardíamente, están dándose cuenta de la realidad.

Con toda responsabilidad, debemos declarar que en España se está creando una situación de tal género que, o merced a un amplio acuerdo se abre un cauce pacífico a la manifestación de la voluntad popular, o nuestro país marchará inexorablemente a un nuevo afrontamiento violento entre las fuerzas sociales oprimidas y descontentas, que son amplísimas, que abarcan prácticamente a todo el pueblo, y la minoría oligárquica dominante que impide el desarrollo progresivo del país. El inmovilismo y el tira y afloja actual no pueden mantenerse indefinidamente.

LA crisis del régimen se ha mostrado en toda su magnitud con ocasión de las delicadas y comprometedoras negociaciones internacionales del último período.

Ha quedado claro, particularmente para quienes están en las interioridades de dichas negociaciones, que hasta las puertas del Mercado Común Europeo permanecen cerradas a Franco, que el dictador y sus superestructuras de gobierno son un obstáculo incluso para la vía monopolista de desarrollo del país en el cuadro del imperialismo europeo.

En cuanto a las discusiones con Estados Unidos sobre la revisión de los ominosos tratados de 1953, que en la idea del «caudillo» debían servir para levantar la «cuarentena» política en que los mismos Estados occidentales —aun sirviéndose de él para sus fines— mantienen a su régimen, resulta obvio que no lograrán este resultado. Ni la OTAN, a pesar de su carácter agresivo y antisoviético acepta la entrada de Franco, ni los imperialistas americanos desean comprometerse políticamente más de lo que ya lo están con un Gobierno desacreditado, al borde de la desaparición.

En esta coyuntura el Partido Comunista de España reitera su condena a los acuerdos de 1953 y llama a los españoles patriotas a manifestarse por todos los medios a su alcance contra el mantenimiento de bases extranjeras sobre el territorio nacional, por una

política de neutralidad y no alineamiento, por el desarme y la paz.

EL Partido Comunista se ha manifestado en favor de una vía pacífica para realizar los cambios que la situación reclama. ¿Qué significa esa vía pacífica? No se trata ni de crear un nuevo Frente Popular, ni menos una especie de unión sagrada de todas las clases. No se trata en realidad, en lo inmediato, de ninguna forma de alianza política en el sentido tradicional.

Se trata de que ni el Opus, ni el llamado «Movimiento Nacional», ni la Monarquía, ni ninguna de las superestructuras actuales pueden servir como puente hacia la democracia. El papel de puente hacia la democracia sólo podría desempeñarlo un Gobierno provisional, sin signo institucional, que proclame una amplia amnistía, restablezca las libertades políticas y prepare unas elecciones auténticamente libres. Un Gobierno capaz de dar la palabra al pueblo. Mas para llegar a establecerle hace falta expulsar a Franco y sus más inmediatos colaboradores del Poder. Y hace falta llegar a un Acuerdo sobre esos puntos, y casi exclusivamente sobre esos puntos, entre las más diversas y amplias fuerzas político-sociales, sin desdeñar el concurso de ninguna.

Es decir, se trata de lograr un Acuerdo circunstancial y limitado para asegurar el paso pacífico de la dictadura a la democracia. Ese Acuerdo no prejuzga las alianzas políticas, las coaliciones futuras, que se apoyarán lógicamente en afinidades más permanentes. No impide, incluso ya hoy, que esas coaliciones empiecen a fraguarse con la pretensión de lograr mañana el apoyo popular, aunque muchas de las combinaciones que hoy, cuando el pueblo no puede expresarse, se anticipan, pueden verse sometidas mañana, bajo la presión popular, a profundas alteraciones.

Acuerdos de ese género se han visto ya en momentos de crisis nacionales en otros países. En Francia, para lo-

grar la independencia y las libertades, se unieron circunstancialmente todas las fuerzas, desde de Gaulle hasta los comunistas. En Italia, aun con la Monarquía, desde Badoglio a los comunistas.

Ciertamente, hay Acuerdos y acuerdos. Y éste que el Partido Comunista propugna no puede ser, por ejemplo, un remedio trasnochado del pacto del Pardo, establecido en 1885 entre liberales y conservadores, para asegurar la estabilidad monárquica y alternarse en el Poder mediante el control y la falsificación del sufragio universal. No es posible, en la España de 1963 resucitar al partido liberal y al partido conservador, ni mutarlos por una democracia cristiana y por una socialdemocracia palaciegas. Todo intento de ese género estaría condenado al más estrepitoso fracaso.

En el mundo de hoy, en la España de hoy, esas fórmulas tradicionales y caseras no servirán. El desarrollo democrático de España puede ser pacífico, mas no será una balsa de aceite; puede hacerse evitando una nueva guerra civil, pero será accidentado y complejo. Es la consecuencia inevitable de veintitantos años de dictadura franquista. Y cuanto más se prolongue ésta, más accidentados y más complejos serán los próximos desenvolvimientos políticos. Esto no deben olvidarlo los que vacilan en dar un paso adelante por miedo a las contingencias del futuro; cuanto más tarden en darlo, tanto más difícil y comprometida será entonces su situación.

Al pronunciarse por un amplio Acuerdo, el Partido Comunista entiende que no debe excluirse de él a ninguna fuerza, a ningún grupo, cualquiera que sea su trayectoria pasada y su concepción del futuro, que reconozca la necesidad de un cambio democrático y de dar la palabra al pueblo para que éste, libremente, escoja su destino.

DEL mismo modo, la marcha hacia un cambio, plantea ante las otras fuerzas político-sociales, la

necesidad de reconocer que el Partido Comunista es una realidad nacional, un partido que cuenta con sólidas e indestructibles raíces entre la clase obrera, los campesinos y la intelectualidad progresista. Es imposible dar ningún paso hacia la normalización de la situación política en España sin la cooperación del Partido Comunista. Hace unas semanas, en Madrid, el dirigente de la democracia cristiana de izquierda, Sr. Jiménez Fernández, daba acta de esta realidad.

Nosotros no ponemos en duda el derecho de otras fuerzas a disentir de la ideología y de las soluciones políticas que el Partido Comunista propugna en relación con el futuro de España, y a recabar el apoyo de los españoles para sus particulares concepciones. Lo que negamos es el derecho y la posibilidad de rehusar al Partido Comunista una participación efectiva y abierta en la vida política del país, en nombre de un anticomunismo que en el fondo es el mismo esgrimido por Franco para destruir la democracia. Cualquier intento en esta dirección forzaría al Partido Comunista y a los amplios sectores nacionales que representa, a abrirse camino hacia el logro de las aspiraciones profundas de las masas, acudiendo a la violencia revolucionaria.

DE todas maneras, la vía pacífica para un cambio democrático exige en primer lugar, como hemos indicado más arriba, el extrañamiento de Franco y sus principales colaboradores del Poder. Esto no se logrará más que con una lucha ardiente de las masas trabajadoras y de todos los sectores antifranquistas del país. Por consiguiente, la vía pacífica no significa pasividad ni atentismo, significa lucha, combatividad, decisión y espíritu de sacrificio. Franco no abandonará el Poder, si los españoles con nuestra acción unida no le forzamos a ello.

Las huelgas de abril y mayo del año pasado pusieron al orden del día

como próxima etapa en la lucha contra la dictadura, la huelga general política. Una gran huelga general, en estos momentos, sacudiría fuertemente los cimientos tambaleantes del régimen, activaría a todas las clases y capas antifranquistas de la nación, aceleraría la creación de un Acuerdo general para alejar a Franco y sus inmediatos colaboradores del Poder; podría ser, inclusive, el punto de partida para un gran alzamiento cívico de los españoles que diese en tierra con las últimas resistencias del franquismo.

En este 1º de Mayo el Partido Comunista hace un llamamiento a todos los trabajadores, a acelerar los preparativos y a realizar en el más breve plazo posible la huelga general política. El Partido Comunista se dirige al PSOE y a los trabajadores socialistas, a la CNT y a los trabajadores cenetistas, a los solidarios vascos, a los trabajadores católicos y a las HOAC y las JOC, a todos los descontentos, cualquiera que sea su trayectoria y su significación, invitándoles a unir todas las fuerzas, en

las empresas, en el terreno local y nacional; a crear comisiones y grupos pro huelga en todas partes, para que la huelga general política sea una realidad en el más breve plazo.

Las condiciones para la destrucción del franquismo han madurado. Todo depende ahora de la unidad y de la acción de los trabajadores, de las masas antifranquistas, que deben tomar conciencia plena de su fuerza y de su capacidad para imponer un cambio democrático en nuestro país.

¡Viva la unidad y la lucha de los trabajadores! ¡Vivan sus justas reivindicaciones económicas y políticas! ¡Viva la democracia!

¡Adelante, hacia la realización y el triunfo de la huelga general política!

¡Viva el 1º de Mayo y la solidaridad internacional de los trabajadores!

EL COMITE EJECUTIVO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Abril de 1963

DECLARACION DEL COMITE EJECUTIVO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA ANTE EL ASESINATO DE JULIAN GRIMAU

JULIAN GRIMAU ha sido asesinado.

Frente a la indignación y a la protesta de la opinión pública internacional, así como de muy diversas instancias y jerarquías políticas, eclesiásticas e intelectuales del mundo entero, el general Francisco Franco se ha hecho, friamente, deliberadamente, responsable de este nuevo crimen. En desafío a la cólera refrenada, a la repulsa unánime y horrorizada que su decisión levantaba en todas las capas del pueblo español, en todos los sectores de opinión, el general Francisco Franco, friamente, deliberadamente, se ha hecho responsable de la sangre heroica de Julián Grimau. Apoyándose funda-

mentalmente en los elementos de la camarilla militar ultrancista que dominan el aparato de las jurisdicciones especiales y de la represión policiaca, el general Francisco Franco ha sido el instigador, el promotor y el ejecutor de este nuevo crimen, que viene a confirmar lo que ya la historia había demostrado: Franco es un criminal, al margen de toda legalidad humana.

En el concierto de protestas, de asqueado estupor, que se ha alzado clamorosamente en toda la opinión pública internacional, una pregunta surge, formulándose de una u otra manera: ¿Por qué este crimen? ¿Por qué este desafío al pueblo español y a la conciencia universal? ¿Por qué, a los po-

cos días de la publicación de la Encíclica «Pacem in Terris» —en la que se afirman rotundamente los principios de la justicia y de la convivencia política— esta sentencia de muerte confirmada por un general que se dice católico y que se presenta, incluso, como designado por la providencia?

Es necesario contestar a esta pregunta, para ayudar a esclarecer ante las masas populares de nuestro país, no sólo la significación de este nuevo crimen franquista, sino asimismo el contenido político de la respuesta que el pueblo español ha de darle.

Con su decisión criminal, en que la fuerza brutal predomina sobre todo principio de derecho, Francisco Franco ha puesto de relieve lo precario de su situación, ha subrayado con un trazo sangriento la descomposición de su sistema de poder, su aislamiento nacional e internacional. Como ha dicho el alcalde demócrata-cristiano de Florencia, Sr. Giorgio La Pira, el asesinato de Julián Grimau «pone el doloroso sello de la sangre sobre el definitivo crepúsculo de una tiranía».

Y es que, en efecto, las huelgas masivas de la primavera pasada han agudizado muy profundamente el proceso de descomposición de la dictadura fascista, haciendo estallar públicamente las contradicciones entre las camarillas y los grupos políticos dominantes. En el trasfondo de la polémica que se ha ido desarrollando abiertamente entre éstos —ya que el régimen, en su maniobra de repliegue ante la presión de masas, ha tenido que abrir en cierto modo nuevas posibilidades de expresión— late el problema de la democratización de la sociedad española, aunque dichos grupos hayan intentado hasta ahora eludirlo al colocar en el centro de sus planteamientos y perspectivas la cuestión de la sucesión, o sea, llamando a las cosas por su nombre, la cuestión de la sustitución del general Franco en la cúspide del actual sistema de poder. Esa polémica, que ha ido ganando en extensión y profundidad, no se desarrollaba, por otra parte, en una sala de conferencias, en el silencio de un gabinete; se desa-

rollaba en la calle, ante la opinión pública y bajo la presión creciente de las masas, de las luchas ininterrumpidas de obreros y estudiantes por sus reivindicaciones económicas y políticas, que están haciendo madurar las condiciones de la Huelga General Política.

Al desarrollo de dicho proceso, para intentar ponerle freno, el general Francisco Franco responde con el fuego de un piquete de ejecución. Despiadadamente, como militar formado en la guerra colonialista contra el pueblo marroquí y en la guerra civil contra su propio pueblo, Franco responde acentuando la represión contra las fuerzas de la oposición democrática. Pero el proceso de descomposición de la dictadura es irreversible. No puede detenerlo el asesinato de Julián Grimau. Más aún, este nuevo crimen de Franco, tendrá como único resultado, a la postre, el de acelerar la toma de conciencia política de las masas y de los grupos de oposición, haciéndoles comprender con mayor claridad la imposibilidad de una transición hacia formas de democracia aceptables por el pueblo, mientras el general Franco y su camarilla incondicional no hayan sido barridos del poder por la acción unitaria, resuelta y combativa de las masas.

La Monarquía desprestigiada y corrompida de los Borbones, en las postrimerías de su dominación reaccionaria, intentó atajar la oleada popular que se le venía encima con el fusilamiento de los oficiales republicanos Galán y García Hernández. Pero, con ese crimen, agravó su aislamiento en el país y la sangre de Galán y García Hernández cimentó la unidad de las fuerzas republicanas y democráticas. Hoy, en circunstancias históricas diferentes, la sangre heroica de Grimau —y éste habrá sido su último pensamiento de dirigente político de la clase obrera— puede y debe cimentar el entendimiento de todas las fuerzas antifranquistas, en su combate por una sociedad española más justa, más humana.

El nuevo crimen deliberadamente co-

metido por Franco tiene esencialmente por objeto, en su tentativa de frenar con la amenaza del terror el movimiento de masas, restablecer la divisoria de la guerra civil entre las fuerzas sociales y políticas españolas. Franco quiere frenar el enfrentamiento que se desarrolla entre los grupos políticos que constituyeron el Movimiento y que hoy todavía forman la base —restringida y descompuesta— de su poder, comprometiéndolos en este nuevo crimen y pretendiendo asociarlos definitivamente a su propia suerte. Se propone imponer la idea de una guerra eterna y sin cuartel entre dos fracciones de la sociedad española. Pero también esta tentativa está condenada al fracaso. Las contradicciones sociales, de clase, que hoy configuran el reagrupamiento más o menos coherente y cristalizado de las fuerzas políticas españolas, han hecho estallar ya, definitivamente, la divisoria del año 1936. La oposición a las camarillas oligárquicas de la burguesía monopolista que detentan los resortes del poder tiene un fundamento objetivo y abarca a la inmensa mayoría de las clases y capas sociales españolas, independientemente de la posición adoptada hace más de veinticinco años. La guerra civil es un hecho histórico que sigue actuando en la conciencia y en la vida de las masas españolas, pero no como el franquismo pretende, no como levadura de rencores y de odios sino como levadura de unidad democrática, de reconciliación nacional antifranquista. Al oponerse a esta aspiración tan profunda de la sociedad española, Franco marcha contra las corrientes de la historia, y su criminal decisión profundizará su aislamiento, agudizará la comprensión por las masas y las fuerzas políticas del anacronismo brutal que su régimen representa.

Este aislamiento de Franco, cuyas manifestaciones en el interior del país se harán rápidamente notar, ya se ha puesto de relieve, de forma inequívoca, en el ámbito internacional. Tal vez no se haya manifestado nunca, desde el descubrimiento horrorizado

por el mundo de los crímenes nazis, una repulsa internacional tan unánime como la provocada por el asesinato de nuestro camarada Julián Grimau. Las más altas jerarquías de la Iglesia, personalidades políticas de muy diverso signo, los representantes y portavoces de gobiernos de orientación política más diferente, los intelectuales y artistas de mayor renombre, las masas populares y las organizaciones sindicales del mundo entero, han alzado su voz, han intervenido, de una u otra forma, en el intento de salvar la vida de Julián Grimau, de hacer comprender al general Franco que la ejecución de la monstruosa sentencia reforzaría la cuarentena que se mantiene, en los organismos de la vida política internacional, en torno al régimen franquista. La indignación, la repulsa asqueada, que ha provocado el asesinato de Julián Grimau, multiplicarán la solidaridad democrática internacional con la lucha del pueblo español por sus libertades. En el momento en que está haciendo crisis el sistema de relaciones internacionales del régimen franquista —con la revisión del acuerdo yanqui-franquista y con el aplazamiento indefinido de las negociaciones para una eventual asociación al Mercado Común— las consecuencias de la nueva situación creada por el monstruoso crimen del general Franco pueden ser muy serias y de largo alcance.

Al intento deliberado, frío y cruelmente decidido por Franco, de situar los términos del problema político español en un ambiente de guerra civil, el Partido Comunista de España responde y responderá reforzando su lucha por el cumplimiento de las tareas históricas que se desprenden de su línea de reconciliación nacional antifranquista, de amplio entendimiento con todas las fuerzas de la oposición —cualesquiera que hayan sido sus posiciones de antaño—, de unidad y de lucha de masas. Al acto criminal del general Francisco Franco, el Partido Comunista responde llamando a todos sus militantes, llamando a las fuerzas de la clase o-

brera, a los trabajadores católicos, socialistas, anarquistas e inorganizados, a reforzar su actividad de organización de las masas, a intensificar las acciones parciales, con miras a la más pronta realización de la Huelga General Política.

Esta es la respuesta que ya, como dirigente responsable, como hombre político de la oposición obrera antifranquista, dió en el propio desarrollo del Consejo de Guerra en que fue condenado a muerte nuestro camarada Julián Grimau. Serenamente, con toda la fuerza de su conciencia insobornable de comunista, a pesar del agotamiento físico en que se encontraba a causa de las torturas a que había sido sometido, Julián Grimau defendió y explicó la política del Partido Comunista, nuestra política democrática, nuestra línea de acciones pacíficas y resueltas de las masas. Así, hasta el último momento, frente a los viles ejecutores de la voluntad criminal de Franco, el camarada Julián Grimau demostró la realidad, y la fuerza invencible, de nuestra perspectiva política. Y no es difícil imaginar que en la madrugada siniestra de Carabanchel, en las horas que la precedieron, el comunista Julián Grimau, al recordar a los suyos, a su mujer y a sus dos hijas, al recordar su vida intachable de sacrificios y de abnegación al servicio del pueblo, se haya dirigido mentalmente a todos nosotros, a todo el Partido, para exhortarnos a proseguir incansablemente por el camino emprendido. La sangre de Grimau será vengada y lo será de la única forma en que puede serlo: con la realización de la Huelga General Política, con el derrocamiento del régimen fascista del general Franco y el establecimiento en nuestro país de una sociedad democrática, humana, donde no retumben más los disparos

de los piquetes de ejecución.

En estas horas de dolor y de cólera, el Partido Comunista de España inclina las banderas de su largo combate por la libertad y la justicia ante la figura ejemplar, en la vida y en la muerte, del camarada Julián Grimau, miembro del Comité Central, hombre sencillo, incansable en el esfuerzo, comprensivo y humano para todos los que junto a él trabajaban, hombre español por los cuatro costados, hombre de moral invencible bajo su frágil apariencia física.

El Partido Comunista de España expresa a la familia del camarada Julián Grimau, a sus hijas, a la compañera de su vida con quien compartió sacrificios y esperanzas, toda su solidaridad todo su cariño. En estas horas dramáticas, la gran familia de los comunistas las rodeará de su fraternal aliento.

En este próximo Primero de Mayo, cuando los trabajadores se concentren, de una u otra forma, para celebrar esta fecha gloriosa del movimiento obrero internacional, para preparar las futuras acciones de masas por las reivindicaciones económicas y políticas de la clase obrera, el recuerdo de Julián Grimau estará entre nosotros, cálidamente presente. De diversas formas, según las condiciones existentes, puede manifestarse el duelo popular, la protesta contra el crimen ordenado por el general Franco, la voluntad de proseguir la lucha.

Julián Grimau ha sido asesinado. ¡Viva eternamente el recuerdo de Julián Grimau!

EL COMITE EJECUTIVO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

21 de abril de 1963.